Rita Indiana

# PAPI

PERIFÉRICA

## Annotation

Una niña enfervorizada espera a su padre, un mafioso dominicano al que idolatra y que siempre llega sin avisar, como los monstruos en las películas de terror. Papi aparece, desaparece y reaparece, cargado de dólares y un sinfín de coches, novias y regalos. Encarna, como ha señalado el crítico Juan Duchesne Winter, al «neomacho global» y triunfador de los trópicos, que provoca alucinaciones en todos los que lo rodean: «El problema es que papi, como el Mesías, siempre aparece pero nunca llega. Así se cumple la falla íntima de una pasión dominicana, la brecha de toda pasión de la espera, narrada en una prosa que inocula el ritmo del perico ripiao en el pulso tecno, que inyecta la bachata en la sonata».


- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12

Rita Indiana

# PAPI

Primera edición: septiembre de 2011
© Rita Indiana, 2005, 2011
© de esta edición, Editorial Periférica, 2011

ISBN: 978-84-92865-40-6
Depósito legal: cc-999-2011

*El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.*

*Michael: You know, you are about as much fun as a divorce… which is not a bad idea.*

*KITT: I want custody of me.*

*Knight Rider (El carro fantástico)*

# 1

Papi es como Jason, el de *Viernes trece*. O como Freddy Krueger. Más como Jason que como Fred- dy Krueger. Cuando una menos lo espera se aparece. Yo a veces hasta oigo la musiquita de terror y me pongo muy contenta porque sé que puede ser él que viene por ahí. La musiquita es a veces mami que me dice que papi llamó y que dijo que viene a buscarme para llevarme a la playa o de compras. Yo me hago la loca segura de que no viene por ahora porque al que le van a hundir un machetazo en la cabeza no le avisan, por eso es que van tan brutos y se acercan a los arbustos o al closet, de donde sale una luz misteriosa, diciendo: Helen? O dizque David?, cuando se sabe que quien está detrás de los arbustos no es Helen ni David sino papi, con su bate de softball de aluminio levantado o un hacha o un pico.

Papi está a la vuelta de cualquier esquina. Pero una no puede sentarse a esperarlo porque esa muerte es más larga y dolorosa. Lo mejor es hacer otros planes, quedarse con la pijama puesta y ver todos los muñequitos desde las seis de la mañana hasta las doce de la noche o incluso salir a pasear, que es un juego que se inventó mami y que se llama: si papi te quiere, que te encuentre. Pero Jason sabe más que eso y se desaparece por meses y hasta años, hasta que a mí se me olvida que existe, entonces la musiquita de terror es el mismo papi dando bocinazos desde su carro y yo bajo los escalones de cuatro en cuatro para que él me vuelva carne molida lo más pronto posible.

Pero en lo que más se parece papi a Jason no es en que se aparece cuando una menos lo espera, sino en que vuelve siempre. Aunque lo maten. Cuando papi se fue la primera vez para los Estados Unidos con una cubana que no quería que papi le mandara dinero a nadie, mi abuelita Cilí dijo: está muerto para mí. Y cuando papi le dijo a mami que se iba a casar de nuevo, pero no con ella, mami le dijo: te me moriste. Y yo creo que una vez que papi me dejó esperando yo lo llamé por teléfono y le dije: ojalá te mueras. Y me imagino que muchas otras gentes también le deseaban la muerte, como a Jason, que no hace falta un detective para descubrir que todos le teníamos ganas y que cuando nos pasaron el puñal lo hundimos no una sino muchas veces (como éramos tantos y estaba tan oscuro, quién se iba a poner a contar), y es que además por matar a Jason no meten a nadie preso.

Por eso cuando me dijeron que él iba a volver yo había dejado de esperarlo hacía tiempo y había visto un millón de veces su regreso, la ropa con que papi iba a volver, cómo iba a bajar del avión, oliendo el aire salado, arrodillándose para lamer el suelo.

Y luego, esto también ya yo lo había visto: cómo se calza los tenis

Nike, pero se deja el traje de 2.000 dólares y mientras el oficial de migración le pregunta si viene de visita papi se pone en posición de salida con las manos en el suelo, con una pierna hacia atrás y la otra recogida, y cuando el sello cae sobre el pasaporte él sale disparado y comienza a correr y a correr y en su mente también corre desde el Aeropuerto Internacional Las Américas hasta la Feria, hasta el frente del edificio de la Lotería Nacional, hasta la casa de su mamá, como le había prometido a Gregorio Hernández, el santo doctor, si le concedía volver rico, y ahora vuelve y todo ese dinero que ha ido amasando vuelve con él.

Y nosotros a él también lo hemos estado amasando, te hemos estado esperando, papi.

Te estoy esperando en el balcón de la casa de tu mamá, en casa de Cilí. Te espero con los puños cerrados y la boquita pegada a la barandilla fría del balcón, imaginando cómo vas a saltar del carro hasta el balcón (que está en el tercer piso) y cómo vas a cargarme y vas a decir que estoy más grande y que ya casi no puedes cargarme, pero qué va, tú vas a poder cargarme siempre, y me cargas y me aprietas y me besas la frente y yo hundo la cabeza en tu cuello para oler tu perfume «de fuera», para ver si has cambiado de perfume, para ver.

Ya todo el mundo sabe que estás volviendo, que vas a regresar, que vuelves triunfante, con más cadenas de oro y más carros que el diablo. Ya todo el mundo lo sabe. Ya están imaginándose cómo regresas a ellos, a cada uno de ellos, y cómo cada uno te ha estado esperando y ha estado fantasmeando y ha estado anunciando en el barrio, en la casa, por teléfono: vuelve.

Y se sueñan contigo llenando la maleta con regalos para ellos y se sueñan que tú sólo trabajas para ellos, sólo vives para ellos, sueñan que tú les debes todo en la vida, en sus sueños. Se imaginan el reencuentro. Tú, con tu traje de plata, tus zapatos de azabache, corriendo desde el aeropuerto, no, pagando un avión del aeropuerto a sus casas para, antes que nada y primero que todo, tocarles la puerta y despertarlos con una ducha de billetes verdes que saben a azúcar de pastelería.

Y el día llega y todos y cada uno se despiertan, se echan un cubo de agua, se deshollinan. Éste es el día, el día en que va a saberse lo que es bueno, en que tú vas a volver para retribuirles a ellos todo lo que ellos te dieron cuando eras un hijo de machepa, todos los fósforos que te prestaron, los fondos de cerveza que te brindaron, las bolas en la cola de un motor que te ofrecieron. Algunos han hecho una lista en sus mentes de cada cosa que les debes y por cada cosa escriben, también en sus mentes, lo que vas a traerles, la forma en que ellos creen que debes pagarles. Y cuando la lista es muy larga (porque han

anotado hasta las veces que te dirigieron la palabra) empiezan a pedir prestado, comienzan a endeudarse, a despilfarrar esa fortuna que ya sienten suya, esa fortuna que irremediablemente describirá una perfecta trayectoria de churria radiante des de tus bolsillos hasta las caras, las manos, las bocas, los pechos de todos ellos; tus sobrinos, primos, hermanos, amigos, concuñados, allegados, vecinos, compañeros de escuela, tíos, padrinos, compatriotas, amigos de un tipo que está casado con una doña que es hermana de un fulano que se graduó de la Marina un año después que tú.

Y se organizan, se están organizando a ambos lados de la avenida bordeada de palmeras porque todos han tenido la misma idea, ir a tu encuentro, y se han preparado, pancartas en mano, banderolas, letreritos, cruzacalles que dicen güelcon güelcon! Otros que no pensaron tan rápido ahora se suben a las palmeras de la Avenida Las Américas para dejarlas calvas y ponerte las pencas verdes en el suelo, otros se tienden ellos mismos en el asfalto para que les pases por encima, otros traen camiones electrizantes, con torres de bocinas que tocan *El Triste* de José José porque una noche te brindaron un picapollo y ponían esta canción y piensan que es una buena forma de refrescarte la memoria. Y otros vienen en camionetas con los vidrios tintados y en el techo altoparlantes por donde vocean consignas y relatan anécdotas sobre ellos y tú. Otros vienen disfrazados de miembros de la Defensa Civil para poder empujar a los demás y dicen: Vamo a organizarno, vamo a organizarno, agitando batutas con sus chalequitos naranja que a la legua se ve que son hechos en casa. Pero la gente por fin se va organizando, ponen sus nombres en un libro que una doña va pasando (y la doña también vende dulce de maní) para que sepas quién vino a recibirte y quién no, y ahora se ve el avión descendiendo y las mujeres comienzan a caer en trance y a botar espuma por la boca y los hombres con chorrera en las piernas bailan el perrito agarrados a los bompers de los carros.

Y aquí vienes, aquí vienes corriendo. La gente se ha organizado a ambos lados de la avenida, una cuerda los separa de tu cuerpo, pero ellos estiran los brazos para que tú les choques esos cinco sin dejar de correr y ya te has quitado el traje de 2.000 dólares y llevas un jogging suit azul cobalto de 1.700 dólares, y ha comenzado a llover y la gente saca paraguas y plásticos para cubrirse y un palomo corre detrás de ti con un pedazo de cartón para que no te mojes la cabeza, pero sudas tanto que parece que te estuvieras mojando anyways y detrás de ti una caravana de carros con sirenas, patanas, camiones, motores y motonetas, y muchos corriendo y otros en sillas de ruedas, en bicicletas, alumbrándote con luces de halógeno entre la lluvia porque se está haciendo oscuro.

Y la gente comienza a distinguir la caravana de réplicas del

Pontiac Trans-Am que se manejan solos que papi trae para vender. Decenas de trajes de 5.000 dólares que papi trae para ponerse. Miles de relojes, cadenas, anillos y guillos de oro blanco que se ajustan sobre el cuerpo de papi con sólo pensarlo y que papi no piensa apearse ni muerto. Y hay quien sale con un bebé en brazos para que papi se lo bautice (el cura, la madre y el monaguillo con la pila bautismal también juyendo) y hay quien mata un puerco en nombre de papi para que una doña lo alcance y le acerque el tenedor a la boca para que papi sople el puerco asao y luego ñau, se lo trague sin dejar de correr. Y así le van matando gallinas, chivos y guineas todo el camino y él, sin dejar de correr, va probándolo todo, y cuando un perico ripiao, que también corre, le toca *Compadre Pedro Juan,* para que se sienta como en casa, papi hace como que baila, con una mano sobre el abdomen y otra levantada, meneando el fundillo, pero acelerando el trote.

Y antes de que yo pueda tocarlo lo vemos en la tele, chocando manos desde el aeropuerto hasta la feria, trotando, volviendo, trotando, sudando, corriendo, a veces, por un par de segundos, se pone dos dedos en el cuello y mira su reloj caminando. Dos palomitos de la Defensa Civil le pasan un par de Nikes azules cada dos kilómetros porque se le gastan las suelas, y el señor del noticiero de las seis de la tarde con una foto de papi sobre su hombro derecho dice: el niño mimado de Quisqueya vuelve, y hacen un re-play de las imágenes que han capturado hace unos minutos: papi bautizando un bebé, una anciana metiéndole a papi un trozo de cerdo en la boca, papi sonriendo y juntando sus dos manos por encima de su cabeza como los ganadores. Luego en la pantalla los autos y las cadenas y una mujer encinta que cae desmayada por la impresión.

Me asomo al balcón para ver si ya llega y lo que llegan son las vanettes de los canales de televisión a esperarlo, una hilera de presentadores en la acera, micrófonos en mano señalando hacia aquí. Yo saludo con la mano desde el balcón de Cilí y cuando entro para ver si en las noticias dicen por dónde anda papi, me veo en la pantalla en el balcón de Cilí diciendo adiós con una mano.

# 2

Papi tiene más de to que el tuyo, más fuerza que el tuyo, más pelo, más músculo, más dinero y más novias que el tuyo. Papi tiene más carros que el tuyo, más carros que el diablo, tantos carros que tiene que venderlos porque no le caben en su propia marquesina. Papi tiene carros que hablan y te dicen que te pongas el cinturón y que cierres la boca, en inglés, francés y otros idiomas. Papi los maneja, uno diferente cada día, porque son tantos que tiene que repartírselos, uno por la mañana, uno por la tarde y otro por la noche, es decir cada cuatro horas. A veces uno incluso para el almuerzo. Uno para irme a buscar al colegio, uno para ir a mi primera comunión, uno para visitarme los domingos, uno para ir a visitar a su mamá y otro para sus hermanas, un Jaguar para el día de los padres, un Camaro para el día de los enamorados, un Be Eme Doble u para las inauguraciones, un Ferrari para llevarme a comer helados. Un carro que usa cuando va a traerle a mami mi mensualidad, uno para cuando viene a decirle a mami que quiere volver con ella y otro (por lo general un Mercedes baby descapotable) cuando viene a decirnos que vuelve a casarse con otra y que nos invita a la boda y deja los muebles de mami impregnados con su perfume que es muy fuerte, más fuerte y más caro y más bueno que el perfume que usa el tuyo, si es que acaso tu papá ha visto alguna vez uno.

A mami le da dolor de cabeza.

Papi tiene carros con los vidrios negros, por donde no pasa ni una lucecita, y que además tienen cortinitas negras para que no pase ni una lucecita. Carros que te dicen quién fue que dejó la puerta abierta o quién se está comiendo los mocos, carros largos y gordos, carros a los que se les abren las puertas levantándolas hacia arriba, que hacen que la gente se aglomere alrededor cuando todavía no nos hemos desmontado, que hacen que un montón de niños y jóvenes y viejos casi todos negros y descalzos venga corriendo a tocarnos porque creen que es una nave en la que aterrizamos papi y yo, casi siempre frente a una cervecería o un car wash en el Malecón, y vienen a tocarnos a nosotros y al carro y le preguntan a papi por el carro, por mí y por el carro y papi les responde sin mirarlos, como si no fuera importante, como si los carros volaran desde siempre, como si papi y yo estuviésemos aterrizando en un carro que parece una nave frente a todas las cervecerías del Malecón todas las tardes, y es verdad.

Y papi se desmonta y deja el carro abierto para que los niños, los jóvenes y los ancianos (casi todos negros y flacos y descalzos) puedan subirse y activar el limpiavidrios y las luces y abrir las puertas que se abren hacia arriba como alas de gaviota, como en una nave. Y, a

veces, papi hasta les da la llave para que lo enciendan y salgan volando, pero son tan brutos que hacen tres piruetas y luego se estrellan en el mar o en los arrecifes del Malecón o se quedan enredados en el tendido eléctrico como zapatos muertos.

A papi ni le importa. Ni que se maten, ni que le dejen los carros empalados encima de un cocotero, como tiene tantos. Papi lo que hace es que inmediatamente saca una foto del accidente con una polaroid y se la regala a los niños, jóvenes y viejos que han sobrevivido, que en cuanto damos la espalda se entran a trompadas por la foto.

Mi papi tiene tanta ropa y tiene tantos closets para guardarla que a veces cuando quiere ponerse una camisa tiene que comprarla de nuevo porque se olvida en cuál closet es que está. Y tantos poloshirts con el hombrecito jugando polo en el pecho que tiene como quince closets para guardar los poloshirts, uno para cada día de su vida, si él quiere.

Y estos poloshirts aunque los laven tienen el perfume de papi todo el tiempo y aunque los laven se les queda y aunque papi los mande a lavar no se les quita y cuando papi quiere cambiar de perfume tiene que cambiar toda su ropa y comprarse toda esa ropa de nuevo y comenzar por el principio.

Mi papi tiene más carros que el diablo. Mi papi tiene tantos carros, tantos pianos, tantos botes, metralletas, botas, chaquetas, chamarras, helipuertos, mi papi tiene tantas botas, tiene más botas, mi papi tiene tantas novias, mi papi tiene tantas botas, de vaquero con águilas y serpientes dibujadas en la piel, botas de cuero, de hule, botas negras, marrones, rojas, blancas, color caramelo, color vino, verde olivo, azules como el azul de la bandera. Botas feas también. Botas para jugar polo y para cortar la grama. Botas de hacer motocross, mi papi tiene motores, motonetas, motores ninja, animales domésticos, four wheels y velocípedos. Papi tiene el pelo rizado, negro y rizado, porque cuando era marinero y tenia uniformes, blancos, kakis, botas, una escopeta de palo, una escopeta de mentira para hacerse fotos, mi papi tenía el pelo muy corto, porque en la Marina de Guerra se lo cortaban a caco, con una navaja eléctrica que hacía zum zum y le quitó lo que le quedaba de rubio en la cabeza, porque es que papi cuando era niño era muy rubio, con el pelo casi blanco, casi albino, y muy lacio y muy largo porque se atoró un día con un pedazo de plátano y su mamá le prometió a la Virgen de la Altagracia mientras papi se iba poniendo como una aceituna negra que le iba a dejar crecer el pelo a papi si se lo salvaba del plátano y por eso en todas las fotos papi tenía su pelo muy rubio, muy lacio y muy largo y le hacían muchas fotos en las que casi nunca se le veía la cara, sólo el pelo muy largo, y en las que si se le veía la cara parecía una niña, con una trenza muy larga y muy blanca que le llegaba hasta la cintura más o

menos.

Pero ahora lo tiene negro y tupido y corto, un mini afro. Papi tiene amigos que lo peinan y que vienen a peinarlo, con blowers y un cepillito redondo, cilíndrico, que suena eras eras en el pelo de papi que es muy negro y muy rizado. Los amigos de papi, los que lo peinan y lo afeitan y le cortan las uñas y se las pintan con un brillito transparente, también me peinan a mí, me lavan la cabeza en el lavamanos, me lo secan con una toalla y me lo secan luego con un blower y un cepillo redondo, cilíndrico, más grande que el de papi, porque mi pelo todavía está medio rubio, y no tan lacio, ni tan largo, ni tan albino. Después nos echan gotitas mágicas en el pelo a los dos y nos dicen que somos muy bellos y muy iguales y yo me veo en el espejo con la melena casi rubia y es verdad que soy casi igualita a papi.

El blower también es de papi, y los cepillos y el amiguito que viene a lavarnos el pelo y a peinarnos y a secarnos y a pintamos las uñas de colores, a mí de rosado, que luego se me descascara y papi, que también tiene removedor de esmalte en una gavetica y limas y piedras pome y cremas hidratantes y aceite de cacao y aceite johnnson, me sienta en sus piernas y me saca el cuté rosado con un algodoncito y otro algodoncito que caen al piso y parece como si estuvieran sucios de sangre.

Papi pierde la cuenta de los jackets que tiene, de los que le regalan sus amigos dueños de discotecas, que mandan a hacer jackets, relojes y gorras con sus iniciales bordadas en oro para regalarlos en las inauguraciones y en las fiestas de fin de año a las que papi llega con una novia, un carro y un par de botas nuevas. Más nuevas que cualquier cosa que vayas a tener tu o tu papa, si es que acaso sabes lo que significa tener uno. Jackets con logos o sin ellos, azules, jackets como los de los peloteros, jackets fosforescentes, enormes, acolchados, jackets en los que me sofoco desde que me los pongo, pero yo me los pongo y no me importa, yo me los pongo todos en cuanto papi se va y me quedo sola con todos los closets de papi y me meto en todos sus walk-in closets y me pongo todos sus jackets y me quedan muy bien. Un poco grandes, pero eso está a la moda, pienso, y me pongo un jacket de papi y unas botas de papi y camino el pasillo entre el primer closet y el último con cada combinación, sonando las botas claca claca claca porque ese sonido a mí me gusta mucho y me siento como un vaquero, como en otro mundo.

Cuando papi me ve con los jackets me dice que a él le da calor verme con ellos puestos y yo no entiendo. Que a él le da calor verme con ellos puestos. Yo me los dejo puestos y papi suda, suda, suda, suda, suda, suda muuucho. Se pone colorado, parece que va a reventar. Me dice que esos jackets son para el invierno. Y yo no

entiendo. Que esos jackets son para el invierno. Yo me los dejo puestos y ahora también me he puesto unos Ray-Ban de papi que son de oro, porque papi tiene más gafas que nadie, como ciento veinte. Papi está sentado viendo *Rocky III* y a Rocky le están partiendo la semilla y yo me estoy poniendo otro jacket más y papi se está volviendo agua. Ya se derrite completamente sobre el sofá, el control remoto flota sobre el charquito de su mano, también hay humo porque el sudor se evapora rápido, el control remoto cae en el piso, entonces yo comienzo a quitarme los jackets de papi, uno por uno muy rápido, porque no quiero quedarme sin papá, pero cuando me quito el último papi es ya una mancha de sudor en el sofá y sobre la cara de Rocky ruedan los créditos mientras él llama: Adrián!!!!! con la boca torcida.

Pero no es Rocky el que grita, me he confundido, es papi, que bebe tanto y se pone tan malo. Porque papi tiene muchas botellas de todo y se las bebe con sus amigos que también traen más botellas y juegan dominó con un dominó de oro que le regalaron a papi, probablemente otro dueño de discoteca. Y el ruido de las fichas del dominó de oro se confunde con la chocadera de vasos y botellas y hielo. Y la sirvienta, una de ellas, ve el precio de las botellas y le dice a papi que si es verdad que esa botella cuesta más que lo que ella gana. Y papi aho ra vomita junto a la cama, vomita verde, verde, verde y luego amarillo amarillo y luego rosa y luego ya de un rojo muy oscuro. A mí no me gusta. Sinceramente. Papi vomita más que yo, que desde que me llega el olor me dan náuseas y corro a echarme berrón en la cabeza y en la nuca y a ponerme hielo en las axilas. Me estoy poniendo mala, me estoy poniendo mala.

Papi se está muriendo, yo me estoy muriendo, por suerte papi tiene una ambulancia, dos ambulancias con su chófer cada una que nos vienen a recoger para llevarnos al canódromo y allí estamos papi y yo en sillas de ruedas viendo cómo los perros persiguen una liebre de madera, con una enfermera- azafata que nos sostiene el suero y lo chequea y mueve la manivela para intensificar el riego. Mi papi y yo hemos apostado toda la tarde a que el perro colorado no gana, y el perro colorado gana siempre, es muy divertido. Luego, como papi tiene amigos en todas partes, nos dan un tour backstage, aquí están las perreras y aquí los baños en los que hay charquitos de sangre porque a veces los perritos se mueren después de la carrera y hay unas fundas de basura de donde sobresalen las patitas de los perritos muertos y luego el veterinario del canódromo me deja inyectar a un galgo que no tiene nalgas, sino un pellejo que une la pierna y la cadera y allí mismo pisss, le clavo la aguja que entra bien fácil en el galgo al que un negro vuelve a meter en su jaulita.

Ya nos vamos mejorando. Nos vuelve el color de la piel. Nos baja la fiebre. Papi hasta se afeita, lo que siempre le hace muy bien porque

se afeita y se le quitan veinte años. Es casi un niño. Es tan pequeño que puedo llevarlo a caballito. Estamos de nuevo viendo *Rocky III* porque parece que este verano, junto con *Dirty Dancing*, es lo único que ponen. Y después papi se duerme en el sofá y yo me hago la dormida, a veces abro un ojo para ver la escena, los dos muy juntos con los ojos cerrados, la luz de la televisión hace que papi se vea más lindo y subo el volumen de la tele a todo lo que da para que no se oigan los gritos de las novias de papi, para que las malditas no vayan a despertarlo, porque es que les ha cogido con reunirse en el parqueo y lo llaman y lo llaman y caminan en círculos con pancartas y fotos de papi y me llaman a mí y luego forman una torre humana enterrándose las agujas de los tacos en los hombros para llegar al último piso de la torre que es adonde estamos papi y yo.

Y aquí vienen flacas y altas, regordetas, nargúas, culúas, prietas y pelirrojas, ñatas, aguiluchas, tetó- nicas, sintéticas, con las teticas paradas, aerodinámicos los cabellos, maremóticas las pollinas, un tsunami frizado con laca y síndromes premenstruales. Aquí vienen con uñas postizas en las pestañas, con ojos en las uñas, con las agallas así (y cuando digo así me pongo el índice de la mano derecha en el bíceps del brazo izquierdo extendido, o sea, que las agallas deben de medir más o menos su buen pie y medio), encaramadas en zancos y en agujas quirúrgicas, en rayos láser en vez de agujas. Tienen sus propias naves, motores y camionetas, que papi les ha comprado, y vienen todas juntas en bicicletas estacionarias a comerme viva, a meterme la cuchara hasta el fondo, para dejarme un arco tatuado en el paladar, un arco que significa que me han obligado a comer, que se preocupan por mi salud y mi bienestar, que son todas buenas madrastras, que papi ha sabido elegir, que yo debo quererlas y sufrirlas y entenderlas y chupar la leche que sale de sus tetas, teticas, tetazas y decirles mami, mamita, mamasota. Vienen como locas, chillando, pujando embarazos ficticios, pujando muñecos de peluche, pariendo bebés de látex que orinan si se les aprieta la barriguita.

Aquí vienen de nuevo limpiándose el pintalabios que traen embarrado en los dientes con servilletas de pizzería, con hisopos sucios, los hisopos con los que me han perforado el tímpano para limpiarme las orejitas, y vienen con más hisopos a limpiarme lo que no me queda porque no se cansan de deshollinarme, de meterme hisopos y enemas por todas partes cuando papi no está, cuando papi sale juyendo en un carro que hay parqueado en el balcón y en el que papi sale volando cada vez que ellas aparecen, gritando, maldiciendo, jalándose las greñas que son tan duras tan duras que se les caen enteras de la cabeza como piezas de cerámica y se destrozan contra el piso de granito como si fueran de tierra.

Aquí llegan en patanas decoradas con banderas de plástico rojo,

rojo y amarillo, amarillo y morado, banderolas y confetti y serpentinas rojas, en peinadoras con bocinas a 300.000 vatios, haciéndose campaña, dando golpes de barriga y de pechuga tan intensos que a veces se les brota una tripa o un ojo, furiosas, demoníacas, preciosas, horribles fulanas de tal. Me odian, me odian, me odian, me odian, porque tienen que quererme, porque tienen que quererme, porque tienen que quererme.

Nos están alcanzando, le digo a papi, que saca una pistola de debajo de su asiento y me la pasa diciendo: dispara, mientras baja la cabeza al nivel del guía porque nos están disparando, nos están tirando piedras, granadas, pelucas de cerámica que explotan muy cerca de la carrocería de nuestro carro que rueda haciendo cortes de pastelitos a doscientas millas por hora en el malecón. Saco un brazo y hago fuego y hago fuego y hago fuego y se oyen los gritos de las novias de papi cayendo de sus carrozas, heridas de muerte, agarrándose un pecho. Y sigo haciendo fuego con las armas que papi no deja de pasarme sin mirarme y bajando la cabeza y manejando con las rodillas y con la otra mano bajándome a mí la cabeza para que no nos maten, para que las bazookas de las hijas de la gran puta pasen de largo.

Y las carrozas que están muy decoradas con estatuas de papier maché y papel crepe (ídolos tainos, carabelas de Colón, Marías Montezes) comienzan a coger candela y las arpías escupen para apagarla, pero la saliva de las arpías tiene un ph combustible que hace que las carrozas enteras cojan fuego y el fuego ya les llega a los pantihoses y yo sigo vaciándoles las pistolas de papi encima y tumbo putas a troche y moche y la multitud, que a ambos lados de la avenida George Washington disfruta del desfile, se rompe las manos aplaudiendo cada vez que una puta se cae de la carroza hecha un colador y yo saludo a la multitud y ellos me hacen ba bay con la manita mientras se les echan encima a las mujeres muertas para quedarse con los collares y las pulseras.

Papi como que comienza a levantar la cabeza y en vez de una M-i 6 me pasa una paleta, un lollypop azul que me tiñe la lengua de un azul casi negro, me veo en el espejito retrovisor y pienso, mientras nos vamos elevando (porque por fin tenemos suficiente espacio en la autopista para despegar), que quiero que papi me compre un chow chow, pero antes de que yo pueda decir chow las novias de papi se han transfigurado, el ídolo taino de papier maché de la carroza ya casi hecho cenizas las ha visto y ha olido su sangre y la sangre de las novias de papi ha clamado y un viento salitroso levanta las cenizas del cerní taino y cubre los cadáveres destartalados y la multitud pavorosa corre y se rasga las ropas porque las muertitas ya se transforman, ya convulsionan, ya dan golpes de barriga tan intensos que dos alas les

brotan rompiéndoles la carne, dos pencas alas de murciélago, de batichica, del mismísimo diablo y han salido volando prototerodáctilas, dragoniles, hijas de su maldita mai, y papi y yo alcanzamos los *700.0*00 pies de altura, los 800.000 pies de altura cuando una de las mo- ñúas aferra sus colmillos a los neumáticos. Dispara coño dispara, dice papi, que se ha olvidado de pasarme un revólver y me saco el lollypop de la boca y me salgo casi entera por la ventana del carro (todo a 700 u 800.000 pies de altura, pero papi me agarra por la correa para que no me vaya a caer) y le entierro el lollypop en un ojo a la infierna, que grita muy fuerte, cayendo y arrastrando a todas las demás, una por una, hacia el fondo del mar, levantando una corona de espuma, muy blanca y muy linda, por lo menos desde aquí arriba.

Y papi y yo seguimos subiendo y subiendo y subiendo, ya ni el mar se ve. Y la temperatura comienza a descender y a descender y a descender y papi tiembla y yo tiemblo, y hacemos fogoticos poniendo ambas manos juntas y ahuecando y soplando dentro. Papi enciende la calefacción que llena el carro con un calor de mentira por el que se cuelan, aún en sus mejores momentos, alfileres de frío. Afuera todo es blanco y le digo a papi que si esto es la nieve, que si ahora por fin vamos a necesitar ropa de invierno. Él me dice que no, que esto son nubes solamente.

Por un buen rato esto es lo único que vemos, blanco y más blanco hasta que una luz amarillenta se cuela *y* empapa todo y también se cuela una música, es un merengue de moda que dice así: *cometa blanca que juegas a ignoraaaaar*; *que ya eres mía*, y luego ya podemos ver el letrero de neón color mango en el que una botella de cerveza vierte un chorro de espuma que forma las letras **CAR WASH** eternamente. Dos prietas con anoraks color mango vienen como patinando entre las nubes y nos ayudan a abrir las puertas del carro de papi, que como ya he dicho antes se abren hacia arriba, y que ahora están atoradas porque la escarcha blanca se ha metido en las rendijas congelándolas. Las dos morenas, que conocen a papi de toda la vida, nos ayudan a meternos dentro de unos anoraks color mango con flecos blancos en la capucha, los anoraks (este car wash tiene un servicio de primera, dice papi) tienen impresos nuestros nombres en plata. Muy lindos, y yo muy feliz y ya entrando al car wash y buscando lugar entre la clientela que está toda muy bien abrigada, acomodados en la barra y en mesitas de fórmica blanca, todos hombres con el pelo cortado de la siguiente manera: arriba una moña en la que se sacan y se meten los dedos índice y mayor para hacerla más voluminosa, atrás una melenita grasienta y a ambos lados de la cabeza diseños hechos con la tijera y la navaja con el toro de Sergio Valente, es- trellitas de belén o la cara de Tony Mota.

En el ventanal pueden apreciarse los vehículos de los clientes mientras las ex novias restantes de papi amarradas por el cuello con cadenas forradas de un látex lumínico los estrujan con esponjas enormes y hay manguerazos de espuma cayéndoles en el cuerpo todo el tiempo a las chicas que deben de tener mucho frío porque están encuerecitas.

# 3

Y papi entonces sale de compras.

Y yo con él.

Porque él es mi papá y yo soy su hija.

Y papi compra tantas cosas que hasta se me olvidan. Porque papi tiene tanto dinero que tiene que usar una cartera de mujer, porque en una cartera de hombre no le cabe y por eso anda siempre con una mujer para que le lleve la cartera, y tiene muchas carteras, a juego con las botas algunas, de piel la mayoría, de todos los tamaños, más lindas y más finas, y también tiene correas, de búfalo, de rinoceronte, de Komodo dragón. Por eso cuando vamos de compras se trae no una sino dos o tres mujeres para que le carguen las carteras y las chequeras y las fundas que son tantas que a veces papi prefiere comprar la tienda y quedarnos a dormir allí mismo, entre los aires acondicionados, neveras, licuadoras, televisores y demás artículos para el hogar.

Y cuando yo era más chiquita mi papá me llevaba a mí como una cartera, o eso dice él, que andaba conmigo encima como una cartera. Y cuando él dice esto yo me pongo muy contenta y me imagino con un vestidito de siete pesos que me compró mi mamá en La Sirena, un vestidito que no me lo apean y papi me levanta y yo me quedo montada en su costado como una mochila, como un bulto, una carterita feliz y papi me mira y me dice que ese vestidito no me lo apean, y que si yo no tengo más vestiditos o qué. Y que si yo no tengo pai o qué, y que si yo no tengo mai o qué. Y que cuál es mi casa favorita, y yo pienso en la casa de mami, con sus dos mecedoritas, la flor de pascua sobre la televisión en blanco y negro y, luego, ya papi me ha puesto en el suelo, entramos en una de las casas de papi, que son como ciento cincuenta, en la que están parqueados por lo menos siete carros y en donde siempre hay gente ayudando a entrar un mueble nuevo, una estufa, una botella con un barquito de cristal soplado adentro. Y en cada casa una piscina, que papi en persona ha llenado con ballenas inflables, dragones, strawberryshortcakes inflables, botes de remos, botes con motor (la piscina es muy grande), submarinos en miniatura adonde cabemos papi y yo y a veces una novia de papi que no se atreve a mirar por las ventanitas del submarino, por donde se ven las criaturas marinas más monstruosas que viven en el fondo de la piscina y que yo contemplo valientemente para que papi me vea, para que papi sepa que yo no le tengo miedo a nada.

En cada casa papi me ha preparado una habitación con su cama, su tocador, su mesita de noche y su lamparita a juego, todo en mimbre

pintado de blanco y una colcha reversible que de un lado es de Rainbow Brite y del otro es de los Gremlins. Papi tiene tantos gremlins y rainbow brites para mí que ya ni me gustan. Un closet lleno de rainbow brites y gremlins. Papi también me ha comprado botas y crayolas y alphabet stickers, pre tested water colors, flexi foam sheets, pelucas de la Barbie, sweat shirts, ha- lloween decorations, wide angle compact binoculars, rechargeable power spotlights, a júnior utility table, jerseys, gloves, leather gloves para el invierno, para cuando vaya a visitarlo, para cuando papi vuelva y me lleve con él.

Cause now he s got boneless skinless chicken breasts, whole boneless beef, mi nenes, nintendos, plantilla e media, escuelas de tae kwon do, semillas de cajuil, semáforos, hotel style turkey breast, boneless beef shoulder roast, center cut bone in smoked ham steak, tarántulas domesticadas en peceras, led- better boneless beef bacon wrapped tenderloin filets, lámparas japonesas de papel de pergamino tibetano, all purpose white potatoes, mujeres, all purpose yellow onions, mujeres, campbells tomato, chicken noodle, mujeres, green beans-onion- alphabet soup.

Yo lo que tengo es un dolol de rodillas porque estoy creciendo muy rápido, por eso es que papi me manda tantas bicicletas, para que me las güaye. Y me manda una bicicleta cada mes cada vez más grande, una para cada pierna, pero yo lo que necesito es una con meditas porque tengo miedo a caerme, pero esto no se lo decimos a papi que sigue mandándomelas, rojas, amarillas y verdes, para que se las coma el óxido, y esta vez manda una azul cobalto con siete velocidades, pero se la come el óxido, se la venden a otra niña, se la regalan a un primo, se la come el óxido, se la regalan a los niños pobres, la venden, una con protectores de **ET** o de la Barbie.

Mami y yo escribimos una carta, mami me la dicta y yo la escribo con mi letra que cada vez me sale más bonita, dice mami. Y en la carta mami y yo le pedimos a papi una televisión a colores, le pedimos que no mande más bicicletas, que lo que queremos, que lo que yo quiero, que lo que yo necesito es una televisión a colores porque a las bicis se las está comiendo el salitre.

Y papi manda a decir que él no va a poner a los novios de mami a ver colores y entonces mami y yo redactamos otra carta en la que yo le explico a papi que la que quiere la televisión a colores soy yo, que mami no tiene nada que ver, que mami no tiene novios, que mami sólo vive para mí y que por favor, que la televisión sea marca Zenith, que son mejores, y la letra me está mejorando mucho, dice mami.

Y papi manda a decir que él no va mandarle televisores a los vagos que mami mantiene. Entonces llamamos por teléfono y yo le digo a papi que yo quiero ver a Bugs Bunny en colores y él llora del otro lado y yo lo sé porque papi tiene un jipío cuando llora y cuando

cuelgo suena el timbre y abro la puerta y es Corporán de los Santos el campeón de la televisión dominicana, con su afro, con sus siete corporettes botando confetti y serpenti ñas por la nariz que viene a hacerme entrega del televisor que me manda papi, en una cajota muy grande con la que me hago una casita, mientras mami y su novio miran la telenovela de las siete y media.

A mí la tele me gusta mucho y me gusta jugar un juego que me he inventado yo y que consiste en señalar las cosas que salen en la tele y decir mío, porque el primero que diga mío es el dueño de la cosa que sale. Y yo, como casi siempre estoy sola, me quedo con todo, segura de que papi adonde esté ya me lo ha comprado. Un día papi va a volver y todo va a ser como antes, mejor que antes, vamos a salir de compras al atardecer y vamos a llegar a la tienda justo antes de que cierren, y como tenemos mucha prisa porque las dependientas quieren irse, papi va a decirme señala lo que te gusta y yo lo hago con un dedito y papi le dice a la novia con la que andamos que me coja uno de cada color, uno de cada color, y así vamos llenando carritos con medias de todos los colores, largas y bajitas, de todos los colores, un par de cada modelo, con bolitas de lana en el tobillo. Luego papi me deja en casa de mami que mira desde el balcón cómo bajamos la compra del baúl del carro, y cuando cae la noche yo me pongo todas las medias nuevas, una encima de la otra, y hago un corral con los zapatos nuevos sobre la cama y allí en el centro me acuesto y cierro los ojos y trato de dormir respirando ese olor a nuevo y temblando con temor a morirme sin poder estrenármelo todo.

Y es que papi tiene tanta música que una siempre tiene miedo a que él quite la canción antes de que se acabe. El tiene un tocadiscos y una cassettera en cada habitación y en cada una hay un disco o un cassette ready to play. Papi, sobre todo cuando viene gente, se la pasa corriendo de un aparato de música a otro para oprimir stop o para oprimir play o rewind o fast forward. O pause. Papi tiene un mueble, tiene varios, en los que están colocados sus discos, es más, las paredes están todas cubiertas de estos estantes en los que los discos de papi van cogiendo polvo y la sirvienta, realmente varias de ellas, se encargan de irlos desempolvando con un desempolvador de terciopelo azul violeta.

Hay una habitación para los merengues, y los estantes llegan al techo. Hay otras habitaciones para la música americana y hay una habitación pequeñita para la música clásica o música de muertos, como dice papi, que realmente es el baño.

Los sábados en la mañana, papi se levanta temprano y me prepara un desayuno él mismo y entonces corre de la licuadora al tocadiscos y de la estufa a la tostadora y de ahí de nuevo a la cassettera. Yo me levanto y me pregunto qué bulla es ésta. Y luego camino despacito

hasta la sala y veo a papi bailando, moviendo el fundillito con un delantal rojo que en letras blancas dice Chulo #1, en una mano un **LP** de Cuco Valoy y en la otra una bandeja de waffles o mangú con queso frito.

A papi Cuco Valoy le gusta mucho, a mí no tanto, sobre todo cuando Cuco saca su campanita y dice: y ahora vamos a hacer brujería! A mí me gusta más Johnny Ventura y su Combo Show, todos con pantalones muy apretados, que según mi tía Leysi se meten medias en los pantaloncillos para que se les vea más grande y bailan al mismo tiempo, con camisas del mismo color con los botones abiertos hasta el ombligo y los pelos y la cadena de oro afuera. Igual que Wilfrido Vargas, y yo creo que con las cadenas se mandan señales, como cuando uno se manda reflejitos con un espejo de una azotea a otra. Wilfrido toca la trompeta, que también manda reflejos, igual que las trompetas y trombones y saxofones del conjunto Quisqueya y Fernandito Villalona, sólo que cuando los metales de Fernandito comienzan a mandar señales reflejando los focos del canal nueve, a Fernandito le caen arriba todas las sirvienticas para lamberlo, igual a Bonny Cepeda y Los Kenton, sólo que los Kenton usan kimonos de karate y bailan haciendo katas y se sacan las sirvienticas de encima a patadas. Pero aunque Wilfrido tira patadas que tumban el pedestal del micrófono, y aunque Cuco hace brujerías y aunque a Bonny los reflejos brillosos le salen de la misma moña llena de esprey escarchado, ninguno tira los pasos que papi tira cuando es sábado y estamos solos y ensayamos frente al espejo de su habitación, que cubre toda la pared, y él me enseña un dos tres, un dos tres, cuatro y me viste con sus trajes y nos peinamos con gelatina y usamos cepillos como micrófonos y papi entonces suelta el micrófono y corre hacia el tocadiscos o hacia el teléfono y vuelve tan rápido que antes de que el micrófono caiga al suelo papi ya está de vuelta empuñándolo para enseñarme otra canción.

Pero más que los discos a mí lo que me gusta son las carátulas. Las fotos y los dibujos de los cantantes haciendo poses en un trono de mimbre o sosteniendo un micrófono como un muslo de pollo. Fotos en blanco y negro y en colores para que una sepa quién es que canta y quién es que toca qué.

Algunos traen hasta la letra de los merengues para los que no pueden aprendersela de oído. Fernandito *el Mayimbe* sentado en una roca con un sombrero de vaquero, a Cuco Valoy un policía le cae a macanazos, a Fausto Rey un gatico le trepa por el hombro y los Vecinos tienen botines blancos y peinados que combinan. Los Kenton se están separando, culmina papi mientras mira una carátula en la que se unían a Bonny Cepeda para un concierto con trajes de karatecas y con afros que cada año iban disminuyendo en tamaño.

Un día, en el *Show del Mediodía*, después de que a Pololo lo sacaran con un infarto del set, apareció el señor de las noticias y levantando su cara de un pedazo de papel dijo: interrumpimos la programación regular para informarles de que Fernandito Villalona, alias *el Mayimbe*, acaba de ser detenido por posesión de Orégano y Cilantro. El afamado intérprete de *La Jamaquita* y *Tabaco y ron* fue interceptado en las cercanías de La 42 por una patrulla que encontró en la guantera del cantante Orégano y Cilantro según indicó el examen químico que se lleva a cabo en estos casos, Fernandito que en principio admitió que la libra de yerbas aromáticas hallada en su vehículo era de su propiedad ahora adjudica la compra y uso de las mismas a su tía Bolivia, que preparaba un sancocho en honor a su hermana, la madre del artista.

Voces que venían corriendo calle abajo, afuera de la tele, voceaban: lo agarraron con yerba, lo agarraron con yerba. Y volviendo al estudio A de Color Visión, canal 9, Doña Zaida Lovatón, directora de la Comisión de Espectáculos Públicos, con unas canas igualitas a las de Cruela de Vil, comentaba los hechos en vivo, meciéndose en una mecedora desde la comodidad de su hogar: yo lo dije y lo vuelvo a decir, hay que cortar este veneno por la raíz…

Luego una cambiaba al canal siete y Julie Cario (con una permanente de poodle rubia), ex estrella del *Show del Mediodía* y ahora contratada por el *Sa- broshow*, se tapaba un oído con dos dedos porque atrás el morenaje voceaba y la empujaba con carátulas de discos del Mayimbe en las manos, y antes de que una doña dándose trompadas en el pecho le arrancara el micrófono, Julie pudo informarnos: Fernandito Villalona acaba de ser puesto en libertad, la fiscalía de la República ha levantado los cargos que se le imputaban, repetimos, el Mayimbe ha sido puesto en libertad. Y el pueblo, que se había tirado a la calle indignado porque trancaron a su niño mimado, saltaba y gritaba y el Mayimbe salió con las esposas puestas todavía, junto al síndico José Francisco Peña Gómez, que enseñádole la llave plateada al público en su negrísima mano y pelando esos dientes reflectores del solazo tropical soltó al Mayimbe para siempre levantándole como a un boxeador y Peña daba saltitos que jamaqueaban a ambos y Fernandito entonces se echó para atrás cogiendo impulso y se lanzó desde el tope de las escaleras hacia la multitud que lo esperaba y lo vimos flotar en aquel maremàgnum negro, rojo, azul y blanco y a veces lo único que se le veía eran sus tenis Adidas y su camisita de ramos y su gorrita y su anillo de oro nadando sobre pelo crespo hasta el estudio B de Rahintel, canal siete, adonde el recién inaugurado *Sabroshow* lo esperaba, adonde Wilfrido, Johnny, Bonny Cepeda, Rasputín, Cuco, Dionis Fernandez, Belkis Concepción, Aramis Camilo, La Santini, Feli Cumbé y Julie Cario lo

esperaban, adonde todas las orquestas y todas las cámaras del canal siete lo esperaban con un contrato que lo liberaba de sus responsabilidades para con cualquier otro programa de variedades.

Y Fernandito Villalona alias *el Muyitnbe* a quien la gente acababa de depositar en el piso, firmó y abrazó a Julie y, acercando sus suculentos labios de mulatico blanco al micrófono, se le salieron las lágrimas y a mí se me salieron las lágrimas y a todos se nos salieron las lágrimas, y dijo: ecúsenme que venga así, con tenis a cantar, pero es que salí de la cárcel pa cá y no me dieron tiempo a cambialme.

Y todas las orquestas juntas comenzaron a tocar (piensen en la cantidad de trompetas, trombones y saxofones) el principio de *Baila en la Calle* y Fernandito, antes de empezar a cantar, voceando para encaramársele encima a la música, dijo: esta canción se la dedico a su autor, el maestro, Luis Terror Días.

Papi también tiene música americana, y esos discos a veces soy yo misma quien los pone, y cuando yo estoy tirando el paso más complicado suena el teléfono y papi me grita desde otra habitación bájala bájala bájala y yo bajo el volumen. Y luego papi cuelga y me ordena súbela súbela súbela y yo lo que hago es que bailo con la mano pegada al control del volumen para bajarlo y subirlo cuando él me diga.

A papi le encanta Billie Ocean.

Y un sábado cuando me levanto oigo la entrada de *Caribbean Queen* de Billie Ocean y papi no está preparando mi desayuno, sino que está metiendo un montón de camaroncitos muertos en agua hirviendo, y langostas. Miles. Y cuando me asomo a la puerta de la cocina y veo las ollas de acero inoxidable rebosadas papi me dice: pa que pruebe comida de gente inteligente. Papi también prepara salsas de todos los colores, arroz blanco y llama al colmado para que le traigan dos fundas de hielo porque hoy viene su familia. Yo me pongo muy contenta que vienen mi tía Leysi y mi tía China y mi abuelita Cilí y mi primo Puchy y mi prima Milly que son hijos de otra hermana de papi que se murió cuando los parió porque son mellizos y nacieron, cada uno, de 14 libras.

A los mellizos los crió mi abuela Cilí y mi tía Leysi y mi tía China que ninguna de las dos se ha casado y viven todos juntos en un apartamento frente a la Lotería Nacional. El apartamento está en un tercer piso y Cilí se lo compró a Balaguer en el gobierno de los doce años cuando ella vendió su derrita en el campo y se vino con sus hijos y sus nietos, los mellizos, para la capital. Papi se metió en la Marina para comer carne de tiburón, tía China se inscribió en la Universidad Autónoma para juntarse con prietos y tirar piedras y tía Leysi se quedó criando a Milly y a Puchy, aunque tía Leysi es de la misma edad que Milly y Puchy, así que cuando Gilí se iba a visitar a sus comadres en el

campo y dejaba a Leysi a cargo, ella se encargaba muy bien de plancharle los pantalones campanas y de combinarle las camisas de polyester naranja y los bajimamas de brillo a sus sobrinos y cogían los tres para el matinée de disco y salsa, a veces hasta ganaban concursos, dinero, prendas de fantasía, taquillas para ir a ver *Grea- se*. Milly y Puchy se ganaron cincuenta pesos un día y con el dinero se compraron un corte de tela blanca para hacerse cada uno un traje igualito al de John Travolta en *Saturday Nigbt Fever*. Casi siempre se le pegaban a alguien que los llevaba a la casa en un Cadillac a las cinco de la mañana del día siguiente. A esa hora China volvía de poner afiches del Che Guevara en Ciudad Nueva, que la policía arrancaba antes de que saliera el sol, y se sentaban los cuatro en el Chimichurri de Júnior en la esquina de la Lotería adonde los cueros y los travestis de la Feria les brindaban medio chimi y un Seven Up a cada uno. Y pensaban en papi (y cuando pensaban en él lo veían con su uniforme de la marina saludando militarmente), y si papi estaba en el mar o en tierra y si ya le habían asignado un rifle de verdad.

Y los camaroncitos están listos cuando la familia de papi toca la puerta. Y papi se desvive por acomodarlos en la sala y por enseñarles sus aparatos nuevos y por llevarse a cada uno aparte para meterles un fajo de billetes nuevos en el bolsillo de la camisa. Papi me dice: ve, enséñales tus juguetes nuevos a Puchy y a Milly, y yo los llevo detrás de mí, pero en el pasillo ellos se desvían hacia los closets de papi y comienzan a probárselo todo, hasta los perfumes, y yo me pongo colorada y les digo que dejen eso, que eso es de papi, y ellos me dicen que papi les ha dicho que cojan lo que quieran, que se lo lleven todo, y yo espumeo por la boca, pataleo y ellos como si nada metiendo chaquetas, pantalones, zapatos, camisas, corbatas y sombreros en una maleta que también les ha regalado papi.

A mí me da un pique.

Pero lo que más pique me da es que los mellizos ya tienen 16 años y papi puede llevárselos con él a las discotecas de sus amigos, y cuando tienen planes se comienzan a cambiar muy temprano, desde que se levantan, colocando combinaciones de ropa y accesorios encima de la cama, poniéndose y quitándose y mirándose al espejo y sugiriéndose cosas. A veces hasta se cortan el cabello como los tipos de Tears for Fears en el video de shout shout, shout it out loud, se ponen frente a la tele con la tijera en la mano a esperar que pongan el vídeo. Y Milly se pone la camisa negra de lunares y se pone mucho mousse y Puchy se tiñe un mechón de pelo y se ajusta la correa con punta de metal y papi le sacude las pelusas a ambos y tía Leysi, que también va, porque van todos menos yo, se saca los rolos y se echa spray y a mí, que hago pucheros desde que me entero, me dicen: cuando seas grande, cuando seas grande. Y me dejan con Cilí, que me

hace acostarme en su cama con los pies hacia donde ella tiene la cabeza para que quepamos las dos y como yo doy patadas mientras duermo ella me amarra los talones del espaldar y yo pienso que, coño, si papi tiene tanto dinero, ya Cilí debería llevar otro estilo de vida, una casa con más camas y más televisores. Y cuando Cilí apaga la luz y comienza a murmurar el salmo 23 salpicando de chis- pitas de saliva la oscuridad yo me imagino a papi, a tía Leysi y a los mellizos bailando con su ropa tan chula y sus pulseras y peinados.

Y la fiesta es con Fernandito Villalona. Y eso me da más pique todavía.

Al día siguiente para que yo lo perdone por no llevarme a la discoteca papi me deja sentarme en sus piernas mientras maneja su carro y yo voy agarrando el guía todo el camino mientras damos una vuelta muy larga que casi siempre termina en casa de una novia suya que es siempre más culúa que la anterior y con más cadenas de oro. A la vuelta cuando yo me antojo de un Country Club de frambuesa papi me dice: vamos a ver si aquí tienen cambio y se desmonta en un colmado y el colmadero le dice que no con la cabeza, lo que pasa es que papi sólo tiene billetes de a mil. Y papi se queda con el fajo de billetes rosados en la mano y yo lo miro y el colmadero me mira a mí y yo miro la botella de contri clu de frambuesa sobre el estante y papi mira el fajo rosado y el colmadero mira el fajo y yo miro la botella de refresco rojo y los billetes rosados y pienso que el contri clu y los billetes combinan, y luego miro la caja con los calimetes y junto a la puerta del colmado un afiche que dice que por cada diez tapitas de Country Club de cualquier sabor más cinco pesos te dan un yoyo, y ya en el silencio que huele a ají cubanela del colmado lo único que se escucha es el dedo de papi resbalando por una esquina del fajo de billetes de mil, que suena retetetetetete y papi está poniendo esa cara de negociante y el colmadero está poniendo cara de banilejo y antes de que el dedo de papi termine de hacer sonar los billetes ratatatatatatata el colmadero pita y un carajito de mi edad con una carretilla comienza a montar huacales de Country Club de frambuesa, de uva, de merengue y de naranja en el baúl abierto del carro de papi, mientras papi me acaricia la nuca con su mano llena de anillos y luego el colmadero en persona con una sonrisa de oreja a oreja me entrega una caja con todos los modelos y todos los colores de todos los yoyos Country Club y rutututututututu despegamos en el carro de papi mientras me abrazo a mi caja de yoyos y me imagino haciendo trucos con un yoyo, dándole vueltas en el aire y atrapándolo sin que el hilo se me enrede y luego me imagino repartiendo los yoyos en el recreo de mi escuela mientras la profe dice: pónganse en fila, pónganse en fila, y cómo todos van a querer ser mis amigos y cómo hasta Julio César y Raúl van a querer ser mis amigos y van a enseñarme todas

esas malas palabras nuevas a cambio de dos o tres, los yoyos que quieran.

# 4

Me duermo con el traje de baño puesto porque papi me ha dicho que me va a llevar a la playa, con la escafandra puesta, con las chapaletas y los salvavidas inflables para los bracitos puestos. El traje de baño me lo compró papi y son unas tanguitas azul turquesa que cuando mami las vio le dieron grima y papi lo único que dijo fue: no decían que yo era un loco, vamo a ve qué van a decir ahora. Me lo pongo todo juyendo, porque papi va a venir a buscarme en cualquier momento, eso me ha dicho por teléfono. Yo me levanto tempranísimo, cuando todavía no ha salido ni el sol y meto una toalla en un bulto. Cuando estoy lista me siento en una mecedora en miniatura que me han hecho a mi medida y que, por supuesto, me ha comprado mi papá. Allí estoy meciéndome, meciéndome, meciéndome, hasta que suena el teléfono.

Es papi, que viene por ahí.

Y me traen el desayuno en una bandejita, pan con queso crema y leche. Pero no me pasa nada por la garganta. Y me sigo meciendo con la bandejita en las piernas. Y como a las diez me traen un jarro de helado de champola para que me refresque, pero no me pasa nada por la garganta y me sigo meciendo con la bandejita y el jarro de champola. Como al mediodía vinieron con arroz con coco en un platico y no me lo pude tragar y seguí meciéndome con la bandejita, la champola y el platico. Y yo me sigo meciendo frente al televisor apagado y volteo la escafandra para mirar la calle y veo que el sol está muy fuerte y que parece que la acera fuera a derretirse y que los árboles fueran a derretirse y que el platico, el jarro y la bandejita fueran a derretírseme encima. Mami duerme la siesta, desde aquí se oyen sus ronquidos como silbidos de serpiente y yo sigo meciéndome y meciéndome hasta que suene el teléfono.

Es papi, que viene por ahí.

Cuando mami se levanta me trae un arroz con leche en un pozuelo y me lo deja entre los pies, a las cinco de la tarde mami entra con una torre de sus piro blanco con flores de azúcar plateada y me la pone en la cabeza, que viene y va con la mecedera con el pan, la leche, la champola, el arroz con leche, el coco, y conmigo que ya no me mezo tanto. A las siete mami empieza a abrirme la boca con un gato hidráulico y ella y un haitiano de la construcción de enfrente que mami ha traído para que la ayude, me introducen un tubo transparente por donde me alimentan a base de natillas de leche y puré de calabacitas blancas.

A todo esto estoy creciendo muy rápido y oigo a los vecinos comentar que a mami se le debe de ir un dineral en mis zapatos. Con

la crecedera el traje de baño me aprieta tanto que la piel se ha amoratado, igual con la escafandra, los salvavidas y las chapaletas. Primero vienen las llagas, luego las pústulas. El traje de baño se confunde con mis heridas, igual con la escafandra, los salvavidas y las chapaletas. El arroz con leche, la champola y todo lo demás comienza a descomponerse, mimes y hormigas hacen palacios en las calabacitas. Traen a un sacerdote para que me haga entrar en razón. Ciertas penitencias se convierten en lujo, me dice el cura metiendo un dedo en la champola hedionda y llevándoselo a la boca.

Ya no me mezo. El olor a licra y a sangre es maravilloso. A veces me encienden el televisor para que me entretenga, para que se me olvide y yo cierro los ojos, que los tengo muy secos y en los que tienen que ponerme algodoncitos con hielo.

No te desesperes, es lo único que mami puede decirme. Y yo imagino (ya estoy completamente ciega) cómo mis juguetes se me están poniendo viejos. Cómo la hiedra y el musgo trepan por las paredes de mi fuerte Playmobil. Y sigo esperando.

Y un día, allá adentro en mis oídos, una musiquita comienza a escucharse, primero yo pensaba que eran grillos y chicharras, los animalitos que se alojan en mis llagas, o que los renacuajos albinos, guramis y tilapias que viven en la champola derretida me estaban cantando, era el teléfono. Era papi, que estaba al doblar la esquina.

Y al otro día llamó una novia de papi, que papi estaba enfermo.

Y al otro día llamó un amigo de papi, que a papi lo habían metido preso.

Y al otro día llamó una tía de papi, que a papi lo habían encontrado muerto.al otro día llamó una hermana de papi, que papi no estaba muerto na.

Y al otro día sonó el teléfono y era una operadora que decía que papi estaba del otro lado y que era una llamada de larga distancia.

Y yo no quise, no pude, levantarme. Y mami habló con él y le dijo que todo estaba muy bien, que estábamos todos muy bien, que a mí me iba muy bien en la escuela, que estaba igualita a él.

Y esa noche vino una señora y entró por la ventana cuando todos estaban durmiendo y me dijo que tenía mucha hambre y se fue comiendo uno por uno los postres, las leches abombadas, el arroz con leche que parecía flema, el suspiro marchito, las flores de azúcar oxidadas, los algodones con hielo, hasta los renacuajos, los guramis y las tilapias se las comió y luego lamió los platos, los vasos y los pozuelos hasta que quedaron relucientes y todavía iba lamiéndolos camino a la cocina y allí volvió a fregarlos y a refregarlos cantando una cancioncita y yo misma me saqué el tubito con el que me alimentaban para levantarme y avancé cojeando hasta el control remoto, cuando ya amanecía, para descubrir que había pasado tanto

tiempo que ahora en la tele hablaban en inglés. Así que ahora por la noche en vez del padre nuestro one little two little three little indians, four little five little six little indians, seven little eight, little nine little indians, ten little indian boys and girls. Luego con la cabeza debajo de la almohada trato de imaginarme en qué parte de «al doblar la esquina» está papi y cómo es esta esquina y cómo hay que hacer para doblarla.

Debe de ser con un carro muy grande. O con muchos carros poniendo un carro delante del otro.

Y papi llama y me dice: con quién quieres vivir, con tu papá o con tu mamá? Y yo le digo:

car
bicycle
plañe
wheel
boat
boot
blue
candy
book
walkie talkie
run
ball
basketball

Y luego empezaron a llegar las tarjetas que decían merry christmas, happy birthday, happy new year, good luck, happy easter, happy birthday, it's a boy!, it's a girl!, it's a down syndrom martian!, and so on. Tarjetas con relojes, santa closes, duendes, corazones, elefantes, tréboles de cuatro hojas, dinosaurios, trompetas, chimeneas, nieve y a veces muchachitos, angelitas a las que alguien les escribe a un lado con bolígrafo azul: it's you! Tarjetas firmadas por papi y una de sus novias y uno de mis nuevos hermanitos.

Cuando no son tarjetas son muñecas. De trapo de plástico de cerámica china. Pierrots, bailarinas, bar- bies, muñecas que beben y cagan, muñecas que mudan los dientes, siete muñequitas negras con afros, muñecas con los ojos azules que lloran cuando se les hala el pelo y también recién nacidas calvas.

Y cuando no son muñecas son niñeras, campesinitas de mi tamaño con un pelerío en las piernas, con un pelerío en los sobacos, que no usan brasieles, que no usan panties, con un bajito a naranja

agria y a jabón de cuaba, a las que mami enseña a usar una gillette, a las que mami les regala sus perfumes, brasieles, pantihoses, pintalabios viejos y ellas se lo ponen todo junto los domingos cuando mami las deja sentarse en un murito allá afuera para que hablen con los guachimanes y las otras niñeras del mundo. Algunas son buenas y me cuentan cuentos de mujeres ahogadas y cabezas de repollo rodando que no eran de repollo sino de gente, algunas me dejan ver las telenovelas con ellas tapándome los ojos cuando en la telenovela van a besarse, pero yo lo veo todo porque ellas me dejan un chin de espacio entre sus dedos para que no me lo pierda. Algunas me enseñan las tetas y si son muy muy buenas hasta más. Algunas me bañan con agua muy fría, dizque que para que me ponga fuerte y esperan a que yo tenga todos mis playmobils en el suelo, en sus puestos de combate, sobre caballitos y tractores, para pasar con un suape mojado con Mistolín arrasando con todo. Casi siempre, al final, mami las bota. Por ladronas, asquerosas, vagas, sinvergüenzas, entrometías, por prietas, por jabás, por banilejas, por haber dicho que eran de San Cristóbal siendo de Elias Piña, por jediondas, por bajo a boca, singasereno, por fumar cigarrillos mentolados que son de cueros y no de muchachas decentes, por tener las teticas paradas cuando viene gente, por respondonas, por usar demasiado cloro, demasiado orégano, por hijas de la gran puta, por tener las agallas así, por tener los cojones así, por usar las gillettes, los perfumes, los pintalabios, los pantihoses nuevos de mami.

Adónde se ha visto. Coño

Y cuando no son niñeras son las novias mismas. Los vellos filosos de sus piernas recién afeitadas como un cactus contra mi cara. Porque me han hecho esconderme adentro de sus pantihoses. Para que mami no me vea, para que las otras novias de papi no me vean. Se disfrazan de mujeres policía, de compañeras de la universidad de mami, de saloneras, de muchachitas que van al colmado con shores y baji-mamas, una hasta se disfrazó de profesora de kinder para secuestrarme y salió juyendo conmigo con mi lonchera y mi mochilita gritando MA ME MI MO MU, PA PE PI PO PU, SA SE SI SO SU sólo para que otra, disfrazada de mami, le saliera al paso gritando TA TE TI TO TU, RA RE RI RO RU y me arrebatara de sus brazos de un tirón (la loncherita del chavo se abre en el aire y en el aire se desparrama la merienda; el termo con su leche, los palitos de queso y el huevo duro). Las profesoras, las amigas de las profesoras y los padres de familia que vienen a buscar a sus hijos se quedan MUDOS.

Ya me secuestran hasta en mi propia casa, frente a los ojos de mami que no se da cuenta de nada, me salen en la tele, me hablan en la radio con sus voces de pantihose, con sus boquitas de pantihose, con sus trajes hechos de pantihose, pantihoseándome en la cara. Me

llevan a sus apartamentos, a sus apar- tahoteles (que papi paga por adelantado) y me bañan en sus bañeras que llenan de espuma con olor a fresa y hacen que una sirvienta, una de ellas (que papi paga por adelantado), me traiga yuquitas fritas con cachú extra en una bandeja y malteada de vainilla a la bañera. Y me dejan pintarme las uñas, me dejan brincar en la cama, me dejan desvencijarles la cama, me compran una cama nueva todos los días para que yo la desvencije (luego le dicen a papi que es él quien las rompe para que las pague por adelantado). Cuando estoy estreñida me untan vaselina y me sacan los mojones con las uñas rojas y largas que tienen todas las novias de mi papá.

Cuando no son las novias es ella, la cubana, a la que papi manda con un documento firmado por él que dice que ella sí, que mami debe hacerme una maleta y entregarme, que voy por fin a reunirme con mi padre y mami no se fía (con tanta disfra- zadera) y hace que el Doctor Lerux (el Doctor Lerux es muy viejo) inspeccione el documento, pero mami no se fía (con tanta secuestradera) y hace que el Doctor Bisonó inspeccione al Doctor Lerux antes de que éste inspeccione el documento, pero mami no se fía (cómo está este mundo) y hace que el Doctor Jiminián inspeccione al Doctor Bisonó y a todo su árbol genealógico antes de que este inspeccione al Doctor Lerux y así hasta el infinito. Antes de que yo pudiera coger el avión hacia papi, una turba de doctores se metían espéculos unos a otros en la sala de la casa mientras yo decidía con la cubana si debía llevarme el peluchito de la abejita Maya o no.

Al fin nos vamos. Yo estoy muy contenta y mami se seca una lagrimita antes de dejarme salir a la pista con mi vestidito de lino amarillo y el sol es espléndido y carritos de Playmobil cargando maletas ju- yen a izquierda y derecha y cuando alcanzo el último escalón para subir al avión me volteo y digo adiós, aunque no hay nadie en la pista, sólo rayas amarillas y blancas, pero yo sé que mami está también moviendo su mano para decirme adiós en alguna parte, rodeada por un corrillo de doctores (todos muy viejos y con ganas de seguir examinándose) que le palmean el hombro a mami y le dicen que esto va a ser muy provechoso para ambas.

Ahora que estoy más tranquila y que el avión ha despegado y que la cubana me ha explicado por qué tengo que ponerme el cinturón, me doy cuenta de que es la mujer más linda que yo haya visto en mi vida. Y oigo una voz que dice: la mujer más linda que he visto en mi vida. Luego ella me dice que yo soy muy linda y le vomito encima. Inmediatamente vino una azafata a limpiar el reguero, cuando se iba con los trapos sucios me entregó una fundita por si la cubana me decía que yo era linda otra vez. Y luego la azafata me guiñó un ojo, que es lo que me hacen las novias de papi cuando están disfrazadas para que

yo las reconozca.

La cubana, que tiene manos muy suavecitas y con uñas cortas y pintadas con un leve brillo como el que usa papi, me rodea con su brazo y la seda de su blusa es ahora la tela más deliciosa que me ha tocado en mi vida y yo recuesto mi cabecita en su pecho y ella me hace caricias en el pelo y yo entonces siento que estamos volando y entiendo de repente que hay miles y miles de pies entre mi mecedorita, mis juegos, mi mamá y yo, y cerrando los párpados pesados alguien me pinta una sonrisa en la cara con un pincel.

Me zarandean, me zarandean y es la cubana que me zarandea y me despierto y ella está vestida de camuflaje y tiene una gorra verde en la cabeza y un puro en la boca y una barba de mentira y yo me pregunto de qué estará disfrazada ahora. La cubana tiene a la azafata amenazada contra la puerta del baño dándole piquetitos con un cuchillito de plástico azul celeste y luego se abre paso ayudándose con un cortauñas hacia la cabina, los pasajeros colaboran, todos han leído en revistas turísticas cómo los terroristas cubanos hacen que los aviones aterricen en Cuba con la única intención de recoger disidentes, así que colaboramos, todos muy calladitos, y cuando el avión aterriza en La Habana me acerco a la ventanilla y veo cómo la cubana, arreglándose la barba que se le destempla, baja colegialas con uniformes de pioneras de un camión y las ayuda a acomodarse en el compartimiento del equipaje, todas muy bellas, todas para papi, que (nunca mejor dicho) se las trae.

Cuando vuelvo a despertarme estoy en una habitación que no conozco. Me levanto y mis pies se sorprenden de la alfombra. Salgo a un pasillo y el aire huele a nuevo, a cosas recién sacadas de la caja, a Barbies. Me animo, me limpio los ojos con los nudillos y busco otra puerta para abrirla.

Quizás esto sea Nueva York o Miami.

Quizás esto sea la casa de papi.

Abrí una puerta y sobre la cama con sábanas negras lo único que se veía era un hombro sobre el que caían mechas de pelo castaño y yo quería tocar este hombro y que con mi caricia la dueña de este hombro que dormía desnuda boca abajo junto a mi padre se diera la vuelta y que sin despertarse demasiado me besara en la boca. Y yo nunca había deseado algo tanto en mi vida.

Aquel hombro cubierto con aquel pelo que olía a fresa me necesitaba, me estaba llamando, yo lo miraba desde la puerta y luego desde el borde de la cama de mi papá, y muy pronto yo estaba tan cerca que casi tocaba con mi nariz las hebras del cabello y el hombro. Ya sentía el vómito loco por reventarme la garganta, por eso salí del cuarto y las náuseas se me fueron calmando y ya en la sala encendí el televisor que papi había comprado un día antes, era enorme. Me

mantuve de pie junto al aparato presionando con el dedito (y tenía la uñita sucia) el botón que decía CHANNEL sin mirar hacia la pantalla y cuando me detuve ahí estaba el programa de Jimmy Swagert que yo veía con mi mamá en Santo Domingo, en el que la gente tira las muletas para arriba y dice aleluya. A mí me gusta cómo la gente dice aleluya y ahora que no había intérprete y Jimmy hablaba completamente en inglés, lo único que se entendía eran los aleluyas. Y yo pensé que si entendía los aleluyas era porque yo ya sabía inglés. Y pensé: aleluya. Y dije: aleluya. Y sentí los brazos de María Cristina (aleluya), la novia cubana de papi (aleluya), rodeándome. Y su boca muy cerca de mi oído preguntándome: ¿qué haces, loquita?

Y yo que en aquel entonces era bien chiquitita, me volví más pequeñita todavía para que María Cristina pudiera levantarme del suelo y me diera un beso en el cuello, en la mejilla, en los ojos, en la barriguita, levantándome el pijama del hombre araña.

Y yo me dejaba. Yo me dejaba.

Y luego María Cristina y yo ponemos MTV y ella, que sabe un poco más de inglés que yo, me va enseñando las letras de las canciones que me gustan y a mí me gusta mucho una que dice let's hear it for the boys, ah, let's give the boys a hand ehh yeh eehh yeah. Música americana. Música americana. Y María Cristina y yo bailamos y bailamos y bailamos, y ya no hay quien nos quite MTV y no hay quien nos quite MTV. Y cuando vamos a salir María Cristina y yo nos duchamos juntas y nos peinamos juntas y ella me enseña a combinar los colores de mi ropa, de toda la ropa que papi nos ha comprado. Y me dice que tengo que aprender todo esto para que no me digan guajira como le decían a ella cuando acababa de llegar. Ella llegó en un barco lleno de gente. Y yo la imagino de mi tamaño con un vestidito de estopilla blanca mirando el mar. María Cristina. Y esto me lo cuenta todas las noches para dormirme, entra en la habitación que ella y papi me han preparado, con dos camitas por si se queda a dormir una amiguita, con una mesita amarilla entre las dos camas y una lámpara que esparce una luz anaranjada sobre las almohadas y las sábanas, me cubre con la manta y se acuesta a mi lado sobre su costado, poniendo una pierna sobre mí y yo siento el peso de su pierna y el olor a fresa de su pelo y el grosor de sus cejas y con un dedito en la oscuridad recorro una de ellas.

María Cristina me deja crackear huevos para un bizcocho, lo hago mal, me deja intentar otra vez. Tres veces. María Cristina me deja ponerme sus lentes de sol y meterme diez pastillas de chicle al mismo tiempo. Vamos al súper y yo me subo en la parte delantera del carrito porque ya estoy muy grande para la parrilla y María Cristina empuja duro y sube los pies para que las dos rodemos por el pasillo y le sacamos la lengua a las viejitas en shorts y andador frente a la avena

Quaker y le sacamos la lengua al boricua agachado que le pone precios a las sardinas. Y nos quedamos viendo a otra vieja que le habla a las latas de leche en polvo ninety nine cents for christ sake. Y María Cristina me agarra la mano para cruzar la calle y ya no se la suelto, y en mi mente las palabras nuevas que me ha enseñado también le agarran la mano.

Y a contar hasta twenty.

Todo esto cuando es sábado o domingo, porque el resto de la semana viene la babysitter a sacarme piojos. Que no es cubana sino venezolana, pero que también es novia de papi. Papi le dijo que yo tenía muchos piojos, que estaba cundía y que había que sacármelos todos. Los piojos los traje en la cabeza, me los pegaron en la escuela y cuando a todos los otros niños se les habían muerto hacía tiempo, conmigo todavía hacían fiesta. Y cómo gozaban las profesoras matándomelos. Y cómo me libraba yo de hacer tareas, de restar, de sumar, de escribir cien veces mi mamá me ama, por los benditos piojos con los que la profe se entretenía, un día hasta un libro trajo y comparaba los míos (gordos como habichuelitas) con los del libro, que retoñaban en mis cabellos y patinaban en mis mechones y entonces mami decía que hubiera sido mejor que yo tuviera pelo malo, mami pedía que el pelo se me pusiera malo como el de los prietos para que los malditos piojos se enredaran en un afro y perecieran asfixiados. Yo los oía cantando y bailando a toda hora, borrachos con mi sangre tan dulce, y me rascaba con las dos manos y a veces le pedía a mis amiguitos que, por favor, me ayudaran a rascarme.

Y fue por esto que me cortaron el cabello como a un varón.

Y fue por eso que cuando jugábamos al papá y a la mamá mis amiguitas querían que yo fuera el papá.

Y fue por eso que me le subí encima a Natasha debajo de su cama.

(Y a Mónica y a Sunyi y a Renata y a Jessy y a Franchy y a Zunilda y a Ivecita)

Y fue por eso que doña Victoria, la abuelita de Natasha, le dio un correazo.

(Y a Paola y a Lily y a Sandrita y a Gabi y a Julia y a Karina)

Y fue por eso que mami empezó a ponerme vestidos solamente.

(Y a Verónica y a Claudia y a Laurita)

Y fue por eso que cuando yo corría y me caía se me pelaban las piernas y las rodillas.

(Y a Katy y a Daniela y a Ana María)

Y fue por eso que se me hicieron dos costras en las rodillas.

(Y a Nicole y a Charo y a Carla Patricia)

Y fue por eso que mami comenzó a ponerme pantalones solamente.

(Y a Larissa y a Fénix y a Lisa y a Consuelo y a Aimée y a Melissa)
Y los piojos seguían chupándome la sangre.

La babysitter tiene esto bien claro. Me lava la cabeza con un producto que me ha comprado papi que pica más que los piojos y luego la babysitter me seca el pelo con el blower en high para que los piojos se queden fritos. Cuando termina me prepara una lata de Chef Boyardee y las orejas calcinadas se me caen en el plato sobre los spaguetti amp; meatballs.

Por la tarde vamos a la piscina del condominio, que está llena de niños de todos los tamaños y colores que se persiguen o se empujan o se suben en los hombros de los otros sosteniendo figuritas de Luke Skywalker o de Darth Vader en una mano. Y a mí me encanta sentarme en el borde antes de meterme y ver cómo llegan secos y se tiran de cabeza o recogiendo el cuerpo para hacer bombazos sacando agua, y algunos, que se atreven a usar el trampolín, ejecutan saltos mortales y caen con la panza o la espalda y luego suben la escalerita retorciéndose como lagartijaros por la picazón. Yo les grito: SOBATE QUE NO HAY BENGUE. Y otro cae de cara y yo le grito: SOBATE QUE NO HAY BENGUE. Y ellos me gritan cosas para atrás que yo no entiendo porque, aunque algunos son más chiquitos que yo, ya saben más inglés que el diablo.

De repente un rubito que hace rato que se tira del trampolín se jarta de oírme diciéndole SOBATE QUE NO HAY BENGUE y me saca el dedo del medio. Ya en mi país me han explicado en la escuela lo que eso significa, Raúl y Julio César me dijeron que si yo les enseñaba los pandes ellos me lo explicaban y nos fuimos detrás de una guagua a realizar el intercambio, pero yo apenas puedo recoger la mano en ese gesto y a veces se me quedan más dedos de la cuenta afuera así que no se lo digo con el dedo, se lo digo con la boca: TU MALDITA MADRE HIJO DE LA GRAN PUTA METETE UN DEO EN EL CULO. Y el rubito le hace señas a un chamaquito con traje de baño verde que le explica: she says you're a SOB. Y el rubito, sentado en el trampolín con los pies guindando, comienza a ponerse colorado, y las gotitas de agua y cloro que tiene en el cuerpo se le evaporan y las pecas se le ponen os-cuuuuuras y las venas (ay las venas) gordas y más gordas igualitas a como se le ponen a una amiga de Manuel Moretta.

El rubito me está tirando rayos paralizantes, va a saltar desde el trampolín hasta mi cuello y va a ahogarme, junto a la cerca mi babysitter se arregla la tanga conversando con el salvavidas sin saber que me van a matar, que voy a terminar llena de agua y cloro (con lo mal que sabe). Pero de repente un brazo musculoso sale de la piscina (por debajo del trampolín, por debajo del rubio), un brazo con molleros (que se veían de lejos) que salió del agua como los muertos

del video de Michael Jackson sacaban brazos de sus tumbas. Y el brazo se agarra de una pierna del rubito y jala y jala y jala y lo arrastra hacia las profundidades azuloas en las que un letrerito dice 18 ft.

Desde aquí arriba se ve una masa oscura debatiéndose, y el sol macabro sacándole brillitos a la superficie del agua. Los demás muchachitos corren a sus casas y otros se quedan quietos como yo mirando hacia abajo. Junto a la cerca el salvavidas le arregla la tanga a mi babysitter.

El rubio asciende, saca la cabeza y vemos sus lágrimas, sus mocos que se confunden con el agua y el cloro. Gime fuertemente y sale de la piscina y ya está llegando a su casa abrazándose la barriga. Me da un poco de pena. El dueño del brazo se queda allá abajo, como una mancha marrón, como un sapo. La babysitter viene con una toalla y me hace caminar, y yo le pregunto, volteando para la piscina todo el camino, que si se dio cuenta y ella me responde que sí chama, que al salvavidas se le salía la baba por ella.

Esa noche vienen los cubanos a jugar monopolio con papi, los cubanos juegan con dinero de verdad. Son tres, uno joven y dos viejos que fuman puros y escupen en la alfombra de papi. Tienen unos guillos y cadenas de oro más gordas que las de papi y cuando me acerco para llevarles unas picaderas que María Cristina les ha preparado el más viejo me dice que tengo una estrella. Yo me la busco en la ropa, como si fuera una mancha y él se ríe. Jua jua jua. Y se hace rotar el anillo más gordo en el dedo. Papi juega riéndose y haciendo muchos chistes y los cubanos se destornillan de la risa como si fueran a hacerse pipí. Luego yo voy y me siento en las piernas de papi y él tira los dados y cae en Paseo Tablado y compra y muy pronto una cadena de condominios y hoteles se levanta en el tablero, y cada edificio tiene el nombre de un familiar de papi, Leysi I, Leysi II y Leysi III como su hermana menor, Apartahotel Cilí como su mamá, y en uno de los hoteles China, como se llama su otra hermana, un restaurante que se llama Cris ti's. A mi nombre le toca una calle y a papi una avenida y un aeropuerto.

Me siento optimista, le dice papi al cubano más viejo metiéndose una picadera en la boca y yo le pregunto a papi que qué significa optimista y él me dice, lamiéndose la salsa agridulce de un dedo, que optimista significa ser un hijo de puta.

Una tarde María Cristina me pide que la acompañe al súper y yo corro tras ella para alcanzarla y al pasar junto a la piscina veo al sapo oscuro allá en el fondo. Cuando volvemos con las fundas del súper (yo la ayudo con la que tiene las bananas) la mancha está allá abajo todavía. Por la noche papi tiene un barbecue en la piscina y estamos preparándolo todo (yo ayudo a poner el mantel), se encienden las

luces en el agua y la mancha sube despacio, como una sirena. La mancha se acerca a la escalera y el brazo sale y se agarra, el brazo musculoso de un niño con brazos muy fuertes, muy mojado, de pelo negro un poco demasiado largo y María Critina lo saluda: hi, Kiki. Y Kiki se sostiene con ambas manos de la baranda de la escalerilla y da un salto y otro y otro con su única pierna hasta donde está María Cristina que le pasa una lata de Coca-Cola sonriéndole. Yo nací así, me dice Kiki, cuando los amigos de papi ya estaban llegando a la piscina con mujeres en bikini, jóvenes y viejas que sostienen sus latas de cervezas con el dedo meñique levantado como una antenita y que bailan merengue sin soltar la lata. Hasta yo bailo. Y Kiki también baila con sus muletas. La música está muy alta y la gente está muy contenta, bebiendo y recogiendo pedazos de carne del barbecue al que papi con su delantal verde que en letras amarillas dice Master #i le atiza los carbones. En la piscina algunos amigos de papi jugaban a tirar sus relojes Bulova hasta el fondo para ver quién llegaba primero a recogerlos.

Cuando todos mis piojos estén muertos van a llevarme a Disney, le digo a Kiki. Voy a conocer a Mickey y a Tribilín. ¿Hay gente adentro de los mickey mouses y los pato donalds? I don't know, i don't think so, me dice Kiki y luego me recomienda: when all your piojos are dead deberías ir a Epcot Center, el centro del universo. Y ya estamos dentro de la casa porque, y papi nos lo dice pegando los labios de la cerveza como besándola mientras nos apura a salir del área de la piscina: esto no es para niños. En la tele Charlie Brown participa en un spelling bee contest, a los que fallan las cabezas les explotan como globos haciendo pop, tauromachy, pop, pop, lugubriously, pop, outlandish.

Pop.

Papi me despierta retirándome la sábana en un solo movimiento como esa gente que saca los manteles y deja la vajilla intacta. Me jala hasta la piscina adonde la fiesta continúa, yo no entiendo nada, una morena con bikini se le pega a papi de la cadera sobándole los pelitos del pecho y María Cristina pone una cara y papi la jala para atrás y se la pega de la cadera que tiene libre y María Cristina pone una cara y papi le dice en el oído: vamos a gozar mamita, arreglándole la tanga a la morena.

Y luego, apretándolas a las dos por la cintura, papi alza la voz y anuncia: ahora, mi hija va a cantar para todos ustedes algo que nos tiene preparado.

El público son ustedes y yo me tomo mi tiempo. El público son ustedes que en cuanto yo hago como que voy a abrir la boca se freezan como piedras, esperando que el tiempo pase por ustedes y yo soy el tiempo que va a pasarles por encima, como una canción, como

un milagroso evento de luz que va a devolverles su tiempo, el de antes, el que vuelve a contarse en segundos y minutos y que irrumpe junto con los aplausos, como un río de gravilla y canicas, como un millón de maracas hechas de relojes.

Ustedes son así, bruticos, burlones, cínicos, barrigoncitos, buchúos, criticones, fanáticos, crueles, capaces de un amor que todo lo perdona y todo lo engrandece. Con mal gusto, sin él, con tantas cadenas y novias que ya ni se les ven, que ya son, usté des, sus novias y sus indumentarias, una sola cosa, un mar oscuro frente a mí, que soy la única iluminada, la única que recibe esa luz blanca que sale de un punto redondo desde el fondo del espacio y que me señala y me persigue sobre el escenario. Y a veces una luz parpadea desde el mar negro como un pez fosforecente. A veces una, dos, tres luces al mismo tiempo.

Pero todavía no he salido de mi camerino. Todavía me alumbran otras luces, las de los bombillitas en el marco de un espejo en el que he colocado fotos de mi papi, mías y de mi papi cuando todavía estaba vivo y me cargaba como una carterita con mis piernas alrededor de su costado y mis manitas cruzadas sobre su hombro y en la foto detrás de nosotros los delfines del Miami Sea Aquarium hacían volteretas en el aire a la espera de una lata de salmón. Beso la foto y hago la señal de la cruz, me levanto sacando un cubo del hielo que enfría la botella de champagne para chuparlo y ahí están las camisas de seda negra, diecisiete, y los pantalones de gabardina negra a los que una negra con una plancha les ha sacado un filo que atravesaría el metal como un cuchillo japonés.

Acerco el dedo al filo y lo retiro inmediatamente como si me hubiera quemado diciendo con una voz que no es mía: impresionante.

Extraigo las perchas y procedo. Primero el pantalón y luego la camisa que cuando ya la tengo abotonada alguien viene a sacudirme o a librarla de una pelusa con una pinza.

Me cierro el pantalón, el zipper rueda eructando y afuera el murmullo impaciente ha degenerado en un millón de pies tronando contra el piso y palmas acompasadas que piden mi cabeza, que se meten un dedo, dos dedos a la boca para pitar disparando saliva y ruido. Yo imagino caras y manos en éste o aquel silbido, en medio de la gritería glotona surgen la papada, las manos, los anillos, las uñas postizas, los dientes que sonríen exageradamente de quienes allá afuera gritan, casi ensayados: SI NO SALES AHORA, AQUÍ VA A HABER CANDELA, SI NO SALES AHORA, AQUÍ VA A HABER CANDELA.

Me meto otro hielo en la boca y lo mastico. Cuando mis dientes terminan de crujir una orquesta invisible que se afana alrededor de instrumentos de cuerda y de viento se escucha y la gente oye la

primera nota y comienzan a sangrar por la nariz, se zarandean por los hombros unos a otros con los ojos en blanco, se vomitan encima, lanzan sus muletas para arriba, se ponen malos, se cagan, se dan culatazos, codazos, se ponen de pie, todos al mismo tiempo, para recibirme.

AQUÍ VENGO. AQUÍ VENGO. Y AQUÍ ESTOY arrastrando el pantalón de papi (que me han grapado hacia arriba y que me cubre las sandalias de goma), la camisa de seda de papi (que hace poco por detener este viento que me traspasa) y las patillas y bigote de magic marker azul y me quedo callada mientras la música avanza para que ustedes se callen como si fuera para siempre, como si se hubieran muerto, y escuchen lo que tengo que decirles.

Yo soy aquél
que cada noche te persigue ,
yo soy aquél
que por tenerte ya no vive…

La piscina refulge con un brillo interestalar y mientras hago las mímicas de la canción de Raphael sosteniendo un cepillo de pelo como si fuera un micrófono distingo los cuerpos de las novias de papi que ahora se esmeran en aglomerar las camas flotadoras y los muñecos inflables en una esquina de la piscina para hacerse espacio e improvisar una coreografía de nado sincronizado. Afuera del agua nadie se mueve. Papi está sentado en un chaise lon- gue con María Cristina en sus piernas que me mira con unos ojos que chisporrotean como siempre sus ojos chisporrotean como fuegos artificiales.

El que te espera ,
el que te sueña ,
aquél que reza
cada noche por tu amor…

Y hago los gestos que he hecho cien veces frente al espejo; cierro un puño, extiendo un brazo como si llevara una bandeja, levanto la barbilla, cierro los ojos, golpeo el aire con la quijada, me imagino que papi o mami han muerto para que los ojos me brillen como si estuviera a punto de llorar y lo logro siempre. La gente babea, con caras de pánico. Y cuando Raphael de España está de nuevo diciendo yo soy aquél a través de mí, comienzo a descender del escenario, que es en realidad una mesa de fibra de vidrio a la que le han quitado el

paragüita.

Desciendo muy lentamente primero, para no caerme, sin dejar de hacer los gestos, sin dejar de hacer mímicas y ya en el suelo la miro.

Y ella me devuelve la mirada. Y yo la miro más y en mi mente los ataúdes de papi y de mami descienden simultáneamente para que dos lágrimas se man tengan coaguladas en la punta de mis ojos. Y sigo mirando a María Cristina mientras me acerco, lentamente, y cuando casi puedo rozar su nariz con la mía

> Y estoy aquí, aquí, para quererte,
> y estoy aquí, aquí, para adorarte,
> y estoy aquí, aquí para pedirte…

le agarro la mano, luego el brazo hasta rodear su cintura y con la otra me aferro a la escalerilla que me ha lanzado Kiki desde la nave suspendida silenciosa en el aire sobre mi show y que le hemos robado a uno de los invitados. Kiki maniobra hacia arriba alcanzando altura y María Cristina y yo nos despegamos del suelo y de papi muy deprisa, mientras nos besamos con los ojos cerrados y yo soy tan fuerte que mi brazo de ocho años nos sostiene a ambas y allá abajo, las piernas de todas las novias de papi erectas sobre el agua luminosa culminan su proyecto coreográfico junto a la voz de Raphael que ya sin mi boca finaliza: **AMOOOOOOOR, AMOOOOOOR, AMOOOOOOR.**

# 5

Eso es lo único que se oye. Papi y sus socios repartiéndoselo todo, billetes de mil, billetes premiados de la Lotería, relojes, cadenas, fundas de plástico llenas de prendas de oro, sacacorchos marca porsche, mil millones de pesos en billetes de a cinco, one for you one for me, el menudo se lo echan a las matas.

Los socios de papi tienen todos una barriguita y bigotes y relojes de oro como el de papi, y te hablan como si usaran walkie talkies aunque uno esté al lado de ellos. Papi y ellos se abrazan mucho y se golpean la espalda con las manos abiertas, sobre todo cuando acaban de venderle un carro o dos a tu maldita madre y se reparten los billetes encima del escritorio de papi, one for you one for me. Los socios de papi son casi todos más viejos que él, todos menos Puchy, pero Puchy no es socio de papi. Aunque papi le ha regalado un reloj de oro, Puchy es más bien su ayudante.

Puchy, que hace poco me cogía mi ropa y mi bicicleta prestada, ahora se pone trajes como papi y zapatos y cadenas y papi hasta le presta los carros. Antes de que Puchy tuviera licencia él y yo nos metíamos adentro de dos carros parqueados en el Dealer de papi, Puchy en un Porsche negro, yo en un Jaguar marrón, y hacíamos como que echábamos carreras uno al lado del otro, chirriando los dientes como si fueran las gomas, los puños cerrados alrededor del timón y los brazos estirados duros como palos empujando el sillón hacia atrás con la espalda como que íbamos muy rápido, más rápido que el otro.

Pero ahora Puchy echa carreras de verdad y cuando papi le dice que me lleve a dar una vuelta Puchy puya el acelerador y el carro acelera como si fuésemos a salir volando. Puchy tiene muchos cassettes regados en los carros de papi, pone uno y canta clavándome un dedo en las costillas do you come from the land down under y yo me agito riéndome aunque por dentro me da un pique porque ahora es que falta para que yo pueda manejar un carro de verdad y poner mis propios cassettes y cantar i'm a backdoor man y rebasar a Puchy y bajar la ventanilla y decirle ciaaao, queriiiido y que el aire de su carro se quede impregnado con la última frase de la canción que yo escucho en el mío.

Puchy muy pronto va a convertirse en un socio de papi. Para ser socio de papi sólo le falta una novia y un día se la consigue y ya no hay quien lo aguante, con su rubia, su Mercedes y su anillo gordo como un besito de Hersheys. A Milly le pusieron una tienda, papi se la puso. Mandó a Milly con 10.000 dólares a Miami a buscar la mercancía que iba a vender en la tienda y ella se gastó la mitad con

sus amigas en cremas rehidratantes de trescientos dólares y masajes de quinientos en una semana. La otra mitad se la echó encima en perfumes y papi tuvo que mandarla a buscar con uno de sus socios que le dijo a papi que Milly estaba mariconeando. Algunas palabras se me complican. Es decir, no las entiendo muy bien. Primero que nada Socio. Yo pienso que es como decir Compadre, o sea que papi le bautiza las criaturas a sus socios y por eso es que los hijos de sus socios vienen y a modo de saludo le meten una mano en el bolsillo a papi y sacan dos, tres billetes. Los socios de papi tienen sus propios bolsillos y yo no voy a sacarles nada y ni que se me ocurra que papi me suena si me ve haciendo algo asi. La otra palabra es manconena.

Cuando Milly volvió de su viaje papi se trancó con ella en su oficina y ni a mi me dejaban entrar. Cuando salieron Milly tenía un traje como el de papi y un anillo y le daba vueltas a un llavero que decía BMW en un dedo. Ya para ser socia de papi nada más le falta una novia. Y no va a haber quien la aguante.

Y ahora Puchy y Milly se ven igualitos, con sus trajes, sus anillos, sus cadenas, sus cassettes regados debajo del asiento del carro. La música a to lo que da. Y un perfumazo que la gente cae desmayada (plop) como si viera fantasmas cuando pasan. También tienen botas, raquetas de tennis, saquetas de golf, pelotas de basquetball, tablas de surf, skate- boards, alfombras y muebles forrados en piel de leopardo propios porque papi les ha comprado a cada uno un apartamento. Y los mellizos andan uno a cada lado de papi y llevan el pelo cortado de la siguiente manera: un cerquillo del que sale una trenza larga y estrecha en el centro de la nuca, arriba una moña ladeada levemente rizada que les tapa un ojo. A veces un mechón rubio en la moña. Y trajes blancos con bleizers cruzados de botones forrados de blanco y papi en el medio siempre de gris, de gris perla hasta los zapatos.

Papi trae carros, gente famosa, gente que quiere invertir en el país. Y la gente le trae regalos, le pide consejos, le compran carros, le entregan las llaves de uno. En cuanto papi estuvo de vuelta la gente empezó a visitarlo, gente pobre y jedionda de su pasado que papi me presentaba y me decía abrazándolos: éste me enseñó a manejar o éste me enseñó a bailar. Y papi los recibe en su oficina y escucha cómo los jediondos exponen sus planes magistrales en los que papi les presta el dinero para comprar una vanette para ponerla a conchar y al mes reúnen el dinero para comprar otra vanette y al mes otra (y los jediondos sacan una servilletica en la que han garabateado los cálculos de gasolina y pasajeros) y así en un año los jediondos tienen toda una red de transporte público y le pagan a papi el doble de lo que papi les prestó. Y papi escucha mirándose las cutículas impecables y luego la secretaria les trae un cafecito y al jediondo le regalan una gorra con el logo de papi y no se habla más del asunto (papi le da palmaditas en la

espalda mientras lo despacha con veinte pesos).

El día que papi llegó los jediondos ya estaban haciendo fila en el parqueo del edificio adonde vive mi abuela Cilí y papi entró vestido de roba-la-gallina para cruzar a través del molote sin que lo reconocieran, pero ellos ya empezaban a armar casitas con cajas de cartón en el parqueo, tumbando palos de jabilla como leña para hacer un locrio de arenque. A la mañana siguiente papi salió al balcón en pantaloncillos y los hizo volver a sus casas diciendo que a cada quien le iba a tocar lo suyo, que no se desesperaran.

Y papi lo primero que hizo cuando llegó fue abrir sus maletas y los mellizos y yo esperábamos sentaditos muy tranquilos como niños buenos y China, Leysi y Cilí abrazando a papi y besándolo en la boca cada vez que papi sacaba otro regalo. Cilí le secretea a papi: acuérdate de los tuyos, y papi entonces arranca una hoja de una libreta amarilla, moja el lápiz con la lengua y comienza a hacer una lista, cien para aquél, doscientos para el otro, cien para este otro. Cilí chequea sobre el hombro de papi que estén los nombres de todos. Dinero, neveras, carros, hasta casas para algunos en nombre de los viejos tiempos.

Papi está haciendo su lista, y no termina nunca. Él se la enseña a China o a Leysi y ellas le dicen: acuérdate de Don Chichi y del Sargento Alegría, o: y tú no vas a poner a los huérfanos de la difunta Evarista? Papi está haciendo su lista. Cien dólares para ti, cien para ti, cien para ti y cien para ti. Ya pone todos los nombres, pide que cada uno le hagamos una lista de la gente que nosotros creemos. Y a cada uno de los que están en la lista se le pedirá una lista. Papi no quiere que se le olvide nadie.

Me voy a un hotel, le dice papi a Cilí. Papi necesita espacio para recibir a toda esta gente. Me voy a comprar una casa, le dice papi a Cilí. Y papi se compra una casa y un apartamento y un solar adonde pone los carros que trajo para vender y al día siguiente ya están rodando el comercial y al día siguiente papi sale en la tele dándole la mano a otro cliente satisfecho y se estrechan las manos tan fuerte que parece que se las van a romper. Papi ya tiene secretaria, tiene dos secretarias que cogen el teléfono y organizan las listas por orden alfabético o de importancia o no organizan nada y salen con Puchy a comprar dulces de cajuil que se comen en el carro sacándose los zapatos de tacón y moviendo los deditos del pie frente a la ventanita del aire acondicionado.

Y ahora para mayor eficiencia hay una contestadora automática en la que mi voz dice papi no está, deje su mensaje después del beep, y papi lo primero que hace cuando llega a su oficina como a las once de la mañana bajándose una Rapidita contra la resaca con un vaso de leche es punchar el botón para escuchar la larga lista de mensajes en la que las voces de los jediondos, los socios, los familiares, los

allegados, los periodistas, los clientes y las novias de papi se suceden unas más chillonas que otras. Papi se sienta en su escritorio, toma el control de la tele y pone un canal cualquiera, luego con los codos en el escritorio se pone un dedo índice en cada sien y luego los dedos le dibujan círculos en las sienes. Los mellizos revoloteando sobre el espaldar de su sillón como angelitos sobre un pesebre navideño.

Cuando papi mueve los dedos así realmente está haciendo dinero. A mí no me pasa, yo me pongo los dedos en la sien y no pasa nada. Pero papi sí. Sólo hay que ver cómo cuando papi se pone los dedos en la sien inmediatamente entra alguien y se reúnen y cuando papi y yo volvemos a estar solos papi me dice: te estoy haciendo millonana. Y luego salimos a comer con una de las novias de papi a un restaurante de lujo y yo pido una pizza y él me pregunta que para qué me trae a este sitio si voy a pedir una pizza y la novia que es más lambona que el diablo se pone de mi lado y las dos golpeando la mesa con el tenedor y el cuchillo gritamos pizza! pizza! pizza!

Y la pizza llega y nos la vamos comiendo, primero quemándonos la lengua con el queso, luego dejando los bordes en los platos, porque ni papi ni yo nos los comemos y la novia es tan lambona que tampoco. Durante el postre papi le agarra uno de los dedos a su novia y me muestra el anillo con un diamante del tamaño de una bola de chicle que la novia tiene puesto. Vamos a casarnos, me anuncia la novia, el sábado que viene.

Y papi se pone los dedos en la sien (y le gente en el restaurante cree que es porque le duele la cabeza) y comienza a producir dinero y casas y decoradores que arrastran un muestrario de telas, uno de pinturas, otro de losetas y la novia de papi le dice a los morenos que llevan y traen: lo que me rompan me lo pagan, y cierra el puño y el diamante del tamaño de una bola de chicle expulsa un rayo ensordecedor que marca a distancia el color o la tela o la loseta elegida en los muestrarios, fulminando a los pintores, albañiles y decoradores si ella no apunta bien. Y los dedos en la sien de papi también producen trajes y vestidos, pedicures y manicures para todos los invitados, y producen el alquiler de seis autobuses con camareros para trasladar los invitados hasta la finca que papi con los dedos a cada lado del cráneo está produciendo en este momento y el arquitecto que diseñó la casa a orillas del río y la madera y el cemento y los trabajadores de la finca (con una familia cada uno) y todavía estamos en el restaurante de lujo cuando papi (con los dedos haciendo círculos tan pequeños que parece que va a hacerse hoyos en las sienes coloradas) produce los últimos tres caballos de los veinticinco caballos que va a tener en su finca.

Y llega el día de la boda y la novia y papi se casan. Pero antes de que firmen y a la novia se le corra el maquillaje con las lágrimas, el

fotógrafo hace las fotos de la pareja junto a la piscina, de la pareja bajando por la escalera, de la pareja acariciando uno de los potros, de la pareja sosteniendo la copa de champagne, de la familia del novio, de la familia de la novia, de ambas familias alrededor del bizcocho de siete pisos, de las madres de la pareja, de la novia con los mellizos, de la hija del novio, del bizcocho de siete pisos. Luego hacen copias para todos de la mejor foto de la pareja, tamaño cartera, y detrás la novia de papi escribe un mensaje cariñoso, sobre el que yo luego pongo un número con el que voy organizando las fotos junto a las otras bodas de papi que se acumulan como postalitas de baseball atadas con una gomita verde.

Todos los viernes la guagua de la escuela me deja en el Dealer de papi, porque mami no tiene carro, mami ni siquiera puede manejar uno y me manda a la escuela en la guagua. El chófer que se llama Siboney y que es un negrazo bembú con los dientes gordos como dedos, me dice: espejuelúa! cada vez que me subo a la guagua o cada vez que me ve por el retrovisor y luego en el segundo asiento está Juan José que me dice mosquito súper desarrollado y tres asientos después Damián me dice mini bruja y luego (ya más en confianza) me dicen fla- quindé, denutre, garza, biafra, espaguetico, maría palito, cacatúa, jirafa, palo e lu, poste e lu, juana salta y topa, mangueroide, raquítica, baquebolista, let me check, dice la secretaria de papi cuando entro al aire acondicionado y le dice a papi que yo estoy aquí y yo oigo la voz de papi que le dice que cuántas veces va a tener que decirle que a mí no me tiene que anunciar.

A veces papi está en una comida de negocios y cuando yo llego la secretaria me pide una pizza y yo me siento en la oficina de papi y repaso todos los canales del cable y como a las seis de la tarde papi llama por teléfono y le dice a la secretaria que me ponga en un taxi para casa de mi mamá porque la reunión va a prolongarse.

A veces papi me lleva a sus comidas de negocios que son comidas en restaurantes en los que sus socios piden langostas que destrozan sin ayuda de un alicate y se ríen más duro que todo el mundo en el restaurante escupiendo partículas de marisco en el cristal de mis lentes cuando vuelve a empezar la carcajada y golpean la mesa con el puño y se aflojan la correa y el botón del pantalón cuando han terminado de comer y cuando pasa una muchachi- ta que todavía no usa brasier dicen qué pezoncitos, y papi dice la niña, la pinta y la santa maría para que se acuerden de que estoy ahí, para que se acuerden de que yo también tengo pezoncitos. Y entonces tosen en la servilleta y cambian de tema y ahora hablan de las mujeres de sus compadres, de las hijas de las mujeres de sus compadres y de lo mucho que se parecen estas hijas a ellos y de nuevo un garbanzo salivoso cae sobre mis lentes.

Ahora miran el menú de postres y yo miro a la muchachita de los pezoncitos, que es como de mi edad y que me mira desde su mesa en la que su mamá y su papá discuten amenazándose con las cucharas. Me levanto y voy al baño y ella me sigue. Ya allí dentro yo le cuento que cuando yo era chiquitica me salió una bolita en un pezón, una bolita del tamaño de un guandul y me la cortaron en el consultorio con anestesia local. Y yo me acuerdo muy bien de la bolita cayendo en la camilla de acero inoxidable que congelaba. Y luego yo perdía papeles, porque el doctor me había envuelto ese lado del pecho con gasas y curitas y esparadrapos y los esparadrapos se iban cayendo ellos solos como las hojas de los árboles.

Y después cuando las novias de papi se enteran de mi intervención quirúrgica y mi convalecencia me mandan pizzas y fotos de sus anillos de plástico con la carita de Winnie the Pooh que dizque eran diamantes, y me mandan regalos, me invitan al cine, y mami echa los regalos sin abrir en la basura, y los niños del barrio esperan a que mami lo haga para ir a recogerlos y luego sus madres los echan en la basura porque sus hijos no juegan con basura. Al final los niños del barrio se pusieron de acuerdo y recogían los regalos y los enterraban marcando el lugar con una cruz en vez de llevarlos a sus casas. El parquecito de la esquina tenía la tierra tan removida por la enterradera de juguetes que todo lo que uno echa crece; semillas de maíz, habichuelitas, papa, yuca, ñames gigantes tan fuertes que han torcido y quebrado los columpios oxidados. Las novias de papi son una vaina. Me llaman, me mandan cartas, mami las quema, mami se hala los cabellos y le dice a papi: mira a ver lo que tú vas a hacer. Y cuando papi las deja o cuando ellas dicen que él las acaba de abandonar (algunas ni siquiera lo conocen) me llaman llorando, diciéndome que se pasaron la madrugada abortando un hijo de papi para que yo les dé el número telefónico privado de papi que papi me ha dicho que no se lo dé a nadie y yo se lo doy y papi cambia de nuevo el número telefónico y ya no me lo da a mí porque me fui del lado de las novias.

Los viernes la guagua de Siboney me deja en el Dealer de papi. Siboney me vocea: por la sombrita espejuelúa, por la sombrita, y en esta acera de la avenida Abraham Lincoln (búscalo que no lo vas a encontrar) no hay ni un triangulito de sombra. Y Damián, Juan José y todos los otros enanos, bolas de manteca, bolas de moco, bolas de cebo, culos cagaos, mascapantis, mamañemas, mamasijayas sacan la cabeza por las ventamtas de la guagua como jicoteas para ver los Be Emes y los Ferraris que papi tiene parqueados. Ploy es su cumpleaños, pero a papi no le gusta su cumple (a quién le gusta celebrar el nacimiento de un niño pobre, en un piso de tierra, dice papi), y mami me ha comprado un regalo para que se lo entregue a papi, unas

bermudas hawaianas para la playa, como papi va tanto a la playa, y yo ya sé que papi va a preguntarme si fue mi mamá que las eligió o que si fui yo y si le digo que fue mami va a decir que qué vaina más fea. Así que me paso todo el día sintiendo con cierta alegría cómo la caja del regalo se va llenando de abolladuras en el interior de mi mochila.

Al llegar la secretaria me informa: papi no está y además no ha dejado dicho nada sobre mandarme a buscar una pizza, mientras, la secretaria saca un tupperware de una gaveta y reparte el locrio de pollo en dos platos, uno para mí, otro para ella, y cuando he terminado de comer me deja entrar en la oficina de papi que está llena de arreglos florales y de regalos, un bizcocho en forma de ametralladora, freezers, joyas. Me siento entre los regalos y las felicitaciones para papi, todo ese chocolate caro para mí sola. Enciendo la tele y encaramo los pies en el escritorio destapando la primera caja de bombones, cuando la secretaria me avisa por el intercom que alguien mandó un regalo «especial» para papi, le digo que lo envíe y un payaso con tetas en bikini entra por la puerta de la oficina de papi y se sube con sus tacos al escritorio y se pone en cuatro patas sobre el escritorio y canta el happy birthday to you estrujándome las tetas en el control remoto que tengo en la mano. A mí me da tanto miedo que los bombones se me derriten en la boca.

Cuando la payasa se va le digo a la secretaria que no estoy para nadie y me quedo a solas en la oficina por mucho tiempo. Apago la tele y recorro el lugar sin levantarme del sillón con meditas y haciéndome rodar usando ambos pies como remos. Me detengo frente al mural detrás del escritorio de papi, un paisaje de palmeras y edificios y luces y símbolos de Mercedes Benz y algo que parece un río de salsa de tomate saliendo de la ventana de un Mercedes. A la izquierda del mural hay una puerta que conduce al baño de losetas negras hacia cuyo interior me deslizo sin deshacerme del sillón. El baño es mi lugar favorito de la oficina de papi, con su bañera también negra y sus grifos dorados en forma de dragón. Me levanto del sillón y abro la llave del lavamanos para desperdiciar jabón, como dice Cilí, apretando el dispositivo para que el jabón líquido que es verde caiga en mi mano como los mocos de un monstruo. Junto al lavamanos hay otra puertecita más pequeña que conduce al sauna, en el que yo misma embadurné las paredes de Vicks VapoRub hace unas cuantas semanas porque papi me lo pidió, y yo entré con el pote de Vicks y fui regando las paredes de cedro con los pegotes mentolados del ungüento, y papi después me contó que a él se lo ponían en el pecho todas las noches cuando era chiquito para que respirara mejor.

Y aunque la oficina, el baño y el sauna están muy aislados, el bullicio de la avenida se cuela y se escuchan las bocinas impertinentes

de los carros que se paran en fila india a ver los Porsches plateados, los Ferraris rojo chino, los Audis negrecitos que tiene papi allá afuera y escucho los motores de cada uno de los carros en fila y cómo en sus mentes los dueños de los carros en fila encienden los motores de los carros de papi y cómo mañana van a empeñarlo todo para comprarle un carro a papi y van a descojonarse a millón Lincoln abajo hasta el malecón, hasta los arrecifes, hasta el fondo del mar adonde los tiburones van a perder los dientes con tanta carrocería.

Porque, como dicen sus socios, papi tiene el abrazo del oso para comprar y la caricia del tigre para vender. Y papi está creciendo, y sus socios con él, echando pa'lante tan rápido que ya casi ni se ve. Ya casi nadie lo ve. Guardándose siempre el auto más veloz para sí, dejando una cortina de humo por donde pasa, convirtiéndose en humo. Un humazo. Y junto al banco del sauna no hay otra puertita más pequeña que la anterior, por lo menos no a simple vista. Hay que meter los dedos en una hendidura en la madera para darse cuenta de que hay una entrada secreta, que yo había descubierto gracias al Vicks VapoRub y la abro, escuchando cómo todos corren a saltar desde el malecón en carros deportivos y, aquí hay que ponerse de rodillas, penetro dentro de la cámara, en que cabríamos papi, yo y alguien más, en posición fetal. Y al fondo la puertita más pequeña de todas, que se abre con una combinación.

# 6

Papi y yo andamo loquísimo por la cartera. Carretera!, me corrige papi, carretera! Oyendo música, recitando los números y las letras de las placas de los carros que vamos rebasando como si fueran poesía. Y afuera del carro de papi un pastor alemán que posa en la parte de atrás de un Volvo o una novia de papi pidiendo bola con el dedo pulgar que nos apresuramos a atropellar y yo voy anotando las novias aplastadas con una tiza sobre la guantera. Perros y novias, perros de raza y novias. Chow chows, poddles y huskies siberianos que mueven sus melenas contra el viento como las modelos en un anuncio de abanicos Oriental.

Déjame explicarte, me dice papi, que siempre me está explicando algo. Hace rato que estamos huyendo, hace rato que papi y yo no vemos a nadie más que **yo** a él y él a mí. Y a veces los perros y las novias. Cuando no es frente a frente es por el retrovisor por donde yo le hago muecas a papi desde el asiento de atrás cuando vamos a mil en el Mercedes de papi, comiendo cheetos, snickers y gummie bears que se tiran de mi mano para morirse debajo de mi asiento. También dormimos en el Mercedes, que es de color champagne con vidrios eléctricos y una campanita que suena para que nos pongamos los cinturones de seguridad, pero no nos los ponemos nunca y la campanita se cansa. A mí me encanta cómo huele el Mercedes por dentro y clavo los dedos en el leather color beige para ver cómo la piel se calca con la forma por mis uñitas, que hace rato que no me las corto y que papi me limpia con un cuchillito que en el mango tiene un Cristo de oro con esmeraldas en la corona de espinas.

Cuando cae la noche o papi se cansa de manejar nos detenemos en uno de los parqueos que hay a cada lado de la carretera para la gente como nosotros y echamos los asientos hacia atrás. A veces papi se duerme, pero yo no puedo dormirme y abro la puerta y la empujo y camino hasta el borde de la carretera y les digo adiós con la mano a los otros carros que pasan o en mi mente cuento los rojos, los azules, los grises. Una vez me dieron ganas de cruzarla y estuve allí con un pie en la acera y otro en la carretera para sentir cómo vibraban los camiones y carros que pasaban muy rápido por delante de mis ojos, hasta que mi propio pie con su sandalia sobre el asfalto me pareció el pie de otra niña, como un pie en una foto y me dio miedo y volví al carro a hacerme la dormida.

Déjame explicarte, me dice papi, y ahora vamos muy rápido por una autopsia. Autopista!!, me corrige papi, autopista!! Y cada diez kilómetros hay uno de éstos, me dice papi sacando el brazo entero por la ventana como si fuera a sacudir la ceniza de un cigarro y señala

unas torres que terminan en forma de besito de hersheys, como los palacios de los que salen Aladino, un sultán, una alfombra mágica o un genio. Son para que la gente que anda como nosotros se detenga, me explica papi, porque las torres son el símbolo de estas cafeterías, que cada cierto tiempo aparecen en el paisaje. Y en las cafeterías venden desayunos y refrescos y cartones de un cuarto de litro de leche, que antes se los damos a probar a un gatito o a un perro callejero para que las novias de papi no vayan a envenenarnos. Papi de lo que se queja es de los huevos revueltos y siempre dice que los de la cafetería anterior estuvieron mejores y yo me imagino cómo cada diez kilómetros los huevos van desmejorando, empeorando hasta el infinito en la dirección en que vamos papi y yo y en dirección contraria son cada vez mejores, ganan concursos, se presentan a la presidencia, pero entonces papi me interrumpe con un hotdog y un Seven Up o una paleta de helado que le chorrea la mano y arranca de nuevo.

Papi pone un cassette con una canción que nos gusta mucho a los dos: un muchacho dice que se le perdieron sus jeans marca unicornio, que se los busquen, que por favor, pero el muchacho no dice se me perdieron mis jeans marca unicornio, sino que dice directamente mi unicornio azul ayer se me perdió, y uno cree que el muchacho está hablando de un unicornio y no de un jeans. Papi me lo explicó. Me dijo: lo que pasa es que en algunos sitios los huevos revueltos los hacen en el microondas, por eso son tan malos. Y luego me explica cómo funciona el microondas y cómo fue que un soldado que utilizaba un arma tenía un grano de maíz en el bolsillo y se le convirtió en pop corn y así nació el microwave y los huevos malos. Déjame que te explique: rayos, uno no los ve, pero si te caen en la mano te dan cáncer.

A veces papi se pierde y nos metemos en un pueblito por horas y papi se baja del carro y hace llamadas desde cabinas telefónicas y yo bajo el vidrio y recuesto el codo del borde de la ventana, cantando, mascando chicle y tronando los dedos. Y papi me manda a callar tapándose una oreja como un cantante y golpeando el aparato con el auricular que tiene en la mano y escupiéndo el aparato y pateando el aparato diciendo coño, coño, hijo de puta.

Hace tiempo que papi y yo lo único que vemos son mofetas muertas, piedras, paisaje, las luces de la carretera, desayunos y cenas hechos en micro- ondas, gente que sirve pop corn directamente de sus bolsillos a gente como nosotros, que en su mayoría no son turistas sino camioneros. Me pregunto si todos van al mismo lugar que nosotros. Papi a veces hace una llamada o se reúne con alguien en un parqueo oscuro mientras yo me quedo en el Mercedes escuchando un partido de baseball en inglés, lo único que se entienden son los aplausos. Papi

a veces se sale de la carretera y empezamos a ver tiendecitas, callecitas, barberías cerradas, y ni un vivo porque es muy tarde, como las cuatro de la mañana. Nos detenemos en el parqueo de un supermercado y papi me dice que no me preocupe, pero yo no me estaba preocupando. Luego un Impala, un Lincoln, un Cadillac color vino se parquea y papi se desmonta y camina hasta el Cadillac, de donde sale un gordito de bigote y pelo chorreado muy negro con un poloshirt gris de cuello negro y reloj de oro. Papi abre el baúl de nuestro Mercedes para enseñarle al gordito las cosas que hemos comprado en el camino, diciéndole déjame explicarte y le muestra la Nikon tirándole una foto, la raqueta de tennis abanicando un derechazo con ella en el aire, la cassettera que papi me compró junto con un cassette de Billie Idol y hasta le pone un pedacito de *Dancing with Myself*. Y entonces me dan ganas de enseñarle al gordito el reloj de Transformers que papi me compró esta tarde y abro la puerta y ya llego con la muñeca levantada para enseñarle al gordito mi reloj, pero el gordito está en el suelo y papi trata de despertarlo con una patada en la cabeza mientras limpia su pistola con una toallita del pato Donald que fue lo último que compramos.

Cierra el baúl, me dice papi, y se echa el gordo al hombro para llevarlo hasta su Cadillac, y como sostiene la pistola con la boca no lo entiendo bien cuando me dice algo que creo que es que no me preocupe, pero yo no me estaba preocupando y en el parqueo que es enorme sólo estamos nosotros, el Cadillac del gordito y el Mercedes, y una cola de carritos de supermercado metidos unos por detrás de los otros como legos. Chequeo la hora en mi reloj de Transformers y papi me explica: es una enfermedad. Sienta al gordo al volante de su Cadillac le pone la pistola en la mano, le da un besito en la frente y cierra la puerta.

Un día por fin nos detenemos en un motel que tiene piscina aunque papi no me deja meter ni una pata, y yo por eso subo el volumen de la tele a to para no oír los salpiconazos de los demás. Ya estamos en Orlando, me dice papi, exprimiéndose una espinilla en la barbilla frente al espejo, y yo le digo que sí con la cabeza con el control remoto en la mano. Luego papi coge un mapa y se tira en la cama para explicarme que Epcot Center está aquí. Y hace un círculo con el dedo sobre el mapa y luego subraya la palabra Orlando con el mismo dedo en el mapa y yo entiendo. El centro del universo. Y luego papi me dice vuelvo de una vez. No le abras a nadie, oite? Y sale con su gorra de los Dodgers porque el manager es Mani Mota. Por un rato yo me quedo muy tranquila viendo videos en MTV para después contárselos a alguien. Y después entiendo que papi no va a volver nunca y que por eso me dejó el mapa en la cama y agarro el mapa por una esquinita para atraerlo hacia mí y el papel se arruga y suena como

coheticos chinos explotando. Y trato de doblarlo hasta convertirlo en el rectángulo que era antes y más coheticos explotan, y ahora papi se detiene en una gasolinería y está olvidándose de mí, echando gasolina y olvidándose de mí. Y yo voy a quedarme aquí en Orlando viviendo en esta habitación para siempre, con el volumen de la televisión muy alto y viendo MTV sin abrirle la puerta a nadie, memorizando cada escena de los videos para contárselos un día a alguien, con un mapa mal doblado y sin haber visitado Epcot Center.

Pero papi vuelve siempre, a veces yo estoy durmiendo cuando papi vuelve y lo que me despierta es el olor a hamburgers y a papel caliente. Y papi y yo nos comemos los hamburgers, los cheesse burgers, los bacon mushroom cheese burgers y papi pone boca de hamburger y le arregla el calimete a un Seven Up grandísimo y me lo ofrece con ojos de hamburger y luego yo me acuesto boca abajo para ver la televisión y papi recuesta la espalda en el espaldar agarrando con la boca el apple pie como una perra a un cachorrito porque tiene ambas manos ocupadas, una con el control remoto y la otra con uno de mi pies. Papi me jala los deditos del pie para tronármelos y suenan crac y a mí me da un pique.

Cuando papi me despierta porque tenemos que irnos me dice que me he pasado la noche hablando. Yo no me acuerdo de nada. Pero él me dice que sí, que me he pasado la noche hablando en sueños. Es por los muñequitos, dice papi. Pero yo no me acuerdo. Salimos al parqueo y yo le digo a papi mira qué linda, señalando la tamaña sevillana que había clavada en una rueda del Mercedes. A papi le clavan sevillanas en las gomas todo el tiempo. Yo pienso que son las novias.

Y entonces papi me dice que me monte en el carro y yo me monto sin poner la radio mientras él cambia la goma, subiendo el gato hidráulico con el pie, mirando la sevillana por arriba y por abajo con ojos de apple pie.

Y manejamos mucho rato y yo no me atrevo a preguntar por Epcot Center, ni siquiera cuando veo una bola gigante resplandeciente con una escalenta a un lado como una nave a punto de despegar, pero papi me lee la mente y me explica: agua. Y ya yo sé cómo va a terminar esto, mucho Epcot Center, mucho miqui mau, pero al final adonde me llevan es al Miami Sea Aquarium y me dejan empujar un cochecito en forma de delfín. Y luego vemos los delfines y las ballenas dando brincos en una piscina *y* una chica mete la cabeza dentro de la ballena y yo esperando a miqui mau mirando mi reloj de los Transformers, porque papi me había dicho que miqui mau y el pato Donald también venían a ver los delfines.

# 7

Papi va tan rápido que el que le coge atrás siempre está tarde. El va tan rápido que uno lo único que alcanza a ver es el humazo que va dejando por donde pasa. Pero más rápido que papi voy yo, que cuando oigo su voz desde el parqueo apurándome le grito nada más me falta ponerme los zapatos, ciega de champú bajo la ducha.

Las novias de papi van más rápido que nadie y se han puesto ellas mismas una oficina para organizarse, para ir concertando citas con papi, y ahora ellas tienen su propia secretaria para que se comunique con la secretaria de papi (que entre secretarias se entienden mejor) y son todas tan bellas y tantas (las secretarias tanto como las novias) que a veces tienen que alquilar un hotel para conocerse todas y se intercambian tarjetas de presentación que además del nombre, profesión y teléfono de la novia tienen el turno que les toca en la lista de citas de papi. La lista es muy larga, tanto que pronto tienen que modernizar el sistema, computarizarlo, traer técnicos de fuera que también ofrecerán cursillos a las novias para que cuando el nuevo sistema se active estén preparadas.

Todo esto lo paga papi, por supuesto.

Y la prensa se hace eco de los avances en el proceso de la instalación. El primero de una larga lista de pasos hacia la modernización del sistema, afirman dos de los técnicos extranjeros que en la foto del periódico parecen colombianos o alemanes, o los mellizos con bigote postizo. Y el día llega y el sistema es activado en una lujosa recepción en la que papi y la novia de turno cortan una banda con los colores de papi para las cámaras mientras alguien destapa una botella de champagne de la que sólo puede verse una cresta de espuma. Después de la foto la novia sale de cuadro y le cede su lugar a la que sigue que aguarda en la silla del maquillista retocándose los pómulos. La gente en sus hogares, los invitados y las novias mismas comprueban la alta eficiencia del sistema. Y durante tres días una cadena radial y televisiva transmite cada media hora boletines informativos que explican el proceso de inscripción, la forma correcta de llenar los formularios, cómo presentarse a los centros para solicitar la lista de documentos necesarios y qué día depositarlos. Entre boletín y boletín ponen películas de Joselito, Marisol o *Marcelino Pan y Vino*.

A papi ni se le ve. Ya ni el humo ni nada. Sólo las fotos de hace tres o cuatro años que aparecen de vez en cuando en el periódico cuando su nombre se ve involucrado en algún malentendido, siempre por culpa de las malditas novias.

Cuando los técnicos se dieron cuenta de que el sistema no había

sido programado a partir del suministro de energía eléctrica del país (atropellado y escaso) ya era demasiado tarde. Con cada apagón el sistema se iba debilitando y pequeños retrasos iban creando una cortina de residuos de tiempo detrás de la cual papi podía colarse y desaparecer, y así por meses, el pobre, es que estaba tan cansado.

Hasta que un grupo de mujeres que habían visto su turno desaparecer varias veces se unieron y renegaron del sistema, llamándolo fraudulento y exigiendo además de una asamblea abierta e inmediata con papi la destitución del comité central (que hasta ahora se había ocupado de la administración y mantenimiento de la estructura interna y externa del aparato) cuestionando la existencia misma de papi, del sistema y de la susodicha lista.

A papi no había quien lo viera y las mujeres recitaban manifiestos desde su propia radio cadena, abogando por un contacto directo, por un trato más justo, y se pusieron en fila frente a la oficina de papi, y la fila creció muy rápido, llegando a la 27 de Febrero minutos después de que la primera se pusiera frente a la puerta. En una hora están en la Kennedy y al día siguiente la fila ya se encontraba en zona muerta entre la capital y las provincias aledañas.

Las mujeres eran demasiadas, yo creo que algunas ni sabían a qué venían, algunas pasaban por allí por casualidad junto a sus maridos paseando un perro o en carro, y sin despedirse ni nada se tiraban del carro en marcha y se ponían en fila y de inmediato eran incluidas en la conversación sobre cómo el robustecedor de uñas está hecho a base de ajo.

La fila crece más, atrayendo a las moscas gigantes que venden maní tostado, maíz salcochado, tostones, tripita, bofe, mofongo, hot dogs, sanguche de pielna, arroz y habichuelas, dulce de coco, jugo de tamarindo, frío fríos, yun yun y cativias. Algunos son más creativos y parquean sus camionetas cada dos cuadras cargada de t-shirts, posters, gorras, escapularios y toda clase de propaganda con la foto de papi, algunos tienen hasta una fotocopia del acta de nacimiento de papi y su green card, enmarcados en oro de fantasía, con la Virgen de la Altagracia en el medio. Algunas mujeres se acercan y las compran y se ponen la mercancía que les queda de lo más bien y otras vienen más atrás con tijeras y encendores a hacerles un juicio a las compradoras porque *¿qué es lo que estamos haciendo aquí?*

Y los comerciantes hacen su propia fila paralela a la de las mujeres, algunos ven buen negocio y arman un chinchorrito de madera y plywood, pronto una larga fila de chinchorros se extiende hasta la cordillera central a ambos lados del río de cabezas.

De noche las que pueden dormir se abrazan a otra o a un peluche y se echan sobre cartones y colchonetas, protegidas por las dos columnas de puestos, carritos y chinchorros que los buhoneros cuando

se van a sus casas cubren con una lona o un plástico azul celeste. Algún paletero se queda las veinticuatro horas ofreciendo café, mentas de guardia y guineos a las que sufren de insomnio, que se agrupan alrededor de un abanico de pilas que ha conseguido una o de una televisioncita para ver si alguien ya ha visto a papi, para ver por dónde va la fila, para ver a papi en fotos de hace tres años que a veces ponen en el noticiero cuando su nombre se ve involucrado en algún malentendido; el síndico suplicándole a papi un turno en la fila, para reunirse con él y discutir el estado de cosas; la fila, su longitud, las mujeres que no obedecen ni a dios y que interrumpen el tráfico a ciertas horas, que se muerden, se arrancan las uñas unas a otras dizque porque alguien se les puso alante, caen redondas contra el asfalto para desnucarse y para que una ambulancia las recoja y les abra paso hasta papi.

Algunas hasta están embarazadas, y como nadie las hace salir de la fila y dejar su turno para ir a hacerse un chequeo, el gobierno ha dispuesto varios centros ginecológicos móviles que van suministrando complejos vitamínicos, cremas para evitar las estrías y exámenes gratis a plena luz del día. Los centros móviles están incluso equipados con sonógrafos para que la madre pueda ver cómo va desarrollándose el bebé, y por lo general, si es verdad que se parece a papi, a la embarazada se la coloca en los primeros turnos de la fila, adonde las otras, viendo peligrar su posición, la hacen abortar majándole dos Situtex en el desayuno. Y si no, la agarran detrás de una matica y le meten una percha. Muchas acaban desangrándose en las cunetas. Es muy feo.

Cuando las que sobrevivieron empezaron a parir se los traían a mi abuela Cilí creyendo que ella iba a interceder ante mi padre. Cilí que está tan viejita no puede con tanto y yo cogía el teléfono como toda una secretaria para organizarle las citas. A las que por teléfono me caían mal o no me reconocían enseguida les decía sí, sí, el domingo a tal hora, y cuando llegaban yo las devolvía diciéndoles que no veía sus nombres en el libro, y luego las veía bajar las escaleras con el monigotico babeando leche y me daba pena y les decía espera, espera que creo que puedo buscarte algo, pasando mi dedo sobre las páginas del libro y mojándome la punta del dedo mayor con la lengua para pasar la página.

Cilí se baña temprano, se pone un vestidito de medio luto y saca la fundita de plástico en la que ella guarda el dinero en bollitos húmedos, yo no sé si de sudor, de agua o de qué. Me da cinco pesos y me dice cómprate un refresco y yo bajo juyendo las escaleras y me compro un paquete de cigarrillos Constanza y subo a la azotea y me pongo uno en la boca sin prenderlo, botando humo por la nariz como me ha enseñado Milly y luego Cilí me llama porque las madres están

llegando. Tía Leysi les brinda café en la escalera y carga los carajitos y llora y abraza a cada madre porque a tía Leysi le encanta un show, y luego entra en la casa y me dice atrá de una cortina: cuántoooo cueroooooo!!

Mi abuela se los sienta en las piernas y les chequea las orejas sonriendo, les chequea los dedos de los pies y luego les mira el rabito con una lupa. A las hembras les busca una manchita en forma de cangrejo con que matchearlas con papi. Algunas tenían dos manchas, una de un cangrejo y otra en forma de pipa igualita a una que tenía el papá del papá de papi. Algunos de los niños eran igualitos a mí, y una larga fila de mujeres con carajitos igualitos a mí con zapaticos tejidos de lana o tenis Nike en miniatura se extendía desde la puerta de Cilí hasta el malecón. Hasta que se dieron cuenta de que Cilí no iba a conseguirles un carro, una cita con papi, ni una mensualidad y volvieron a la fila, con sus hijos y todo, ya creciditos muchos de ellos.

# 8

Primero, debes entender la historia detrás de la aventura. Un buen conocimiento de la historia antes de empezar el juego hará tu aventura más rica. Es importante aprehender la relación entre papi, sus socios, la familia y el señor de todas las oscuridades conocido como las novias.

Allá adonde el diablo botó la chancleta, o sea, en casa der culo, está entronado papi. Esta montaña- castillo-torre de mil pisos es la fuente de todo sufrimiento y felicidad aquí en la tierra y mundos adyacentes. Papi se hace más poderoso gracias a la energía emitida por todos los que desean un carro nuevo en el mundo. Los poderes de papi florecen cuando el espíritu de los deseantes vibra al máximo, haciendo que éstos les alquilen sus mujeres a los guachimanes y vendan por piezas a sus hijos para comprarse un carro en el Dealer de papi, adonde se les entrega la llave mágica con la que se puede volar, conseguir mujeres, y eventualmente, más llaves.

Los socios eran en un principio servidores leales de papi y eran el vínculo fundamental entre papi y el mundo inferior, hasta que un día los socios se unieron contra papi, pero papi que todo lo sabe y todo lo puede, se escapó a tiempo y todavía lo andan buscando. Desde entonces los socios manejan el imperio de papi y en la montaña-castillo-torre de mil pisos habita un muñeco vestido con un traje de papi o uno de los socios, el que más se parece a papi, al que han retocado con cirugía. Mantienen a la gente tranquila con imágenes y discursos grabados de antes de que papi desapareciera y en estos videos papi no envejece nunca y los socios se van poniendo viejos y feos y cada vez más ricos.

Las novias eran servidoras de la causa de papi, pero en sus almas hizo su nido el apego y papi las ha condenado a cuarenta años sin ver un güevo. Pero a las novias esta falta las consume y buscan de papi en otras fuentes, en los puestos de falsos güevos de papi que han puesto los socios.

Las novias (juc se hicieron pajas con estos güevos caen ahora presa de otra maldición y son tiburcias, cocotibulapias, terodáctilas que persiguen a cualquiera para chuparle del cuello la sangre de papi que pudiesen tener en sus venas, anidando en los quicios de las puertas, en las azoteas, encima de las antenas, pariendo huevecillos en nidos de papel periódico, mientras los habitantes del mundo las ahuyentan a cubetazos de astringosol y de agua hirviendo.

Los hijos de papi son todos iguales, albinos de pelo color ceniza y ojos azules, con uniformes de marinerito. Estos no siempre salen de los huevos de las terodáctilas, a veces nacen ellos solos por generación

espontánea en los vertederos de basura, y salen en fila india a preguntar por papi casa por casa y pidiendo una ayudita.

Los socios al ver cómo los niños se multiplicaban decidieron adoptar a todos los que pudieron y les dieron nombres como Xavi, Hansel, Guille, Axel y los mandaron a colegios americanos adonde tuvieran lockers y sexual education. La otra mitad de los hijos de papi se repartió en dos grupos, los que se quedaron junto a sus madres haciendo fila y los que renegaron de papi y de sus madres y se tiñeron el pelo de otro color y a los cuales puede reconocerse por la raíz canosa en los cabellos.

Luego está la Familia Real, que somos yo, mi abuela, mis tías y los mellizos Puchy y Milly, además de mi mamá, a quien la familia real de papi reconoce como la única mujer de papi porque fue la primera y se casaron como dios manda por la iglesia. La familia es la encargada de guardar los atributos de papi en buen sitio, también, han de revelarme los misterios a su debido tiempo si ven en mí el potencial para emprender esta aventura. Los mellizos son parte de la familia y han de velar por mí y por los atributos de papi.

Otra cosa, a veces todas estas criaturas, monstruos y héroes no lo parecen y pueden confundirse unas con otras pues actúan como si nada estuviera pasando, algunas ni siquiera saben que son Terodáctilas o Socias o parte de la Familia Real, para identificarlas se ha integrado un radar a este texto, que señala, resalta y clasifica en la pantalla a los seres vivientes que vamos a encontrarnos y este radar es la única arma con la que iniciamos nuestro recorrido.

Los objetivos principales son interceptar e interrumpir la industria del mal de los socios y localizar a papi, lo que restauraría el orden y la paz en el mundo. Para alcanzarlos primero deben salvarse numerosos obstáculos. Los parqueos de las plazas comerciales, los ascensores, las azoteas, los salones de belleza, las plazoletas, las guácaras, los resorts y todos los demás sitios están repletos de montros y trampas que van parriba de uno sin avisar. Uno debe conquistarlos paso a paso, palabra por palabra. Sin embargo, enemigos no es lo único que uno va a jallarse en el camino. También amigos que te meterán la mano para ayudarte. Escucha bien lo que vienen a decirte.

1 Recolectar Información

Dondequiera que te cruces con gente, detente y escucha (ver páginas tal y tal). Utiliza la información para deducir para dónde tienes que coger y con quién. Después de juntarte con alguien deberías saber para dónde es. Be sure to chat with eve- ryone. Un personaje al que se te pase hablarle podría tener la clave de los trucos (los trucos no te los enseña nadie, tú los aprendes).

2 Pelear con los enemigos

El diablo anda suelto, los montro tan en toda paite. Adquirirás la experiencia necesaria para acabar con todos y darle para allá. A según tu aventura eche pa lante, los montro son peore. Con cada montro que mates te vuelves más fuerte. No les saques los pies a las batallas.

**EL MUNDO**

El mundo puede dividirse en tres áreas: la calle, la casa y lo otro, en lo otro caben el campo, el cielo, el fondo del mar, la tele, el espacio (diferente del cielo), la montaña-castillo-torre de mil pisos, la playa, el interné, las terrazas, la música, los aeropuertos, las tiendas y los templos.

1-La calle

Este es el mundo exterior. En él los montros janguean libremente. El tipo de barrio se discutirá más adelante. En la calle es adonde es más abundante la información que puede ser recolectada, no sólo en la gente, sino también en letreros, grafittis y flyers.

2-La casa

Esto incluye todo el mobiliario, el interior de los autos y los aviones, los calabozos y las guaridas, los túneles subterráneos, los baños públicos, las lavanderías, las cafeterías, los restaurantes, los hospítales y los hoteles. Por lo general los montros no penetran la casa y cuando lo hacen son montros jefes que utilizan un disfraz. Lo que sí abunda en la casa son las trampas, cabos sueltos, abismos, cul de sacs y pasadizos secretos.

3-Lo otro

Mucha gente vive en estos sitios. Gente y montros. Pero aquí los montros no hacen nada y la gente está en lo suyo. Es aquí donde deben buscarse los ítems necesarios para continuar. Recargar la energía. Y en caso de estar herido, descansar. Es aquí donde puede hallarse la información de mayor calidad y, al estar diseminada por todas partes, puede percibirse con todos los sentidos.

**SPECIAL FEATURES**

Rompecabezas (ver página tal)

Éstos se encuentran casi siempre en la casa y son habitaciones con un suiche. Cuando el suiche se activa le revelan a uno una escalera secreta o algo así.

Atajo (ver página tal)

Algunas paredes de la casa son débiles y huecas y pueden ser derribadas con la ayuda de algo comouna cuchara. Más tarde se te indicará qué ítem uti- lizar en estos casos.

Armas (ver página tal)

Algunas armas tienen otros usos además de atacar enemigos. Un tenedor por ejemplo además de abrirte paso en un avión que acabas de secuestrar también puede utilizarse para llevarte los alimentos a la boca.

**ATAQUES**

Los montros están en todas partes, atácalos con las armas, los ítems y la magia. La reacción rápida de tu parte es la clave de mi victoria. Hay muchas armas y son todas muy efectivas, sobre todo las pistolas, pero cada montro exige un arma diferente, a mí me gustan más que nada las pistolas. Ah, y las hachas.

Sleep: consiste en bostezar, lo que hará que todos los demás montros hagan lo mismo, lo que permite que uno les meta una granada en la boca.

Sleep 2: hacerse el dormido (ver página tal).

Mute: este hechizo hace que los montros se queden callados y sólo se les ven las boquitas moviéndose.

Fire: prenderle fuego con un encendedor a cualquier material inflamable cercano (las cortinas son recomendables) y en el mejor de los casos a los cabellos del enemigo (si tiene).

Ice: ignorar a los montros, hacerse el chivo.

# 9

La fila es cada vez más gorda y más larga. A cada hora vienen a engordarla jóvenes y viejas con sus hijos, sus vecinos, sus motetes. La fila crece tanto que llega hasta aquí y yo le sugiero a mami que nos pongamos en la fila antes de que sea demasiado tarde. Ella dice que eso no hace falta, no se da cuenta de que la gente la mira raro cuando ella dice que yo soy la hija de papi y la gente además de mirarla raro piensan que mami es una comemierda que piensa que es parte de la realeza. Yo también a veces estoy muy convencida y, por ejemplo, el día que pasaron por televisión la boda de Carlos y Lady Di yo estaba segura de que Diana era mi mamá, mi verdadera mamá y que vendría a buscarme un día en un carruaje.

Yo me subo al techo del edificio para ver si Diana viene por ahí, con el vestido de novia todavía puesto, para ver si su carruaje ya está entrando en el parqueo para venirme a buscar y decirle al mundo en la revista *Hola* que yo era su verdadera hija y ella mi verdadera madre, pero lo único que se ve allá abajo son las cabecitas apelotonadas de la gente en fila. Desde aquí arriba escupo gargajos verdes que le caen siempre a una rubia con permanente en un ojo. La fila es tan gruesa que ya no se distingue pa dónde es que va. Si pa lante si pa tra o para los lados. En la calle lo que se ve es un molote de gente conversando con funditas de platanitos y maíces salcochados ensuciando con vasos de foam las cunetas, igualita a las filas para entrar al estadio Quisqueya para ver un partido de baseball.

Por doquier las casuchas, los camiones con materiales de construcción, cemento Titán escrito a un lado de los motrocolos de hierro. Grúas y más grúas volteando sus cocotes de brontosaurio, grúas kilométricas que muerden la arena en las playas y la dejan caer en montañitas sepultando gente y a veces en las construcciones en el lugar correcto. Ahora lo que se ven son cabezas y materiales de construcción todo el tiempo. Blocks colocados unos encima de otros a la espera, remedando el muro adonde han de ser colocados, uno encima del otro por dondequiera. Cristales para las persianas, marcos para las puertas, puertas hechas de madera, metal y plywood. Varillas para las torres, varillas para los multifamillares, varillas para los complejos habitacionales, clavos, tornillos, tarugos, bisagras, zócalos, pvcs, kilómetros de alambres y manubrios de puertas. Varillas para las escuelas, para las iglesias, para los hospitales, varillas recostadas, cogiendo el sol, rojizas, haciendo la siesta.

Y ahora lo que se ve son cráteres, hoyos más grandes que el diablo, porque mientras más alta la torre más grande hay que hacer el hoyo, y la fila pierde pedazos en el fondo de estos abismos y allá abajo

un bulldozer recoge los cuerpos y los coloca junto a las piedras y las raíces que el mismo bulldozer ya ha sacado esta tarde. Y la tierra de los hoyos es naranja, colorada y el sol repica contra los pegotes de tierra roja y los peñones y los bulldozers son amarillos y los manejan hombrecitos de Playmobil a los que nunca se les ve la cara.

Y todos los días amanecen nuevas torres en la calle, en los extremos de la fila, y de noche los camiones en fila descargan los ingredientes del hormigón armado, a veces sobre la gente que duerme regada por ahí. Y por dondequiera las esculturas espontáneas de uno que se ahogó al caer en la mezcla, los sesos embarrados de uno al que una carga con todo y soga y polea le cayó en la cabeza, por todas partes los cuerpos de obreros haitianos empalados en las varillas erectas sobre las que cayeron desde el decimocuarto piso de una obra. Se tiran a propósito, dicen en el periódico los arquitectos, se tiran de clavado a propósito a ver si se salvan y les damos dinero.

Y cuando están terminadas las obras son inauguradas y en la tele ponen un vídeo de papi en una inauguración hace años, y yo me doy cuenta porque la ropa que tiene ya pasó de moda hace tiempo. Y frente a cada nuevo proyecto un letrero que dice: ESTO LO HIZO PAPI. Y yo imagino la mano de uno de los socios de papi firmando los cheques.

Pero no todas las obras se terminan, y por dondequiera hay medio apartamento, medio aeropuerto, media plaza comercial, la mitad de un puente con la dentadura varillosa colgando, señalándole el fondo al río. La ciudad es ahora una maqueta sobre la que se levantan miles de edificios en colores pasteles o fosforescentes de dos y tres habitaciones, de tres a cinco pisos, cada uno con su balconcito, con sus helechos y sábilas y lenguas de suegra en macetas color ladrillo y ocupando la mayor parte del paisaje el armazón de blocks de casas, edificios, torres y locales comerciales que un corte de presupuesto entregó a las enredaderas y a los que necesitan albergue para un culto post-satánico.

Las viviendas son repartidas a partir de un examen de orina que compruebe la filiación con papi, el resultado de este examen puede falsificarse bebiendo sangre de papi o vinagre y a continuación llenando un formulario de treinta páginas en las que el solicitante debe exponer toda clase de anécdotas con papi, con fechas y lugares exactos. Y por dondequiera los estudios fotográficos y los centros de ayuda al solicitante haciéndose ricos con los analfabetos que vienen a dictar sus anécdotas y a tirarse la foto 2x2 que hay que graparle al formulario. Algunos centros también distribuyen por la espalda la sangre de papi, que nadie sabe cómo la consiguen, y otros más sofisticados, potecitos de compota con orina garantizada.

Y ahora filas para confirmar lazos sanguíneos, filas para la

entrega de las llaves (los martes a las seis de la tarde), filas para entrar a las tiendas por departamentos en las que los especiales están buenísimos y a cada rato dos doñas se entran a galletas por el último abanico de techo con bombillitos en forma de flor de campana. Por dondequiera, en vallas, en cruzacalles, en letreros electrónicos, en murales sobre los muros salitrosos del Malecón la cara de papi, con los colores de la bandera, debajo un lema que reza: TODOS SOMOS FAMILIA.

A mi parte de la familia, a la familia real, nos tocó un apartamentico del barrio La Feria en la repartidera. El edificio tiene tres plantas y está ubicado frente a la Lotería Nacional, nosotros estamos en el 3 A. En la Lotería rifan una cita con papi cada domingo y el resto de la semana, para tener a la gente tranquila, rifan dinero, jet skis y cuchillos eléctricos. Todos los días de nueve a cinco se oyen las dos voces que van cantando los premios, una de hombre, la otra de mujer, una dice el número ganador, la otra le responde con el premio, que casi siempre es 650 pesos. Y nosotros (650 pesos!) somos de los pocos privilegiados (650 pesos!) que no necesitamos (650 pesos!) una radio para escucharlos. Los altoparlantes (750 pesos!) se oyen en toda la cuadra y hacen (650 pesos!) temblar las tazas (650 pesos!) que tiene Cilí en su cristalera de pino (tercer premio!).

A mí me han conseguido un trabajito (650 pesos!) en una floristería (650 pesos!) que dizque le puso papi a una vegana que vive en el 2D (650 pesos!) y allí me paso casi el día entero pintando las flores blancas (650 pesos!) con un spray índigo (3.500 pesos!) mientras la mujer coge el teléfono y dice cosas como tenemos unos gladiolos que dan la hora (premio mayor!).

El pago que recibo por el trabajito consiste en dejarme pintar las flores, que me encanta, y poder estar en el aire acondicionado que necesitan las flores el día entero. También me dejan jugar con pedacitos de los ladrillos verdes que utilizan para mantener las flores en pie en los arreglos florales, estos ladrillos son de un material que no sé cómo se llama y deben estar siempre húmedos y los tienen en una bañerita de bebé de plástico amarillo a la que hay que añadir agua helada de vez en cuando, esto también lo hago yo. La dueña me dijo que un día hasta va a enseñarme a hacer Ikebana y que uno puede ganarse la vida haciendo Ikebana, que ella conoce a una mujer que mantiene a sus cinco hijos haciendo Ikebana y yo me pregunto qué diablos significa eso. El hijo de la dueña anda en una vanette el día entero repartiendo flores y cuando se hace de noche y regresa cenamos juntos si Cilí no me llama antes y a veces ellos me invitan a ver películas de terror con ellos. El otro día dieron *El Santo vs Las Licántropas*, que en realidad son mujeres lobas. Las flores son para nacimientos, bodas, enamorados y muertos, pero aquí hacemos

muertos más que cualquier otra cosa.

La Feria es un barrio con varios nombres. Algunos dicen que el nombre real es Matahambre y otros dicen que Matahambre termina tres calles antes. Cuando llega correspondencia a casa de Cilí, que casi siempre son postales que mandé yo misma cuando estaba visitando a papi, chequeo la dirección que han puesto y casi siempre en vez de La Feria o Matahambre dice: Centro de los Héroes. Centro de los Héroes. Puchy me dice que le pusieron así porque allí murieron muchos héroes y Milly le tira una papa que está pelando y le dice: no le llenes la cabeza de disparates a la niña. Tía China que sabe más que los mellizos porque lleva diez años en la Universidad Autónoma me explica que el verdadero nombre del barrio es Feria de la Con fraternidad y el Mundo Unido, y que ese nombre se lo puso papi y que cuando papi le pone un nombre a una cosa nadie se lo puede quitar y que se lo puso porque allí, a unas dos cuadras de la casa de Cilí, hay una plaza con un monumento en forma de la bolita del mundo y este monumento es en realidad el centro del universo.

Yo he visto la bolita, que es un globo terráqueo de cemento. Después de las cuatro de la tarde, cuando baja el sol, comienzan a rondarla los cueros, que es como le dicen a las prostitutas. Y después de las siete cuando el sol ya se viene abajo completamente la rondan también travestis y palomitos huele- cemento y policías con macanas para macanear al que no le dé la vuelta completa a la bolita del mundo 650 veces. Hay también una fuente llena de gusarapos de la que sólo sale agua algún domingo, rodeada por palos muy altos en los que Puchy me dice que una vez había banderas de todos los países y que la gente venía en sus carros cuando casi nadie tenía uno y le daban la vuelta a la fuente con sus guayaberas de lino blanco y Milly ahora le tira un tubo de pasta dental a Puchy en la cabeza.

De la bolita del mundo a nuestro edificio hay unos cuantos pasos, la bolita está al lado de la Lotería, por eso los travestis, los palomitos con sus potecitos de cemento para oler y los cueros viven, como quien dice, en nuestro parqueo, que día y noche está lleno de sillas de plástico blanco entre cuyas patas van juntándose las botellas vacías de cerveza

Presidente y Bohemia. La gente juega dominó y hace chistes como si no estuvieran en fila, como si nada, a la sombra de las matas de javilla que son árboles frondosos como los almendros cuyo fruto de cáscara verde clara y de una vellosidad aterciopelada es sumamente venenoso.

En el primer piso un turco, que dice haber conocido a papi en la Marina, puso un colmado-pescadería del que la gente se quejaba porque iban a comprar una libra de arroz o un cuarto de aceite y salían con un bajo a pecao, así que el colmado- pescadería terminó

siendo colmado solamente, que a nadie le gusta tanto el pescado anyways. Y el turco del colmado aprovechando la gente en el parqueo puso dos torres de bocinas que día y noche, compitiendo con la premiadera de la Lotería, reproducen a todo volumen los merengazos del momento.

Las alcantarillas que rodean el edificio no funcionan y han acumulado agua de todas las lluvias, ciclones y el agua jabonosa de las mujeres que lavan bateas de ropa agachadas en la acera. El agua se abomba y se vuelve muy verde y jedionda, una salsa burbujeante para la que casi se necesita un puente levadizo. Un día se me ocurrió meter una rama y no saqué más que un humazo pues la rama se consumió en el caldo color cotorra como un jean en ácido de batería. De inmediato subí a la casa y rescaté una botella de Coca-Cola para llenarla con la vaina viscosa y la guardé debajo de mi colchón no sin antes enseñársela a Moise y a Zequi (que en realidad se llaman Moisés y Ezequiel), que son dos hermanitos que viven en el 1A y que son hijos de Pepe, la mejor amiga de mi tía Leysi. Ellos son evangélicos y no tienen sacerdotes ni monjas sino gente que viene y que tienen casi todos nombres de la Biblia. Yo quisiera tener un nombre de la Biblia. Poder señalar un pedazo de la Biblia en el que está mi nombre y que dice que yo hice esto, que yo hice lo otro. Zequi me enseñó su pedazo y yo me quedé muy impresionada, hasta que Moisés vino y me mostró el suyo.

Pepe (que en realidad se llama Esperanza) siempre le está untando mantequilla a un pan Pepín, casi siempre está sentada con una funda de pan Pepín en las rodillas y una barra de mantequilla en la mano, agarra una rodaja de pan y la unta y luego se la pasa a Zequi o a Moise o a su hermanito Dundo, el menor, que es mongo, pero se sabe el Eclesiastès de cabo a rabo y te lo recita mientras se saca mojoncitos del culo con la uña del dedo gordo del pie. A los cuatro los ilumina una lámpara de gas porque esta tarde explotó el transformador de energía de la esquina y la Corporación de electricidad no ha mandado todavía una patrulla. Y la luz de la lámpara le da a Pepe en la cara, que es muy oscura y con unos ojos muy negros, con canas sólo encima de las orejas, y la luz también rechina sobre los vasos de stainless Steel en los que Pepe le va sirviendo Tang a sus muchachos antes de que lleguen los hermanos de la iglesia a cantar y dar palmas y a panderetear ocupando las siete mecedoras que Pepe tiene en su sala y en las que más de una vez se ha mecido el espíritu santo.

Y casi siempre entre salmo y salmo, y entre canto y canto, el pastor habla en lenguas virando un pie como si su tobillo fuera el cocote de la carajita del *Exorcista* y algún otro hermano también y de la calle muy ligerito entra un vaporizo mezcla de meada y humo de

cigarrillos.

El tufo a orina es de Boque Sopa, un borracho que vive debajo de la escalera y que se mea por todas partes. Boque Sopa (que en realidad se llama Jesús) debe tener como treinta años, pero parece más viejo que Cilí. Es blanco, pero tiene un afro y lleva los ojos enrojecidos todo el tiempo. Cuando llegó todos se combinaron para conseguirle un trabajito, que limpiara las cunetas, le dijeron, que recogiera las botellas de cerveza para venderlas, que podara las javillas, que lavara los carros, que barriera y suapeara las escaleras. Hay tanto que hacer, le dijeron, y Boque Sopa recibió de los vecinos todo un equipo que incluía herramientas, una caja para las herramientas, un mono color naranja con una raya fosforescente como la de los bomberos, una gorra, unas botas de goma y un rastrillo y la misma noche Boque Sopa se lo bebió todo. Porque Boque Sopa puede beberse cualquier cosa. ¡Es un milagro!, grita Boque Sopa cuando se despierta encuero encima de la plancha de cartón en la que duerme y, otra vez, todo ha desaparecido. Y con los ojos más rojos que el diablo se levanta y con la tijera de jardinero que le quedó, porque durmió con ella en la mano, sube hasta la casa de Cilí para que le regale un jeans de los mellizos o un t-shirt mío y un platico de sopa, o de lo que sea. Y ya más nunca Boque Sopa suelta la tijera de jardinero, y aunque las javillas del parqueo necesitarían más bien de una sierra eléctrica, Boque Sopa hace el allante y se cuelga como un mono de las últimas ramas, balanceando la mano de la tijera y los niños le lanzan javillas podridas y piedras para tumbarlo. Cuando él sube a buscar agua en una lata vacía de leche Carnation que jalió en la basura, Cilí, que es la única que lo llama por su nombre, le corta un pedazo de un jaboncito Camay con un cuchillo y se lo regala, porque papi nos manda jabones por cajas, así como también desodorantes, detergentes y champús.

El humito de cigarrillo, sin embargo, no es de Boque Sopa sino de tía Leysi, que no entra a la casa de Pepe cuando están los hermanos de la iglesia batiendo palmas en el nombre de Jesús Cristo; tía Leysi se queda fuera junto al quicio de la puerta de Pepe adonde los aleluyas se confunden con la voz que dice otrá-otrá noche-otrá, en las bocinas del colmado.

En cuanto los hermanos de la iglesia se han ido tía Leysi entra en la casa y Pepe manda a buscar las primeras tres cervezas que ella y Leysi se bajan ahí mismo, cogiendo impulso, dándole a las mecedoras pa trá y pa lante, hasta que tía Leysi con el teléfono en las piernas empieza a marcar números muy rápido sin romperse las uñas larguísimas y pintadas de violeta nacarado, y luego, sosteniendo el auricular con el hombro y la barbilla, le informa a quien levante el teléfono del otro lado de la línea que sus hijas, sus hermanas, sus nietas o sus esposas son unos cueros, singa fiao, pájaras, avioncitos

malos, y mientras lo dice Leysi entra y saca el dedo índice muy duro por el centro del cerito que ha hecho con el índice y el pulgar de la otra mano. Luego Pepe y ella, más relajadas, sacan las mecedoras pa fuera, adonde de una vez alguien les brinda las próximas cervezas y Moise, Zequi y yo jugamos vitilla en el parqueo, que es casi lo mismo que jugar baseball, pero en vez de una pelota y un bate se usa un palo y la tapa plástica de un botellón de agua.

Y yo vi como tía Leysi, que acababa de decir que alguien era una hija de la crica, mamaguevo y tol- tillera, recostó la cabeza del espaldar de la mecedora y sintió el golpe. Yo vi el golpe. Yo también lo sentí. Yo vi como Boque Sopa que salió de entre las sombras se acercó con la gorra al revés como si fuera a pedir que le echaran unos deditos de cerveza en su latica de leche Carnation y levantó la tijera de jardinero abierta y con uno de los filos golpeó el borde del espaldar de la mecedora en la que descansaba la cabeza de Leysi.

Y Leysi, con sus pantalones chicles blancos con lentejuelas azules y amarillas, con su baja-y-mama de brillo rosado, con sus medias gordas con bolitas de lana en el tobillo, con sus taquitos de charol blanco, con sus anillitos de oro del que cagó el loro, con la boca más sucia de la Feria y su trenza de un pelo mil veces decolorado, planchado, teñido, secado, y vuelto a decolorar, que ahora era de un color que hubiera podido pasar por rubio en una película blanco y negro, sintió el golpe de la tijera de Boque Sopa que resplandeció a la luz de los palos de luz de la avenida Independencia antes de caer medio a medio entre la trenza de Leysi y su cabeza, despegando el rabo de cabello del cráneo al que había estado adherido

y la trenza mocha colea como rabo de lagarto en el parqueo

y tía Leysi en su mecedora se arruga rápidamente y la trenza se menea como un fuete de carnaval azotando a los bebedores que no se apartan a tiempo, hiriéndoles las mejillas, despegándoles orejas y dedos armando un reperpero de sillas, micas de carros y espuma derramada. Y tía Leysi se va derritiendo y sus pantalones chicles con ella, y su baja- y-mama (que en realidad significa strapless) con ella, hasta que de esa Leysi sobre la mecedora sólo queda un charquito que parece helado de pistacho vomitado y a la trenza le ha crecido una Leysi nueva, con su falda hasta los tobillos, con su blusa de mangas hasta las muñecas, su paquetito de folletitos sobre el fin del mundo, su Biblia y sus mocasines negros incluidos.

En la casa de Cilí hay tanta gente que el papel de inodoro se queda en el tubito de cartón cada quince minutos, y una mano sale por la puerta junto con un bajo a mierda para que le pasen otro rollo. La gente viene de todas partes, en guaguas y camiones a buscar una visa, un apartamento, una cita con papi, y se quedan adonde Cilí a veces definitivamente. Milly les fabrica almohadas y cojines con

retazos de colchoneta que le regalan y se la pasa en la azotea recortando los pedacitos de colchoneta en pedacitos más chiquitos y rellenando fundas de tela abajo del solazo, luego las prueba con su propia cabeza en el pavimento de la azotea de las doce del mediodía y se queda dormida. Yo tengo que ir y despertarla para que no se achicharre. Desde que a Puchy le dieron visa y a ella se la negaron, Milly lo único que hace es bajar al colmado, comprarse una cajetilla de Constanzas y fumárselos uno a uno mientras recorta pedacitos de colchoneta. Yo a veces la ayudo. También la ayudo a suapear la casa que también tiene que hacerlo ella, porque Leysi está en el templo orando por un hermano que padece de Alzheimer y China está en la frontera. Cilí se encarga de alimentarnos a todos que somos como diez mil y siempre llega gente nueva, que dizque que son familia de uno, y que vienen con cuentos dei Vale Juanchi o dei Vale Apolinai, pero la misma Cilí no sabe de quién coño es que le están hablando.

La cuchara de Cilí tiene un talento para sacar siempre la misma cantidad de la paila, no importa cómo caiga la cuchara saca la misma cantidad para todo el mundo, de arroz con guandule, de pollo al vino, de plátano verde y encima de lo plátano la sarsa der pollo. A la única que le sirve menos es a Leysi que tiene úlceras sangrantes y casi nunca puede meterse algo en la boca. Y Leysi se va poniendo cada vez más flaca en su faldota que es como una carpa y cuando abre los ojos en la mañana coge la Biblia sin cepillarse los dientes y con un Paper Mate anota en un papelito las revelaciones que tuvo durante la noche y yo puedo ver la forma de un esqueleto agarrando el bolígrafo y escribiendo.

Lo que Cilí le quita a Leysi se lo pone a China, o mejor dicho lo guarda en la nevera para cuando China quiera. Y tía Leysi cuando ve la comida tapada con un plato en la nevera dice Lucifer! que al parecer también vive con nosotros. Y es que somos tantos que uno ya ni sabe quién es quién. Eso sin contar que en China viven como veinte más, que comen como cosa loca, y que sacan la cabeza y hablan a través de China cuando uno está comiendo para pedirte el bistec de tu plato. A mí me da un pique. Cilí me explicó que hay que dárselo porque uno no puede tener mala fe con los misterios, que son los seres que tiene China aentro y que le caminan aentro como en una guagua o un ascensor. Yo por eso me como el bistec antes de que llegue a la mesa, porque montar skateboard con la barriga vacía es muy peligroso y yo lo primero que hago después de la comida es irme a la esquina y esperar a los muchachos, a Soti, a Danny-p y a Batichica, que aparecen remando con un pie y el otro en la tabla de su skateboard y se le enganchan a una guagua por detrás y yo con ellos para subir la Churchill, chupándonos todo el humazo negro que bota la guagua por el culo, hasta que el chófer se da cuenta y para la guagua, porque otro

chófer le ha hecho señas de que estamos pegados y se desmonta a despegarnos con un machete como a sanguijuelas, pero ya estamos enganchados de otra guagua, de un motor o de una camioneta que nos tira en Mundo Sobre Ruedas.

En Mundo Sobre Ruedas además de una pista para montar skateboard hay una de patinaje, adonde celebran cumpleaños y los tickets que le dan a cada invitado tienen tres cuadritos despegables que dicen refresco y dos que dicen pizza y que valen por tres refrescos y dos pizzas o dos helados si el paquete que compró la mamá del festejado lo incluye. A nosotros no nos toca nada, porque vamos a otra cosa, pero le tumbamos un ticket a un muchachito en el baño o le rogamos a la mamá del cum- pleañero que nos regale uno a cambio de que el cumpleañero se tire una foto con el primero que caiga herido en la pista de skateboard.

Soti, Batichica y los demás se ponen en fila en la pista de montar skateboard y van saliendo uno a uno directito hasta la rampa reflexionando en el aire acerca del uso de cascos protectores cuando van cayendo hacia el cemento de cabeza. Yo me coloco con mi patineta al final de la fila y voy cediéndole mi turno a todo el que llega extendiendo un brazo muy cortés diciendo pase usted, después de usted, y algunos me dicen: pelo lalgo, préstame tu ekeibol, y yo se los presto para que vayan a perder sus dientes y yo siempre quedo al final de la fila y algunos hasta van cinco o seis veces antes de que yo me salga de la fila definitivamente.

Soti y Batichica no son amigos míos ni nada, ni Oche, ni Danny-p tampoco, pero yo los espero detrás de una javilla en la Independencia con Churchill hasta que aparecen empujándose con una pierna y secándose el solazo con la camiseta de Minor Threat o Dead Kennedys, y se le enganchan a las guaguas y a los camiones y brincan muros, escaleras, resbalando con la nariz por barandillas de nueve metros, brincoteando en el edificio abandonado de Dominicana de Aviación hasta que un guachi les soba una escopeta.

A mí no me salía. Por más que trataba no me salía, hasta que un día Soti me dijo: suelta jevita suelta, y yo no entendí, pero después un día me le fui encima a un murito en el parqueo de un malí y empujé la cola del skateboard con el pie y me agaché en el aire y por fin abrí los puños y los dedos se me volvieron espaguetti, fideos, un tenedor con espaguetti, sasasasa. Lo que más me gusta es el sonido a huesos rotos cuando la tabla aterriza y caen las ruedas y los trucks y luego el sonidito de todas las ruedas dando vueltas a millón cuando vamos enganchados de una guagua rumbo a la Plaza de la Bandera. A veces vamos cinco atrás y seis o siete a cada lado enganchados como rémoras de la guagua, conversando a millón con un arroz en la cabeza y el molote dentro ‘e la guagua saca piedras y martillos para

machacarnos los deditos para que nos soltemos del borde de las ventanas o nos alimentan con fnqui- taquis y quipes como a animales africanos que se acercan a tu jeep en un safari. Y esto para que vean cuánta gente cabe en una guagua, por dentro y por fuera y hasta por debajo como en las películas, aferrados al eje con los dientes.

A la vuelta, casi llegando a casa de Cilí ya está oscuro y unas muchachitas sentadas en la entrada de un edificio me vocean: pelo lalgo, pelo lalgo, tú ere hembra o qué?, y yo me devuelvo con el skateboard levantado para tumbarles la cabeza, pero las muchachitas se pierden sacudiendo sus chancleticas escaleras arriba y en la oscuridad grito todos los trucos de skateboard que todavía no sé hacer (noseslide, 360 kickflip…) y con cada truco me voy poniendo más grande, y más grande y más grande, hasta que puedo asomarme por la ventana del cuarto piso adonde viven las desgraciaitas que se han escondido abajo de la cama y meto una mano por la ventana y de un roquitoqui descabezo a la mamá de las desgraciaitas y luego las saco de su escondite y me como la cama y me las ceno a ellas, rápido, antes de que llegue China.

Cilí me dijo que a lo mejor yo también tenía los misterios y yo me concentraba muy duro a ver si los tenía hasta que me dolía la cabeza. A China los misterios se le montan a cada rato y a veces de madrugada y hay que levantarse de la cama a reírsele los chistes y a veces tiene adentro más de uno.

Si uno está afuera de China, uno puede verla haciendo muecas, sacudiendo la cabeza, babeando por la boca, comiéndose su mierda, reguindándose hacia fuera de la barandilla del balcón en mediofondo. Los vecinos en el parqueo miran hacia arriba voceando no te tire, no te tire, con una sábana abierta a modo de red, hacia la izquierda y hacia la derecha siguiendo los amagues de China. Cuando Boque Sopa suspira: diablo, eso miterio sí son abusadore, los misterios salen del cuerpo de China y corren a metérsele al transformador de la esquina que explota partiendo el palo de luz en dos.

Si una está adentro de China puede ver a los misterios conversando y tomando café en vasitos de cartón, esperando que el ascensor se detenga en el piso correcto. Un día yo hasta me encontré a Val Kilmer y a Barry White ahí adentro y ellos creían que iban a una cita con el dentista, que parece que está en el mismo edificio. Cuando la puerta del ascensor se abre, una sale y puede hablar por la boca de China, mirar, oler, agarrar, pero a veces salen cinco o seis misterios a la vez y entonces se reparten a China como pueden; Changó habla por su boca, Ogún por las manos, Caonabo por sus ojos y así. Cuando a mí me toca salir yo me hago el misterio, a San Santiago, el Toro y Metresilí me los sé de memoria, pero al que más me gusta imitar es a San Santiago, porque cuando hago de Caonabo tengo que beberme dos

litros de Ponche Crema de Oro que Cilí me ofrenda y que a Caonabo y a China le encantan.

Yo a China me le meto todo el tiempo, sobre todo cuando los dedos se me vuelven espaguetti haciendo un truco con la patineta. Desde que golpeo la cola del skateboard y me agacho en el aire y los dedos se me vuelven sasasasa, borro, me nublo, me voy saliendo, y cuando aterrizo los muchachos me felicitan porque acabo de deslizarme por una barandilla de cinco metros y brincado doce escalones y yo de lo único que me acuerdo es de que abrí los ojos en la casa de Cilí y Cilí me sobaba los pies (los pies de mi tia China) y decía: quién vive?, y cuando hablé me salió la voz de Caonabo, que es la voz mía mezclada con la de China, y Cilí me pregunta cosas sobre la familia y yo le respondo y luego como no hay ponche me trae un fondito de ron que me bajo como puedo. Yo aprovecho la situación y le digo que tiene que darle mas dinero a la niña, que la niña se lo merecía.

Cuando vuelvo a la casa sin un rasguño Cilí me llama aparte y abre su closet que en la puerta tiene una postalita de Juan Marichal y una foto de papi. Mete la mano, me dice, y yo meto el brazo por un hueco en el techo y saco una funda y se la paso a Cilí y Cilí saca un fajo de billetes y me pasa uno, dos, trescientos pesos. Y al otro día como a las siete de la mañana toy esperando que abran el skate-board-shop para comprarme un t-shirt de Slayer con la calavera de una vampiro con casco nazi sobre un pentagrama invertido y en sangre las fechas de los conciertos del tour sobre el fondo negro porque a mí lo que más me gusta de andar con Soti y con los muchachos, no es montar skateboard, ni nada de eso, lo que más me gusta es que andamos con t-shirts negros de Metallica, Iron Maiden, Sepultura con el sudor endurecido en forma de manchas blancuzcas en la espalda y los sobacos y yo con mi melena larga que me tapa los ojos y nada más se me ve la boca que la tengo torcía y la gente cuando nos ve nos vocea: los satánicos, los bajo a mierda, y nos tiran limones y cartones de leche cortá y a veces hasta piedras y nosotros no decimos nada con nuestros t-shirts y con nuestras bocas torcías, caminando muy juntos con el skateboard en la mano o les devolvemos las piedras y los limones que nunca los alcanzan porque ya se han metido en sus casas juyendo.

Un día Cilí me levanta y me dice: tu papá, tu papá y corro hacia el teléfono de casa de Cilí, que es uno de esos aparatos pesados de antes color negro, pero Cilí me hala por la muñeca y me señala a China, sentada en el comedor con una mano entre las piernas como papi. Y yo me pregunto adonde va a parar esto. Y allí está papi con su pelo largo y negro, con sus tetas como melones, con sus chancletas de cuero de vaca, con su anillo de plata en el dedo meñique, y yo enredo

un dedo en uno de sus rizos y le digo papi, cómo has cambiado, y papi, con una voz que podría ser la de Caonabo mezclada con la China, la de San Miguel mezclada con la de Val Kilmer, la voz de Ozzy Osborne en español, me ordena: péinate. Y esa misma noche en la tele salió Huchi Lora, el decimero más famoso del país, diciendo que tenía pruebas de que en la República Dominicana había un culto narco-satánico operando, traficando con sangre de vírgenes, comiendo fetos, practicando fist-fucking, bebiendo droga, sacrificando gente, y que para identificar a los involucrados sólo había que mirarle los t-shirts. Y la cámara 2 del estudio B de Color Visión le hacía un cióse up a la carátula de un disco de Ozzy y Ozzy como siempre tenía la boca llena de sangre.

Huchi tenía otras pruebas, carátulas de discos de Judas Priest, Megadeth y un t-shirt de Bob Marley con una hoja de marihuana. De inmediato la cámara recorría el cuerpo del delito y Freddy Beras Goi-co, el host, recibía llamadas en vivo de especialistas (el jefe de la Defensa Civil, Doña Chucha, el payaso Araña) que recomendaban mucha oración y la intervención inmediata de las autoridades. Yo me arropé de pie a cabeza pensando en grupos de encapuchados robándose bebés de los hospitales para hacer pastelón de plátano maduro y carne, pensando en Ozzy y en el sabor de la sangre artificial que se usa para las fotos, pensando en la sangre de cerdo y en la sangre en general. No pegué ni un ojo. Antes de que saliera el sol los oí subiendo la escalera, el reperpero de puertas rotas, el juidero pendejo entre las rayas de luz de sus espadas láser cortando la negrura hasta mi cuarto, luego, yo no entendía nada, me sacaron de la cama y en lo oscuro me aluzaron la cara con todas sus espadas láser y después me aluzaron el t-shirt, riéndose y dándome cocotazos mientras ponían la casa patas arriba y sólo se oían la madera y el vidrio de la vajilla de Cilí quebrándose y yo le voceaba a Leysi: vende patio, calié, hija e tu maldita madre y ella reprendía al demonio en mí dándose en la cabeza con la Biblia y vibraba de gozo y Milly me defendía de los cascos negros como podía, pero podía muy poco porque ellos la golpeaban con linternas o macanas o espadas láser.

Me salsearon, me esposaron, me cortaron la melena ahí mismo y me pusieron una falda plisada de lino amarillo y unos zapaticos de tacón de charol azul. Y siguieron su redada, que duró cuarenta días y cuarenta noches de volteadera de colchones, vaciadera de closets, rompedera de nucas y clavículas detrás de un t-shirt, un póster, un llavero de Alpha Blondie. Si te agarran en la calle con un t- shirt negro ya diga Motley Crue, The Misfits o Sher- win Williams te lo incautan y después te trancan por andar sin camisa en la calle y te dan una pela o te dan un t-shirt blanco y te recortan ahí mismo con una navaja eléctrica, y en todas las esquinas y paradas de guaguas carajitos

petrificados con t-shirts blancos y un reguero de pelos que les han tumbado de la cabeza sepultándoles los pies. Y por todas partes montañitas de t-shirts, discos, cassettes destripados y afiches cogiendo fuego.

# 10

El jevo de Poison se come una caja de Froot Loops antes de salir al escenario para que se le pare el güevo, para que el güevo se le vea más grande debajo de la licra fucsia cuando él cante con sus ojos pintados y su boca pintada y agarre el micrófono. Las chamaquitas en el público se suben en los hombros de las otras para levantarse los t-shirts y enseñar las teticas y salir en el video y estiran los brazos como el hombre elástico para agarrarle su micrófono a él. Y todo el tiempo mientras él canta y el maquillaje se le corre y le llega al güevo mezclado con sudor y saliva de las chamaquitas él piensa en el pico del tucán de Froot Loops y golpea el aire con la cabeza para echarse la melena de cabuya para atrás.

Este video me lo contó Juliana cuando todavía no nos habíamos salido de la piscina, antes de que a Rebeca le hubiera dado el ataque de epilepsia y todos le hubiéramos visto el pelerío que se le salió por el borde del traje de baño cuando comenzó a botar espuma por la boca. Yo me asusté. Nadie sabía que Rebeca era epiléptica. Alguien dijo que los epilépticos se tragan la lengua y *yo* me asusté más.

Juliana me contaba lo del video de Poison, pero nosotras no estábamos hablando de música, ni de Poison, sino de güevos, porque la profe de natación había puesto a todos los varones a practicar las piernas del estilo pecho *y* la profe se había sentado en una silla apoyando sólo el borde de las nalgas y había abierto las patas y las movía diciendo: así, así, como las ranas, y los carajitos se sentaban uno a uno con su tanguita de natación a imitar a la profe y ella les colocaba las piernas como ella quería, y volvía y se sentaba y demostraba: así, así, como las ranas. Y los carajitos lo hacían y a algunos se les veían las bolsitas por un lado del traje de baño, a la profe no se le veía nada porque mientras la profe nos mandaba a patalear fuera o dentro del agua junto a todos los otros niños de la sección 12 del campamento de verano del Country Club Valenciano ella casi siempre estaba sequecita con su mono y su reloj y su pito mordido entre los dientes.

Juliana no nada muy bien y es una muchacha que está también en la sección 12 y Rebeca no importa, aunque también estaba en la 12 y tiene como todos teníamos, una camisetica con el logo del Country Club Valenciano, que es en realidad el escudo de España, y unos shorcitos azules con una rayita blanca a los lados como los pantaloncitos de deporte del colegio.

El campamento no es un campamento nada. No hay cabañas ni fogatas ni pinos ni montaña. Es un club adonde nos mandan nuestros padres a jugar basketball para que no estemos jodiendo en la casa. Y

jugamos basketball, volleybol, tennis, ping pong, karate, fútbol y freesbee. La última clase es la de natación y a veces cuando está nublado, el agua está muy fría.

Primero con la cabeza afuera, un dos un dos, con las piernas, luego con la cabeza abajo del agua, un dos un dos, con la piernas. Sacando agua, chapaleando como si una nadara, pero en realidad una está agarrado con ambas manos al borde de la piscina. Allá abajo con la cabeza en el agua, aguantando el aire en los buches y no en los pulmones, yo pensaba que nunca iba a aprender a nadar mariposa. Y hasta aquí abajo se oía la voz de la profe, sequecita con el silbato mordido y el dedito en el reloj para contar el tiempo que me está tomando volverme una pasa.

Cuando la profe decide meterse en el agua se quita los pantalones de su mono deportivo, los dobla y los coloca sobre una silla, se quita el jacket de su mono y lo coloca en el espaldar de la silla, se quita las medias y luego lo último que se quita es el reloj que le cuelga como un collar y lo pone sobre el pantalón, camina hasta el borde de la piscina dando saltitos y sacudiendo los brazos, mientras se cubre su pelo negro, que lo tiene muy corto, con un gorro y se pone los goggles y luego muy rápido se pone en posición, se lanza y dura como tres horas en el aire hasta que al final se clava en el cloro de la piscina sin levantar ni una burbujita.

A mí me encanta.

Cuando saca la cabeza ya está a la mitad de la piscina y en estilo mariposa llega hasta el otro lado, con esa espaldota que a mí me dan ganas de hacerme pipí aquí dentro del agua o de caerle a trompones a los demás para que se callen y observen cómo entra y sale del agua la etiquetita que dice Speedo en su traje baño.

A mí sinceramente ésta es la clase que más me gusta.

Después que se acaba ya es la hora de salida y si no nos vienen a buscar nos quedamos en la piscina retozando. El club tiene tres piscinas; la olímpica, la de los niños y la de los trampolines. La de los trampolines es la más chiquita y cuadrada, pero es la más profunda. Yo una vez intenté llegar al fondo, pero casi se me explotan los oídos.

Frente a la piscina de los trampolines hay un gazebo adonde los jevitos se sientan con sus audífonos puestos a ver a los otros tirarse, algunos no se quitan la ropa y otros se quitan sólo la camisa para que las chamaquitas les vean los cuadritos en la barriga. Y algunos se quitan todo y se quedan con sus trajes de baño caminando alrededor de la piscina pidiéndole el Hawaian Tropic a las chamaquitas que cogen sol y a veces también se tiran y hacen trucos, saltan sobre el trampolín tres o cuatro veces antes de lanzarse hacia el agua. Algunos se tiran muy duro recogidos como fetos para mojar a los jevitos con audífonos que los están viendo tirarse. A veces viene uno de los más

grandes con su reloj calculadora a prueba de agua y se tira del trampolín más alto y da cincuenta y siete vueltas antes de caer en el pavimento afuera de la piscina y vienen los salvavidas a buscarle una boca para darle respiración, pero no se la encuentran, y viene un niño y saca el calimete de su botella de Coca-Cola y los salvavidas se lo incrustan al puré de huesos y sangre que quedó del clavadista y soplan y el puré burbujea y así hasta que llegan las doñas de la enfermería con metiolé y una curita.

Los sábados no hay campamento, pero hay una discoteca. A mí me dejan entrar porque soy muy alta y por eso estoy en la sección 12 del campamento con las muchachas que ya usan tampones, aunque la sección que me toca de verdad es la 10. Las muchachas de la sección 12 preparan una coreografía para el día final del campamento, con falditas lambada, con *Rhythm Is Gonna Get You* de Miami Sound Machine. A mí no me dejan estar en la coreografía porque todavía no tengo tetas. Eso me dijo Juliana, que es la coreògrafa y tiene dos toronjas. También me dijo que iban a ponerse tangas de colores debajo para que se les vieran cuando den las vueltas con las falditas lambada.

Juliana se tiñe el pelo, se pinta las uñas y se da lengua en los columpios con sus novios, que son casi todos los varones de la sección 14 y de la 15 para arriba. También le agarran las tetas y yo creo que hasta se las chupan. Pero nadie lo sabe. Sólo ella y sus novios, porque Juliana no le cuenta esto a ninguna de las otras hembras, sólo a mí, que no cuento, porque no tengo tetas. Juliana también sabe mucho de la Biblia y me dice que el mundo se está acabando y que hay que gozar y que eso se lo dijo su mamá. Por eso cuando vamos a la discoteca un sábado, ella se va a bailar con el primero que la saque, que casi siempre es un rubito gordito con pantalones Z-cavarichi y camisa Gap que de una vez se le pega y le empieza a lamber la oreja y la arrincona y ya lo único que se ve de Juliana allá al fondo son los tacones blancos levantados en el aire y la nalga del rubio pa dentro y pa fuera.

Juliana no es amiga mía ni nada, ella sólo me habla cuando no hay ninguna otra muchacha ahí o cuando quiere contarle a alguien lo que le hicieron anoche debajo del tobogán caracol. Como a mí me van a recoger tarde al campamento y a ella también, nos sentamos en los columpios a comernos una pizza o a perforarme las orejas y mientras me pone hielo en el lóbulo para que se me duerma, ella me explica cómo los monstruos del apocalipsis son gente y que una tiene que estar atenta porque se te pueden convertir en gárgolas ahí mismito.

Y mientras me pasa la aguja con un hilito verde por la oreja ella me dice que una lo tiene en la sangre y que una trae los pecados de sus abuelos y tatarabuelos en la sangre y así hasta los tainos que eran

gente buena, pero sin dios. Y también que en la fábrica de Coca-Cola había un trabajador con Sida y para vengarse del mundo se cortó un dedo y lo echó adentro de uno de los contenedores gigantes y ya me ata el hilito verde para que el hueco no se me cierre. Juliana también me dice que cuando le llega la menstruación ella mide la cantidad de sangre que le va saliendo en mililitros. Maldita mentirosa.

Como a mí a veces ni me vienen a recoger y a Juliana tampoco, nos quedamos escondidas entre los arbustos de los columpios viendo cómo llega la gente grande a cenar y al piano-bar del club y algunos, casi siempre jóvenes, se van a los columpios y empiezan a meterse mano en los pantaloncillos y panties diciendo ay sí, ay sí. A Juliana le encanta y abre su cartera de Jem y saca un bolígrafo y se anota en la mano lo que la gente va haciendo.

Un sábado mami me llevó al club, pero no entré en la discoteca, me quedé dando vueltas por el parqueo, viendo lo lindas que se ven las canchas vacías de noche bien iluminadas, dejándome caer en la malla ciclónica de la cancha de tennis rebotando. Todo estaba muy silencioso, los arbustos con sus flore- citas de gallitos eran grumos negros, era imposible imaginarse que con una linterna uno pudiera ver flores.

Yo reflexionaba sobre el fin del mundo y Juliana y mis tetas cuando oí unas cuerdas, unas guitarras, unas liras en stereo que llenaban las canchas y la oscuridad, un dolby que venía directo y en vivo desde la Biblia hasta el parqueo y hasta mí, una vaina del cielo que anunciaba algo, que se acababa algo, que algo estaba sucediendo. Yo pensé en Juliana y dije en voz alta: jericó, aunque nadie me estaba escuchando y hasta me arrodillé. Y entonces me di cuenta de que en realidad era el comienzo de la versión unplugged de *Hotel California* que salía de un carro que estaba a unos metros de mí. Me levanté limpiándome las piedrecitas y la arenilla que tenía pegadas a las rodillas y me acerqué al carro y allí dentro estaba la profe de natación, con una amiga, con el radio a to lo que da, exprimiéndose espinillas en la cara mutuamente.

La amiga de la profe de natación también era profe, pero de danzas españolas, se llamaba Carmela y yo la conocía muy bien porque ella estaba encargada del grupo que repartía los almuerzos. A mí me tocaba los martes. A todos nos tocaba un día. Una se ponía detrás de la mesa de la comida y te otorgaban un cucharón de servir. Cuando no te tocaba servir arroz eran hamburguers y hot dogs, a mí casi siempre me tocaban las salchichas que pinchaba con un tenedor y las colocaba en cada plato y así por una hora hasta que todos estaban servidos. Lo mejor es servir refrescos, porque mientras una llena los vasos con hielo o pasa las botellas de Coca- Cola o Red Rock puede bajarse uno o dos refrescos allí, de pie. Lo peor es cuando sirven

picapollo, porque parece que lo ordenan el día antes y el pollo está frío como un muerto y los tostones son peñones grasientos. Y un bajo.

A veces hasta nos dan postre, flan o majarete que parece mierda. A veces hasta dulce tres leches, que parece vómito.

Un día que me tocaba servir los refrescos yo abrí una botella de Mirinda para bebérmela y cuando la vacié en el vaso salió un lagarto muerto color violeta. Me quedé mirándolo tan triste como una mala palabra, doblado sobre el hielo. Fui a enseñárselo a la profe, la amiga de la profe de natación y ella hizo que inspeccionáramos todos los huacales. Hallamos cinco botellas más con animales. Casi siempre en las botellas de Mirinda. Cucarachas, lagartos, lombrices de tierra; una colección para el laboratorio de biología. Por lo menos no eran dedos de gente con Sida.

Al otro día sirvieron picapollo y un bajo recorría todo el comedor del campamento, que era en realidad la sala de fiestas del club en la que habían organizado 17 mesas, una para cada sección, con sus sillitas y sus manteles. Yo me atragantaba un tostón mojándolo con Coca-Cola para ablandarlo cuando a Rebeca le dio otro ataque y sin querer antes de caer al piso voltio el frasco de sal sobre la mesa. Juliana que estaba a su lado se llevó las manos a la cabeza y dijo: eso es malo, eso es mala suerte, tirándose sal por encima del hombro izquierdo mientras Rebeca se tragaba la lengua.

Y vinieron las otras profes de las otras secciones a recoger la sal, a tirarse sal por encima del hombro, pero era tanta que llamaron con altoparlantes a todos los campamentistas para que colaboraran, pero mientras más sal por encima del hombro se echaban, más se hacía, tapándonos los zapatos, las rodillas, los hombros. Por suerte, yo había mejorado mucho mi estilo libre y nadé hasta el techo de cana de un gazebo y allí me encaramé a esperar que alguien hiciera algo.

Y un bajo a picapollo.

Por todas partes el mar blanco. Y una sed del diablo y ni un chin de Mirinda, a quién le importa un lagartico. A lo lejos se veían los techitos de cana de otros gazebos, unos niños que habían logrado nadar hasta un techo preparaban una fogata para cocinar a Rebeca. Cuando empezó a atardecer, la sal se puso más blanca que nunca y el cielo estaba tan naranja que parecía que iban a llover mandarinas.

Y como cada tarde, mami viene con sus gafas oscuras, con su uniforme de lino gris del Banco Hipotecario, manejando su Nissan Sunny (que todavía lo está pagando) por encima de la sal, como si hubiera calle, y se desmonta, la silueta gris avanzando sobre el naranja cítrico, como si hubiera piscina o campamento o algo, y sin quitarse las gafas de sol me informa que a papi acaban de matarlo.

Y yo veo que un carro, que un carro carro, el carro, con su bomper y su chófer. Le da, le dio, todavía no le da. Como una china,

como jugo de china. Que un carro lo exprimió como una china. Las chinas se usan para practicar. Malabarismo, enfermena. En realidad son naranjas, pero les dicen chinas porque tienen más jugo o porque son amarillas. Te sacaron la semilla. El carro viene y lo parte en dos. El es, son, dos medias naranjas. Carro uno, loco. Te chocó, te chocó. Un carro sin chófer, un chófer sin cabeza. Por ahí viene. De lado, por detrás, por alante, por abajo como si la calle fuera de vidrio. El carro, un carro carro. Un carro carro carro, el carro más carro, car, ataca, atácalo, cógelo, chúbalo, chúbalo, chúbalo. Car, car. Por un carro fue que lo mataron, por un car, un carro carro caro, bien caro. Los carros caros más baratos, los carros caros son raros, uno dos, tres carros pasan sin darle, pero el cuarto de lao, le da de lao, lo está majando y es otro carro, otro carro, otro carro pasándole por arriba, pero es un carro grabado, es el mismo carro siempre, se ve igual. Un carro es un carro. Un carro es un carro es un carro es un carro, pasándote por encima, guayándote la cara, pisándote, imagínate como se te brotan los ojos. Las marcas de grasa en forma de. Pasándote por arriba. Guayándote. Rompiéndote los huesos. Se le rompen los huesos. Te choca, te choca. Tú como cáscara, como un diente de ajo, car, car, hay carros cerebros, carros musarañas, carros casas adonde vive gente. Caravanas. La marcas en forma de. Por la derecha, por la izquierda, por la cadera. Lo tumba. No lo revienta. Se le revientan las entrañas. Un carro te puede matar. Un carro se dispara. Un carro carro. Ese mismo, el de ahorita. El mismo de ahora. El mismo carro. Por ahí viene. Acelarando. Acelerando. Acelerando. Es un carro, no es otra cosa. No es un carro. Le dio de nuevo, ahora vemos el mufler gigante botando humo prieto encima del cuerpo muerto. Car, Car, el carro vomitando muerto. El carro muerto. El carro fantasma. El buque fantasma. Algunos carros son barcos. Los Chevrolets de los 70, los Impalas. Un carro titanic se te hunde en la panza, un carro se te hunde en la barriga, te lo meten por el culo. Engrasaíto. Por detrás y por delante, por toda parte. El carro sin marca, el carro más caro. Qué carro tan caro. Ese carro es muy caro. Yo quiero mi carro. Mi carro. Mi carro. Por ahí viene doblando. Aguántate que viene por ahí. Ahí viene el carro. Te da, te da, te parte el tabique, te hacen cirugía, te sustituyen la nariz por un cajuil. Te cosen un carro, te mecaniquean el hígado con llaves tilson. Un carro cortante y sonante, por toda paite, con gomas de acero como el enemigo de Ben Hur. Tú no tenía licencia. Tú tenía cincuenta peso pal policía. Pal tráfico. Un muerto, un policía acotao. Te lo pegan a ti. El muerto su carro, el preso su carro. Te regalo mi car wash, te lo regalo. Ahí viene, ahí viene otra vez, ahora, ahora sí, mira cómo salta, mira cómo el carro, mira cómo, mira cómo cae. No se ve cómo cae. Sigue ahí. Lo detienen en un camino vecinal, le limpian la sangre con una esponja, con un trapo,

con una toalla. Con un algodoncito y acetona. Le limpian su bomper con alcohol etílico. Con bencina. Tu carro color champagne no es tuyo. Es del muerto, es del preso, tu carro no es tuyo, ninguno era del. Los carros son de los muertos, los carros se van al cielo, lo caros nunca suben al cielo. Pesan mucho, se quedan aquí. Se jodieron. Quién quiere uno, quién quiere un car, car. A la una. Erre con erre. A las tres. Erre con erre. Rápido rápido. Por encima, por encima, por donde te dije ahorita, qué bulla meten los huesos rotos, qué bulla, qué bullicio. Cóbrese, chófer, cóbrese que me tengo que demontal que me van a pasal, que me tan pasando por encima, que me tan diciendo que me demonte que me toca que me choquen, las gomas de lao, por adelante, a millón, el mufler, pa dentro, como un túnel. Ahora vemos el carro por debajo como si la calle fuera de vidrio. Claro. Ahí viene dominando, sacando chispa con el mufler en to lo policía acotao porque tiene un muerto en el baúl y el baúl pesa mucho, el carro e bajito eh? Eh carro? Tú era bajititico? Eh carro, carro carro, carrito, carrie. El carro sangriento, el carro profeta, el chófer sonámbulo guayando goma, botando humo. El chófer no se ve. El chófer no tiene cabeza. El carro se aproxima. Y ahora y ahora, y ahora el carro, el carro, el carro, vuelve, por la esquina, por la misma esquina, con las luces apagadas, es de día, claro, le da, le da. Lo revienta. Le saca las tripas. Vemos al muñeco volando por el aire. Es un crash test dummy. Es papi, es un crash test dummy. Es papi. Es un crash test dummy, le da, le da y lo levanta en el aire, es un crash test dummy, viene por ahí, doblando la esquina y se le mete adentro, no lo levanta, se le mete adentro desaparece, es un túnel, es papi, es un crash test dummy, claro. Con las luces prendidas, está oscuro, claro, por detrás, es un culo, es un túnel, es el mufler del car, car. Un raro viene al revés. Si caminas patrás oyes al Diablo. Si manejas patrás me ves a mí. Carro, carro, y el carro vuelve por la misma esquina, doblándola, la esquina, el palo e luz, el carro pasa, la esquina, el carro vuelve a doblar, el timón da la vuelta, el chófer no se ve. Es un crash test dummy, es papi, el chófer sin cabeza. El bomper, el bonete, el bomper, el bonete. El cuerpo sale volando hacia encima del carro cae sobre la antena. La antena se le entierra en un ojo. El ojo explota. El cuerpo no cae. El cuerpo sale volando. El carro vuela, es un crash test dummy. Ese carro pasa por encima de lo cementerio y despierta a to lo crash test dummies y a papi, y a los crash test dummies.

# 11

Me están metiendo una pastilla en la boca. Es mami. Tiene un potecito color ámbar en la mano y está arrodillada junto a mi cama sacando pastillitas azules del pote y metiéndomelas en la boca. Cuando abro los ojos me dice traga pasándome un vaso de leche con cocoa. Yo trago y me levanto porque el sabor a metal en la lengua no me deja volver a dormir. Voy al baño y me cepillo los dientes, voy a la cocina disfrutando el solecito que entra por el balcón de la casa de mami y volteo la caja de Count Chocula en un plato. El Count Chocula me encanta. Los murciélagos de marshmallow me encantan. Lo que más me gusta es cómo el cereal pierde color y tiñe la leche de marrón. Si es Frankenberry la leche se pone rosada. También me gusta.

Cuando vuelvo a abrir los ojos tengo la boca llena de Count Chocula y leche y babeo, estoy desnuda sentada en una silla del comedor y por el balcón sigue entrando un solecito, mami me estriega un brazo con una esponja y me avisa: llamaron esta mañana, mataron a tu papá.

Yo no puedo ver la cara de mi mamá, un borrón rosado, marrón con azul, como de leche manchada por los fantasmitas de marshmallow del Count Chocula, Frankenberry y Boo Berry. Yo lloro y ni sé por qué. Porque tu papá se murió, ah sí verdad. La mancha me lo recordaba cada vez que yo abría los ojos. Una mancha de marshmallow diciéndome: es que le dispararon en la cabeza. Y el marshmallow también lloraba.

Los marshmallows me llevaron a la cama de mi mamá porque yo no podía ni caminar, y me decían: hay que comprarte ropa de luto, y traían un t-shirt op negro, pero que por detrás tenía un paisaje en naranja y rojo de una playa hawaina. Y trataban de ponérmelo y yo veía cómo mis brazos se le escapaban como agua, como brazos de muppet y yo me preocupaba porque pensaba que el t-shirt se iba a ensuciar de marshmallow. Otro por allá abajo me ponía el pantalón y unas medias y más luego los zapatos. Y luego yo oía mi voz que empezaba a llorar y yo me preguntaba por qué y mami, que estaba sentada en la banqueta de su tocador poniéndose sus pantihoses, corría con el pantihose a medio camino con el potecito color ámbar y me tiraba dos, tres pastillitas azules más en la boca.

Sabían a diablo.

Cuando me sobrepuse y pude levantarme fuimos al salón de belleza. A tu papá no le gustaban los espantapájaros, me dice mami, a quien ya se le estaba saliendo una lagrimita por un ojo y cucuteaba en su cartera tras el potecito y se daba un trago de pastillas a pico e botella. Antes de entrar en el salón de belleza mami me dijo: sin hacer

show, y yo me tragué unos pedacitos de pastilla que me quedaban en una muela y entré y el aire que olía a spray de pelo y a shampoo y a pelo quemado me dio fuerzas. Dominga la salonera, una gorda con dientes de oro y manos de camionero, con su culo enorme debajo de su uniforme azul que parecía marsh mallow me atendió primero, y anunció que ese día a todas las hijas de papi las iba a atender gratis y sin hacer fila. Un par de carajitas con su ablandador de onda en la mano se levantaron y se fueron. A derecha e izquierda mujeres venían con poncheras humeantes con tintes, ceras ardientes, ceniza. El blower hacía fuuuuu sobre mi cabeza y cuando volví a abrir los ojos mami hablaba con otra salonera, de seguros de vida y narcotraficantes, mientras le cortaban la cutícula de las uñas de los pies y ella elegía un color de pintauñas de una mesita levantando cada frasquito, poniéndolo junto a su mano, para comparar la piel y el color del esmalte.

Cuando volví a abrir los ojos estábamos en la carretera y mami manejaba muy despacito detrás de un camión gigante, la placa decía 1952-789 y era roja. El camión llevaba yuca, y en la parte de atrás, en el bordecito, iban sentados dos haitianos, uno con una gorra roja y el otro sin camisa agarrado al camión con una mano y con la otra cubriéndose del frío, aunque no podía.

Mami abrió la guantera y cayeron dos o tres objetos al suelo, entre mis pies, los fui recogiendo uno a uno. El primero era una aspiradora en miniatura que mami nunca usa para limpiar los asientos del carro. Las otras dos cosas eran un guineo podrío y el boletín número 25 de la colección de cuadernos esotéricos de Carola de Goya, en esta edición Carola traducía directamente al Maestro Damlo Vetranbashe Praputi en persona, que desde la decimocuarta dimensión aconsejaba como debían ser utilizados los ejércitos celestiales a la hora de despedir a un desencarnado hacia el séptimo cielo, sino más allá.

Mami había subrayado con un marcador amarillo fosforescente las líneas que yo debía leer y me pedía: en voz alta. Y yo leía las instrucciones de Carola inspirada por el mísmisimo Vetranbashe, que sugería lo siguiente:

Cuando el ataúd penetre el recinto, el iniciado ha de colocarse cerca del mismo, pero no demasiado, mirando hacia el este, repitiendo:

Corto y desato, corto y desato, corto y desato, corto y desato, corto y desato.

Repita visualizando una luz azul, visualizando una corte de ángeles azules que descienden y se colocan alrededor del ataúd empuñando espadas azules que cortan los lazos (también azules) que unen el ataúd de los cuerpos de los presentes. Para esto han de

visualizarse primero los presentes, y las cintas azules como cordones umbilicales que unen al ataúd de los presentes. Los presentes son las personas reunidas allí en ese momento, no todas de este mundo, muchas invisibles y de constitución etérea, que el iniciado, de no ser vidente, habrá de visualizar.

Cuando volví a abrir los ojos ya estábamos en la ciudad natal de papi, yo la reconocí porque en la entrada hay un avión de la segunda guerra mundial al que le pintaron una boca en forma de tiburón. Nos detuvimos en un colmado a comprar una galleticas, mami se desmontó y cuando volvió se quitó las gafas de sol por primera vez. ¿Cómo se llama esa enfermedad que hace que la gente tenga unos círculos negros alrededor de los ojos como si fueran de carbón? Bueno, mami tenía eso.

Prendo la radio y sale la voz de tía Leysi con unos congos en el fondo gritando:

> Ay me lo mataron, ay me lo mataron.
> Ay mi hermano, ay me lo mataron.
> Ay mátenme a mí.
> Qué malos son, qué malos son, me le dispararon.

Y mami cambia el dial con la misma mano del potecito y pone otra emisora y allí tienen a China chillando:

Guay, guay, guay, guay, guay, guay, llévame contigo, llévame contigo.

Y mami cambia la emisora tan frenética que el potecito de las pastillas se le cae y mami detiene el carro junto a la zanja y comienza a meterse pastillas de las que se cayeron en el piso del carro y me dice: para que no se desperdicien, y en otra emisora Cilí dice:

Mi hijo, coño, mi hijo, tres balas como los tres clavos de Cristo.

Cuando termina, el dj dice que pronto van a tenerme a mí en vivo y en el fondo se siguen oyendo los guays guays.

Mami no puede más. Tira el potecito vacío por la ventana y se estrella contra el fondo de la zanja seca, porque hace mucho que no llueve y la gente está sentada afuera de sus casas en el borde de la carretera vieja, yo no sé si esperando la lluvia o el cortejo fúnebre.

Cuando llegamos a la casa en la que nació papi, ya la han convertido en museo, mami se abre paso entre la cola de turistas que sostienen globitos con la cara de papi y cuando estamos frente a la boletería mami golpea con poca fuerza el cristal, babeando, con los párpados muy pesados igual que lo míos, que son como de piedra. Mami me arrastra porque las piernas no me responden y nos abrimos

paso hasta la casa que está llena japoneses rubios que se hacen fotos junto a la vacinilla de oro que supuestamente usó papi cuando era un niño, yo sé que esta no es la casa en que nació papi, papi nació en una con piso de tierra.

Mami se deja caer en el mármol del piso y pregunta, acomodando la cabeza en los mocasines de uno de los turistas como si fuera una almohada: dónde está Milly, dónde está Leysi, dónde están todos?

Cuando vuelvo a abrir los ojos, un viejo me está zarandeando, un señor muy alto, moreno y de pelo muy blanco con uniforme de guía del museo y un nombrecito que dice Pérez en el pecho. Se echa a mami al hombro y me jala por la mano corriendo hacia una camioneta. Me explica: soy tu tío Fonso, soy Fonso. Hemano de tu abuela Cilí. El entierro no es aquí, esto del museo es para levantar un dinerito para pagar el entierro. Manejamos un rato por un camino vecinal lleno de tierra roja seca y resquebrejada, las ramas de los flamboyanes rojas como cabecitas de fósforo sobre el techo de la camioneta, Fonso me explica: vamos a la casita adonde nació tu papá, una casita con piso de tierra.

De lejos se ve un molote de gente, una fogata y un humazo. Ninguna casita. Árboles frondosos como edificios por los que se cuelan rayos de sol que el humo evidencia como en un anuncio de cigarrillos. Hay grupos sentados debajo de los árboles, de pie bebiendo café, gente del campo, con sus burros y mulos y sus racimos de plátano verde como en un anuncio de ron. Los músicos de un perico ripiao sostienen sus instrumentos en silencio, un grupo de paleros con los palos colgados reciben un par de sillas de una doña, varias mujeres sirven café en bandejas y cada taza es de una vajilla diferente. En la hierba aquí y allá sillas de madera, de plástico, de metal. Mecedoras. Un hombre quema semillas de cajuil y las pasa a un grupo de niños. Algunos me miran y siguen en lo suyo.

Bajo una mata de mangos hay un cuadrado de piedras, lo único que queda de la casita adonde Cilí parió a sus hijos. Cilí que no llora, está sentada en una silla de guano vestida de lila y negro, con las manos en las rodillas, China y Leysi de pie una a cada lado de Cilí dándose golpes en el pecho tan fuertes que con cada golpe de los ojos les saltan gotitas de sangre como rechín de limón que salpican al que se acerque.

Están esperando el cuerpo, me dice Fonso. Alrededor del cuadrado de piedras todas las madres de los hijos de papi hacen una ronda y extienden las manos para tocar a Cilí y consolarla, pero Cilí ni las mira, ni hace nada y las madres comentan en voz alta qué mujer tan fuerte, con los niños vestidos de luto cerrado.

Cuando Cilí vuelve a abrir los ojos se da cuenta y me abre los brazos y yo corro como puedo hasta ella, entre el molote que ahora

me reconoce también y vienen a tocarme y a abrazarme llorando, gritando huerfanita, huerfanita. Fonso me defiende de la turba usando el cuerpo de mami como escudo, que sigue dormida, y cuando llegamos a donde Cilí, Fonso pone a mami en el piso y yo le pongo los lentes de sol de nuevo. Cilí me abraza y me dice: se me secaron las lágrimas. Entonces llegan una, dos, llegan tres, cuatro o cinco guaguas de Onatrate con más gente y Fonso ordena: pongan más café.

La gente comenzó a despellejarse como a la una, cuando el sol estaba más picante y le sacaba un resolazo a todo lo blanco, a toda superficie metálica, incluso a los paños negros. Había que cubrirse con algo. Debajo de las matas. Los rayitos que se colaban entre las hojas perforaban a una como granizos de azufre.

La lloradera continuaba, más como un zumbido que comentaba el calor y la hora, la resequedad de los labios. Alguien pasaba una pomada para los pómulos porque este sol daba cáncer. A lo lejos el lomo de un puerco vivo humeaba y un par de hombres le andaban cerca locos por pellizcarle la carnita frita.

Cilí pedía agua y algunas de las madres de los hijos de papi se mandaban juyendo a buscársela en una poza que había a cien metros, pero en lo que volvían el agua se les evaporaba en el vaso y se devolvían echando carreras, hasta que el pozo se quedó vacío y mandaron a buscar un tanque de agua a la ciudad con Fonso.

Era muy penoso. Ese llanto seco era muy penoso y ruidoso, tanto que mami por fin se despertó, levantando la cabeza de una piedra, desatolondrándose como una gata, la mano peinando la melena y mirando alrededor con cara de complacencia como si se hubiera despertado en un hotel cinco estrellas, chequeándose la piel quemada en los brazos y diciendo: ay qué bueno, cogí un colorcito. Luego se puso de pie y se dio cuenta de dónde estábamos y empezó a pujar pastillitas azules por los ojos, que si hubieran sido lágrimas nos las hubiésemos bebido. Ya no quedaba ni una gota de ron, ni de café, ni de nada, y Fonso no llegaba. Un corillo de boy scouts salieron con una monjita a buscar un río y volvieron con dos fundas llenas de cayaos blancos, dizque para que nos entretuviéramos pintándoles caritas con pintura de uñas. Los músicos se exprimían las camisas para beberse el sudor, las mujeres se abanicaban hasta que un vahído las hacía desgranarse en el suelo, con una pierna temblequeando.

Como a las cuatro comenzamos a ver extraterrestres, rombos, óvalos, puntos resplandecientes en el cielo azul, que la gente divisaba y señalaba con el dedo, como a diez por segundo. Eran de plata. No, de mercurio, de oro. Eran platillos voladores. Tan llegando, tan llegando, dijo China, dibujando un WELCOME con polvo de café en la tierra. Ya nos vamos, ya nos vamos, decía Leysi, abriendo los brazos y sonriendo sin despegar los labios, dibujando un ALELUYA con los

párpados. Cilí se ponía una mano de visera sobre los ojos y se mordía el labio inferior y en eso llegó Fonso, que parqueaba la camioneta y se desmontaba rascándose la coronilla ante tanta gente arrodillada y con los brazos en alto, señalando y protegiéndose del brillo al mismo tiempo. Miró hacia arriba y me dijo: son los aviones de los americanos, están bombardeando las nubes para que llueva.

Y los aviones desaparecieron, y pequeñas nubecitas blancas se fueron juntando en el centro del cielo, muchas nubecitas en forma de camellos, de Pedro Picapiedra, de bote con remos, nubes más grandes en forma de Miss Piggy, en forma de Bart Simpson, una nubecita que primero fue una cafetera y después un jet ski y luego una casita con su chimenea y después ya no sé qué era lo que parecía porque el cielo entero estaba tan blanco como styrofoam y un viento fresco levantó polvo y hojas secas y un trueno nos estalló los tímpanos una, dos veces y ahora sí todos se arrodillaban con gusto, levantándose para tirarse de rodillas otra vez, olvidándose del muerto, del entierro, de Cilí, de todo. Algunos abrían la boca para atrapar las primeras gotas. Algunos lo hacían.

Y ahora todos mirábamos la pantalla blanca en la que se había convertido el cielo, esperando el agua como si fuera la película de tu vida. Y otra vez ese sonido de compuertas de acero abriendo y cerrando que precede al relámpago y entonces de la gran nube salió por fin una gran cosa. Un contenedor azul cobalto con un paracaídas descendió balanceándose en el aire y cuando aterrizó levantando polvo no quedaba ni una nubecita en el cielo, ni una sola.

La gente comenzó a ponerse de pie y a acercarse, Leysi abría los ojos con la sonrisa a medio camino y mami se secaba las pastillitas como podía para ver bien aquello que de repente crujía por dentro y vibraba como un generador de energía. Uno de los extremos del contenedor cayó hacia fuera y luego una rampa se deslizó como una lengua hacia el exterior. Una especie de plataforma con meditas rodó por la rampa hasta el terreno en el que estuvo una vez la casa en que nació papi, encima de la plataforma un ataúd gris perla. Brazos articulados salieron de un compartimiento en la plataforma desplegando los toldos de una gran carpa blanca sobre el ataúd, con cinco sillas con los nombres de Cilí, Leysi, China, Mami y Yo y un letrerito que decía «reservado» en cada una. Luego del contenedor descendió una morena como de cuarenta años con un t-shirt que decía Etelvina, empujando un carrito con un termo de café y una columna de vasitos de cartón. Más atrás dos mujeres color aceituna vestidas de negro, con los pajones greñudos, preguntaban el nombre del muerto a los presentes para empezar a chillar. Más atrás bajaron las coronas de flores, una de las madres de los hijos de papi se ocupó de rellenar las cintas con las dedicatorias. Luego bajaron las velas, los candelabros y

varios socios de papi que miraron al suelo y le dieron un golpecito a Cilí en el hombro diciendo: yo sé, doña, yo sé. China se envalentonó, avanzó hasta la caja, arrancó la etiqueta que colgaba de uno de los mangos y leyó:

«El paquete incluye un muerto. Una caja de muerto. Varios candelabros de a uno y de a cinco. Una caja de velas. Cinco coronas de flores, de plástico para que duren. Gotas de rocío de silicón sobre las flores opcional. Dos plañideras. Dos servidoras de café. Un bebedero de agua. El cadáver comezará a podrirse en las próximas 48 horas garantizado. Todas las etapas de la descomposición pueden y serán apreciadas en el cadáver de dejarse esté insepulto. Dos palas. Un panegírico escrito por Gabriel García Márquez. No necesita instrucciones, no necesita operador, sólo active abriendo la tapa y descanse en paz».

China mira la etiqueta como si fuera la tarjeta de presentación de un nuevo amigo Rockefeller y sin mirar bien lo que hace abre la caja.

Ése no es él. Ése es su cuerpo. Ése es su cuerpo. Los ensamblan en Miami. Ése no es mi papá. Que lo mire, que lo vea. Tiene que verlo. Yo no quiero verlo. Ése no es él. Que lo vea, que lo vea. Ese es su cuerpo. Que lo toque, sí, que lo toque. Es sólo su cuerpo. Ay me lo mataron, ay me le dispararon. Es un robot. Treinta y seis años. Se pudre a control remoto. Es su cuerpo, es él. ¿Si tu carro se daña yo voy a pensar que fuiste tú que te dañaste? Ay llévame contigo. Guay. Guay. Es un robot. Ciérrale los ojos. Ponle la medallita de la Virgen de Altagracia. Es un robot. Brínquenla. No, yo no quiero. Déjenme, déjenla. Es un robot. Que lo mire. Tráiganla. Ay me lo mataron. Quítenle lo cabello que se queda calva. Amárrenla que se encuera. Que lo mire. Abrele los ojos. Es un robot, es un robot. Es su cuerpo. Sí, pero un cuerpo. Es un robot. Ya hiede. Qué avanzada está la ciencia. Traigan berrón. Es un robot. Está vivo. Movió un párpado. Ya jiede. Cierren la caja. Disuélvansela en el agua. Ciérrenle los ojos. Díganle a la ciencia. Es un robot, es un robot. Es mi papa, es un cerdo, es un souvenir. Pongan más café. La boca me sabe a mierda. Quédense en mi casa. Ése es tu pai, ve, dale un beso. Quién es que está respirando. Ta bien. Es un muñeco. Trágatela. No lo entierren que no está muerto. Es un robot. Es un regalo de navidad. Por pendejo, por guapo. Que lo toque, sí, que le ponga la mano. Es un robot, está durmiendo. Ay me lo mataron.

Ay muchachita, ya te quedate sin papá.

Y el funeral prosigue. La mujeres se arrancan los pelos, cuando se les acaban los de la cabeza comienzan con los de la cuca. Los niños dibujan trúcamelos con carbón en el suelo y juegan con un pedazo de papel periódico mojado, los hombres sirven café porque las mujeres están ocupadas arrancándose los pelos. Durante la noche dormimos

ahí mismo debajo de las estrellas, el ataúd lo cierran para que el muerto no se humedezca con el sereno y todos se acomodan adentro de los carros, en las guaguas o haciendo caminatas de quince pasos pa tra pa lante abrazándose los brazos.

Yo no me duermo, yo me quedo despierta, sentada en un tronco, espantándome los mimes hasta que viene alguien a hablarme de papi y me muevo en la oscuridad iluminándome con un encendedor para no ir a sentarme en un hormiguero. Las únicas luces son las de la carpa del ataúd, son de 200 watts. Cuando nadie me está mirando y el que cuida la carpa está samándose debajo de una mata de guayaba con una muchachita, me acerco al ataúd y lo abro. Es una réplica perfecta, casi. La piel enrojecida de la barba igualita a la de papi, las manos de uñas y cutículas impecables. Pero a mí no me engañan, éste no es papi. Ya les he dicho a todos que es un robot, pero nadie quiere creerme.

Los fabricantes se han ocupado de añadirle las costuras en la frente por donde supuestamente entraron las balas. Es una obra maestra. Hasta a mí me hubieran engañado, si no fuera porque. Este no es papi, éste no es ni su cuerpo. Este no es un muerto. Es un robot. Lo toco. Duro y seco. Es un robot. A mí no hay quien me engañe. A mí ningún robot diseñado por americanos soviéticos va a decirme que lo que… Coño. Es un robot. Es un robot. Me convenzo. Es un robot. Me saco un tenedor de plástico que he estado guardando desde el desayuno y lo meto por la costura de la frente, no brota sangre, un olor a óxido y a madera podrida sale del hueco. Es un robot. Luego le abro un ojo y le clavo el tenedor, le abro la boca, el olor a óxido es el olor de un tanque de basura oxidado. Le abro la boca, miro dentro. Los fabricantes se han encargado de hacerle los dientes, las piezas cariadas, los empastes, uno por uno. Yo sé que papi tiene un diente falso y el robot también lo tiene, se lo quito y lo miro. Me lo quedo. Me lo guardo en un bolsillo. Comienzan a sonar unas trompetas, arpas, Jericó.

Son las sirenas, las alarmas que protegen al androide. Guardias cascos negros salen de abajo de las piedras, de la boca de Cilí, Cilí se me viene encima con un machete en la boca. Leysi, China, ahí vienen todos con macanas a macanearme. Se han repartido los palos de golf y los bates de papi y vienen a darme cajeta. Yo corro, corro y me saco el diente falso del bolsillo y me lo trago, me lo trago, salto, caigo en un río, nado, salgo, chapoteando, corro, corro, corro, corro, corro.

Y así por días, semanas y años. No tantos años tampoco. Realmente fueron minutos. Bueno dos o tres. Cuando estoy a salvo en lo oscuro, reventando auyamas con los pies, me detengo, a lo lejos las voces de los cascos negros y las bombas lacrimógenas se van disipando. Huele a chicle. Un bajo a chicle de menta y a cigarrillos

Constanza llena el conuco. Yo miro pa rriba y ni una estrellita ni un bombillito. El bajo a chicle de menta y a cigarrillos Constanza se mezcla con el grillerío y me llena los pulmones y los respiro así agachadita esperando el próximo macanazo que va a reventarme el cráneo como una calabacita. Y así por horas, bueno, yo qué sé. Se prendién unas luces muy altas, muy blancas que me cegaron porque yo llevaba años en lo oscuro. Y eran luces de carro. De un Mercedes viejo, de los setentas, de los ochentas. Entre la cortina de humo del Constanza, las hojas de plátano y el bajo a chicle de menta reconocí el logo del Mercedes iluminado por su propia luz. Y supe que estaría a salvo. Quizás para siempre. Me tiré hacia la luz, reventando auyamas con los pies, reventando cabezas de muerto, corrí por años, bueno. Cuando casi alcanzaba el logo de Mercedes me caí de boca a los pies de la puerta del conductor que se abrió y de allí salieron uno, dos zapatos de charol con punta de metal, medias finas, y debajo del olor a menta del dubble bubble me dio el bajo a Drakar y miré pa rriba y vi la silueta del peinado, la moña, la sonrisa blanca y amplia como un cuarto menguante en aquel cielo color hormiga. Era Puchy y la otra puerta se abrió y salió Milly. Igualita, con su moña, sus zapatos, su sonrisa de cuarto menguante. Diablo, qué suerte.

*Vinimos a buscarte. Tú sabes más que ellos. Papi no está muerto, papi está vivo. Nosotros estábamos en Nueva York y lo vimos. Hablamos con él. Él está allá. El nos está esperando. Él va a venir. El día que vuelva se jodieron todito, menos nosotros. Que sabemos más que ellos.*

Íbamos en el Mercedes muy despacito por caminos vecinales, la tierra reseca crujía debajo de las ruedas. Puchy me lo iba explicando todo y a veces se interrumpía para pasarle por encima a un campesino borracho con un machete levantado que pedía mi cabeza, las cabezas crujían como tierra seca, luego Puchy miraba por el retrovisor y seguía: papi sabe demasiado. Por eso tuvo que esconderse. Los socios quieren acabar con él. Los socios quieren quedarse con lo de papi. Quieren dominar el mundo. Ellos se inventaron la muerte de papi. No creas en nadie, en nadie. Los socios tienen comprao a to el mundo, algunos de ellos descienden directamente de los atlantes, de los templarios. Nanotecnología y vaina, es una conspiración.

Y yo me siento muy inteligente y Milly y Puchy hablan ahora al mismo tiempo y muy rápido, más rápido que el diablo. Más rápido que el Mercedes, y a veces se interrumpen para pasarle por encima a una gallina prieta que cruza la carretera o para bajar y subir los vidrios antes y después de que Milly se fuma un Constanza. A veces nos detenemos en un chinchorro y Milly vocea: do patele en hoja, y una doña viene con los pasteles y nos cobra secándose las manos en el

delantal y el vidrio eléctrico cruje subiendo para cerrarse y el aire acondicionado cruje enfriándome los huesos.

Y ahora los mellizos me hablan los dos al mismo tiempo con la boca llena de pasteles en hoja y salsa picante y el picante y los pasteles también me están hablando.

Ahora todo va a ser diferente, tú vas a ver, me dice Puchy o Milly o los pasteles. Y cuando él me dijo eso yo empecé a ver cómo todo comenzaba a tener sentido, cómo en mi cabeza un cubo de rubik se iba organizando, sin formar los colores enteros, amarillos, rojos o azules, sino que las piezas rotan rotan rotan y en vez de colores en los cuadritos hay caras de gente, gestos, palabras, atardeceres que iban formando cosas con los demás moviéndose, moviéndose hasta el infinito. Y así Juliana era una enviada de lo mellizos, Soti era un arcángel y aquellas torrejitas que me comí un domingo de gloria.

Yo veía rayitas uniéndolo todo resplandecientes. Estaba muy claro. Papi estaba en mí y yo en papi. Yo hasta me chupaba la salsa picante de las cutículas impecables de papi. Yo era igualita a papi. Yo era papi. Yo soy papi.

Después yo me dormí y todo me fue revelado. El lugar, la misión y los misterios. Yo me despertaba de un sueñito y les iba avisando a los mellizos a dónde tenían que doblar. Ellos manejaban el Mercedes y se detenían a veces para coger gasolina y palitos de queso. Vimos todos los paisajes de la isla, monte, guazábara y mata e coco, porque las revelaciones nos tenían de lao y medio. Yo iba recostada en el sillón de atrás soñando nuestra misión, despertándome para recitarle otro versículo a Milly que anotaba todo en una servilletica. Cuando ya no sabíamos para dónde coger, Milly me cantaba una cancioncita para que me durmiera de nuevo, casi siempre *Everybody Wants to Rule the World* de Tears for Fears, los mellizos tienen una vaina con Tears for Fears. Yo me dormía de nuevo y un señor muy viejo con una melena y una barba blanca o un muchachito rubio con los ojos azules me mostraban mapas en pantallas de gelatina, y a veces en vez de direcciones me daban números de la Lotería porque se confundían y yo aprovechaba y los anotaba sin decírselos a los mellizos. Así por años. De verdad. Pa rriba y pa bajo. Con más revelaciones que el diablo. Tantas que Milly había comprado un acordeón de cartulina para archivar las servilletas, los papelitos, el reverso de las facturas adonde ella garabateaba los sueños que yo le dictaba.

Aparte de la lista de cosas que necesitábamos para la misión (grapadoras, fotocopiadoras, papel de inodoro) yo había abierto otra lista con las peticiones de los colaboradores (un walkman para Milly, una provisión de perfume de por vida para Puchy y para mí la isla Saona). Y a Puchy se le ocurrió que ya teníamos que buscar un sitio, como una tierra santa o algo así. Así que Milly me cantó *Together*

*Forever* de Rick Astley y yo mientras me quedaba dormida pensaba que por fin Milly había cambiado la cantaleta de Tears for Fears y soñé que Nat King Colé me decía: toma, chochou- latei, paga lo quei debes. Cuando me desperté le dije a los mellizos que teníamos que detenernos a comprar unos números de la Lotería y yo empecé a pedir números por esa boca y gastamos todo el dinero que teníamos y ése fue el primer milagro: no salió ni uno solo.

El siguiente domingo obligué a Puchy a vender el Mercedes para comprar más números y él accedió. El domingo próximo ya estábamos pidiendo limosna de puerta en puerta y tres domingos más tarde estábamos tan sucios y jediondos de dormir en la calle y cucutear basureros que parecíamos profetas de verdad. Ya éramos cuarenta cuando entramos en San Juan de la Maguana, adonde el colectivo de Brujos San Juaneros (que en realidad eran todos los terratenientes, empleados públicos y gente de a pie de San Juan) salió a recibirnos en camionetas y jeepetas porque nos estaban esperando y nos guiaron por entre la maleza alumbrándonos con sus halógenos hasta el lugar ideal para el asentamiento, un claro entre los cambrones, las guazumas y los candelones. Acabando de llegar, Milly sacó su pistola y le pegó un tiro a un chivo prieto que andaba suelto y nos lo comimos con Chen Chen. Y todos comieron y la gente se acomodaba en la tierra lambiéndose los dedos y se metían pal monte a retozar o a tumbar palos para una casita o para un tambor. Cuando amaneció ya habían levantado tres casas con lodo, madera y paja, una para el templo y las otras dos para la gente. Como al mediodía cayeron dos comerciantes, a uno le curé una hija muda y un becerro, al otro le saqué cuarenta y nueve lombrices de una patá. Como a las seis vinieron el alcalde y su esposa con una televicioncita y un PlayStation para que me entretuviera, esa noche un operativo que duró cuatro horas nos dejó tres postes de luz, un transformador e instalaciones para bombillos y tomacorrientes. Yo mandé que las apagaran porque la luna estaba llenota y uno podía verse el claro de los ojos allá afuera. El altoparlante me lo trajo una muchacha de la capital, junto con una lista de firmas de gente que también creían que papi estaba vivo y me explicó que teníamos una página en el interné adonde la gente veía la foto de papi, se apuntaba en la lista y hacía su petición. Yo ahí mismo la nombré jefa de prensa y propaganda del próximo gobierno terrenal de papi y ella cayó montada por el espíritu de Asela Mera o Zoila Luna, yo no sé cuál. Más gente empezó a llegar en guaguas, jeppetas, muías, con banderas, afiches y con sus canciones que ellos mismos se habían inventado sobre papi y sobre mí:

Ya recibimo la clave

Pa acelera eta carrera
Mil Mercedes colol blanco
Uno para quien lo quiera

El gran podei de mi papi
Ve que tronco e corredoi
Mamey ei coloi dei bate
Con ei que ei juega softboi

A las ocho de la mañana yo me paraba en el púlpito que habían construido frente al templo y leía el nuevo rezo. La gente lloraba y levantaba un llavero tintineándolo. Y llegaban más, gente grande y niños y mascotas, con casitas de campaña y regalos para mí: peanut butter, jugo de guayaba, VHSs de porno alemán, para que cuando papi volviera hiciera algo por ellos que venían con sus dolores de muela y yo los ponía a llamar a papi de una trompada. Pero a la gente lo que más le gustaba era que la nombraran, y yo desde mi sillón inflable con meditas forrado de terciopelo mamey distribuía títulos a troche y moche: delegado de la circuncisión telepática en papi, virrey del estado de sitio que es papi, comandanta en jefa de todos los desbarajustes de papi, todo esto a ritmo de pri pri- hop, tecno-carabiné y meren-minimal, que los paleros, improvisaban junto con unos djs noruegos traídos para eso. El kilómetro que separaba el asentamiento de la ciudad más próxima se había llenado de puestos de comida y gifts shops administrados por Puchy adonde se podían comprar por un módico precio llaveros del güevo de papi con el símbolo de Mercedes Benz tatuado y CDs con mi voz grabada con más de mil nombramientos diferentes que la gente podía escuchar y hacer suyos, garantizados para entrar en vigencia en el próximo gobierno terrenal de papi.

Y un día, que pienso que fue como en julio, comenzaron las apariciones. La gente comenzó a ver a papi por todas partes. En los parqueos de los edificios, en el monte, cerca de los bebederos, en un comedor económico fuera de las instalaciones. Yo pensé que la gente se estaba volviendo loca. Y cada mañana, cuando la gente se reunía frente al pulpito para escucharme, yo los tranquilizaba explicando los nuevos términos en los que el próximo gobierno terrenal de papi haría su entrada triunfal en la aldea global, señales, helicópteros negros, extraterrestres, terremotos, leche cortá, quesos jediondos, Doritos reblandecidos. Por aquellos días vinieron unos periodistas y tomaron mi foto y tiraron fotos del altar, que en realidad era una foto de papi, una copa de Chivas Reagal con siete puñales cabeza abajo y un celular de oro. Quisieron entrevistarme y preguntarme por las niñas de nueve

años que estaban saliendo embarazadas en el asentamiento y yo les dije: es que el poder de papi es mucho y anda regado por ahí.

Para noviembre la gente se me estaba desesperando, algunos decían que papi hasta les había hablado y yo pensé que a lo mejor necesitábamos un siquiatra para que les diera terapia de grupo o algo. A veces yo estaba hablando en el púlpito y veía cómo alguien se tiraba de un balcón presa del pánico voceando lo vi, lo vi, antes de desgranarse contra el suelo. Yo les decía que esas presencias no eran más que desprendimientos etéreos de moléculas fantasmáticas del espectro regulador de la memoria cósmica del gran poder que es papi, que en momentos de gran expectativa se manifestaban, otro día les dije que ese papi que todos estaban viendo no era más que un plan de los socios para confundir a los creyentes, un impostor, pues cuando papi volviera lo haría como un rey y todo el mundo lo vería. Otro día les dije que el quinto Apóstol de la Cruz de Caravaca, al otro día que los Templarios, la OTAN y Doctor Spock el de Star Trek.

Y ellos colgaban ajo cuando yo les decía que era un vampiro, bebían higuereta cuando les decía que era una pulmonía, hasta que un día por la nochecita cuando yo daba un paseo pensando en esa nueva consola de PlayStation que venía en camino en manos de algún peregrino, me dio sed y caminé hasta una máquina de Coca-Cola que había detrás del templo, el halo blanco y rojo iluminaba el monte y tiré las cinco monedas y presioné el botón apreciando los matojos secos y las espinas nuevas del monte, la lata no salía y le di un par de patadas a la máquina, de repente me entró un frío y la garganta se me secó completamente, no había ni un vivo despierto y tuve ganas de salir juyendo porque a mí siempre los lugares adonde hay vending machines me dan miedo. Patié la máquina otra vez y ronroneó levemente, me agaché para chequear si había tirado mi devuelto, pero nada, entonces se me apareció descalzo, allí junto a la máquina, con el traje con que lo habían enterrado, con su medallita de la Virgen de Altagracia enganchada con un alfiler en el saco, con el hoyo mal cosido en la frente, jediondo y amoratado como un zombie. Abrió la boca y se señaló el diente falso, el hueco adonde estuvo el diente que yo le había sacado y que me había tragado antes de escapar de su funeral. Yo ese diente lo cagué hace tiempo, papi, me oí que le dije, y él cerró la boca de donde le salía un bajo a peo y la lata de Coca-Cola por fin cayó y pude recogerla. El difunto robot no hablaba muy bien, sabía pedir agua, pero como estaba en proceso de descomposición mejor era no dársela porque el bajo se hacía más fuerte. La putrefacción estaba garantizada por los fabricantes y me daba pena verlo por ahí perdido como una aparición sin saber que pronto iba a convertirse en abono.

Convoqué una junta, Puchy echaba spray de gardenia en el aire y

me preguntaba si yo estaba segura. Primero se me ocurrió decirle la verdad a la multitud: ése que ustedes han visto no es papi, ni es un zombie, ni nada. Es un cuerpo, un cadáver androide patrocinado por el Opus Dei y la mafia colombiana que fue utilizado durante el supuesto entierro oficial de papi, pero el robot vino con un defecto de fábrica y salió de la tumba en vez de quedarse tranquilo y podrirse. Pero para no asustarlos preferí decirles: aquí tienen a San Lázaro, levantado de la muerte por el gran poder de papi en mí. Por eso el mal olor. Y le pusimos una barba falsa para que no fueran a pensar y unos pantalones capri verdes y lo dejamos sin camisa para que la gente le viera las llagas y los gusanitos multicolores y la gente decía milagro milagro e iban y le quitaban los gusanitos para hacer réplicas de bronce y poner los gusanitos de bronce en el altar de papi.

Y como él no nombraba a nadie, ni hacía milagros, sino que miraba al horizonte por mucho rato pudriéndose por dentro con aquellos ojos de robot o de muerto resucitado, la gente quedó convencida de que era un elegido.

Un día se nos empezó a descoser por dentro y un trozo de tripa le colgaba por un remiendo en el bajo vientre, yo seguía impresionada con los avances de la ciencia para calcar los detalles. El se acostrumbró al asentamiento y muy pronto estaba integrado en todos lo rituales, sobre todo después de que Puchy lo encontró garabateando una pared con un pedazo de mierda y le compramos magic markers y sprays y pintura para que desarrollara su talento y a la gente le encantaban sus dibujitos y comenzaron a a decir que papi guiaba su mano, que era la misma mano de papi la que trazaba los símbolos y se armaron grupos de interpretación de los garabatos del santo jediondo que se reunían todos los jueves y que tenían su propio grupo de chat.

Ya éramos hasta famosos, y salíamos a cada rato en la prensa y se nos acusaba de revivir el culto de papi, de superstición, de prostitución, de violación, de desfloración de vírgenes, de sacar a los niños de la escuela, de mascar chicle, de destruir la economía nacional, de no aceptar comida de los peace corps, de prohibirle a nuestros seguidores que votaran, de decirles que votaran, de darle alojo a trujillistas, a comunistas, a desertores, de distribuir armas, de ser en realidad haitianos, de traficar con objetos sagrados del vudú haitiano, de comer tierra, de conspirar contra el gobierno, de conspirar contra el cardenal, de sacrificar bebes, de entrenar a nuestros fieles en kung-fú, aikido y capoeira, de tener la boca sucia, de ser sucios, de extorsionar a una población ignorante, de ser ignorantes, de asesinar monjitas, de coger monjitas, de disfrazarnos de monjitas, de bailar encueros en los techos de las casas cuando las monjitas pasaban por ahí, de ser ocultistas, de oír a Marilyn Manson, de oír aTulile, de ser travestis, de ser homofóbicos, de traficar con

órganos de elitistas, de artistas, de activistas, de magos, de charlatanes, de fascistoides, de columnistas de la Tarde Alegre, de matones bohemios, de pedofilia, de leer a Nietzsche, de ser analfabetos, de tener parientes chinos o árabes. De terroristas.

Y nuestras fotos salían en primera plana. Yo con mi control del PlayStation, Puchy con su spray Lysol y Milly con su walkman. En el pie de foto se explicaba cómo los terroristas utilizaban tecnología de punta para tramar sus actos criminales contra el mundo y sobre las fotos con círculos rojos señalaban mi control de PlayStation, el spray con olor a gardenia y el walkman de Milly como pruebas irrefutables de las armas nucleares a control remoto, las armas biológicas que ya estaban en su fase final y la sofisticada red de telecomunicaciones que operaba en nuestra base, respectivamente. Y más grande que todas las fotos, la foto del difunto robot, con su barba de nylon, sin camisa, sentado en un blo, rodeado de gente que sigue la ramita que el santo tiene en la mano con la que dibuja uno de sus garabatos en la tierra. El pie de foto lo identificaba como «el cerebro del movimiento», el verdadero bebesangre, el guerrillero entrenado en Albania por los herederos de Fu Man Chú y junto a la foto dos o tres gráficos con los dibujos, que parecían circuitos digitales, y superpuestos mapas de la isla que comprobaban cómo aquellos trazos no eran otra cosa que estrategias de ataque o «los mapas de acceso al sistema de túneles subterráneos que habita la hermandad reptiliana, mutantes neo- nazis, cuya colaboración con la secta es ya del dominio público».

Y luego llega el día del cumpleaños de papi y desde la semana anterior entran camiones y camiones con sillas, carpas, puestos de venta, luces, tarimas, equipos de sonido, miles de toneladas de pólvora para el cierre estelar. Y llega más gente y todavía siguen llegando, en camiones, guaguas, avionetas que los dejan caer sin paracaídas sobre la tarima para ir animando la cosa. Todavía faltan unos cuantos detalles técnicos por resolver y mientras tanto les ponemos un CD de Maná por cuatro horas para que se entretengan. Aplauden, se inventan consignas, improvisan instrumentos con las botellas vacías de Snapple. Cuando menos lo parece un gagá electrónico retumba, la gente apunta para la tarima y yo salgo. La gente se pone mala, gritan, chillan, tiemblan, hay unas muchachitas que se desmayan y las levantan para traerlas al escenario flotando sobre el mar de manos. Los de seguridad se ocupan. Yo digo: uno, uno, dos, se oye? La gente se pone mala, gritan, chillan, tiemblan, hay unas muchachitas que se desmayan y las levantan para traerlas al escenario flotando sobre el mar de manos. Los de seguridad se ocupan. Y por fin comienzo: papi es como Jason. Aplausos, aleluyas, amén. Que cuando uno menos lo espera se aparece. Aplausos, aleluyas, amén. Pero en lo que más se parece papi a Jason… Aplausos, aleluyas, amén. Es en que vuelve siempre, aunque

lo maten. La gente se pone mala, gritan, chillan, tiemblan, hay unas muchachitas que se desmayan y las levantan para traerlas al escenario flotando sobre el mar de manos. Los de seguridad se ocupan. Papi tiene más de todo que el tuyo, la gente se monta, danzan en círculos, dicen alábalo que es santo. Papi tiene más carros que el diablo. Aleluyas, aleluyas. Ovación.

El programa transcurre como anunciaba el cartel del evento: música, profecías y fin de mundo, en ese orden precisamente. Tres horas más tarde, para cuando estaba previsto el cierre, 700.000 almas levantaban sus manos esperando que papi los arrebatara, papi seguía hablando por mi boca: allá voy, y oímos una voz que venía del cielo que decía: ríndanse ahora, que todavía tienen tiempo, y la gente se arrodilló y algunos se protegían la cabeza con sus botellas de Gatorade y yo vi cómo salieron de entre el monte los cascos blancos y se armó una balacera y los fanáticos caían formando montones. La gente estaba confundida y algunos creían que era papi y corrían en dirección de los cascos, como eran blancos, con los brazos abriertos. Los cascos blancos acabaron con todo lo que se movía y le pegaron fuego a la tarima, a las casas, demolieron los edificios, llenaron las piscinas con tierra y cemento. Todo como en dos horas. Luego se metieron en el monte y agarraron vivos a los que habían logrado escapar y poniéndoles el fusil en el cuello los hicieron cavar una fosa común y recoger los vasos de foam y las botellas de plástico del concierto, cargar los cadáveres y enterrarlos. Cuando llegó la prensa sólo pudieron tirarle fotos a un zapato ensangrentado que se quedó atrás en el juye juye, a un niño perdido que se desgañitaba llorando y al cuerpo de Lazaro que los guardias tenían órdenes de dejar insepulto para que la gente escarmentara. Y allí estuvo sobre una mesa con su barba y descalzo como, según el pie de foto en el periódico, le habían enseñado a guerrear durante su entrenamiento en la Sierra Maestra. La foto del rebelde que aguantó 368 descargas antes de ser derribado, con esa expresión viva en los ojos, recorrió el mundo, y muy pronto las librerías se llenaron de biografías y crónicas escritas por supuestas amantes y amigos suyos de la escuela y t-shirts y afiches y chupi chupis con su foto.

Los sobrevivientes, 144 en total, fueron encarcelados en un calabozo colonial y día y noche unos altoparlantes les predicaban el reino del padre, la venida inminente de nuestro señor, alentándolos a abandonar las prácticas africanoides y atrasadas del asentamiento y a aceptar la buena nueva de manos de un sacerdote que bajaba todos los días a darles misa y a leerles la Biblia a ver si confesaban algo. Si no confesaban así los subían uno por uno a la segunda planta y allí un par de sargentos con la barriga peluda les hacían cosquillitas, les sacaban las uñas, les metían ratas hambrientas por el toto, etc., etc.

Todos confesaron. Dijeron que yo era la hija de papi, que los mellizos eran mis primos y que el barbú no era más que un androide. Cuando todos pasaron el detector de mentiras los mandaron al manicomio y allí no había sacerdotes, ni torturadores, sino antropólogos.

# 12

Ella me enseñó su bola. Estaba en un frasco de cristal todavía con la etiqueta de Mayonesa Maggi sobre la mesita de noche junto a un arreglo floral y era, como ella me había dicho, del tamaño de una pelota de softball. Tuvieron que sacármelo todo, me vaciaron, me dijo mami y ahora se levantaba la sábana para que yo pudiera mirar su cicatriz que parecía un ciempiés, y de donde salía una tubería color carne que la drenaba y que terminaba en una bolsa transparente que descansaba junto a su cama donde caían la orina y la sangre que salían por el tubito.

Yo le acomodaba las almohadas y le daba masajes en la espalda porque a uno le dan dolores si está mucho tiempo acostado. Yo también le daba masajes en los pies y en la cabeza y le hacía chistes para que ella se riera y me suplicara que no la hiciera reír porque le dolía. Luego yo volvía a acomodarle las almohadas, a subirle o bajarle el espaldar de la cama con una manigueta que daba vueltas. La habitación era oscura y cuando no prendíamos la lamparita yo me golpeaba los dedos de los pies todo el tiempo con los bordes de su cama y con los demás muebles y ella me decía que me pusiera zapatos que este piso tiene enfermedades. Y yo me acostaba en el sofá junto a su cama que era el sofá más largo que yo había visto y forrado de vinyl color vino y me arropaba y me quedaba oyendo su respiración ir y venir, ir y venir y yo hasta iba contando sus respiraciones como si yo fuera una de esas maquinitas que les ponen al lado a los enfermos y que hacen tic tic tic tic.

A veces ella me pedía el control remoto y ponía el show de Cristina que hoy tenía a Luis Miguel, que a mami le gusta tanto, pero a mami quien más le gusta es Patrick Swayze, sobre todo después de que vio *Ghost* y ella dice que Whoopi Goldberg es comiquísima. Y cuando mami dice que alguien es comiquísimo yo pienso que es algo malo, aunque ella se ríe mucho con Whoopie Goldberg y de to, pero cuando ella dice que es comiquísima hay algo adentro de mami que está diciendo otra cosa.

A veces venía gente a visitarla y le traían helado de chinóla que se dañaba porque la neverita que teníamos en la habitación no enfriaba suficiente. Y a veces traían bombones y ella me decía cómetelos para que yo me pusiera contenta y yo me los comía para que ella se pusiera contenta. Y a veces ella se antojaba de una Coca-Cola porque tenía gases y yo bajaba muerta de miedo al sótano de la clínica que es adonde están los vending machines diciendo en voz alta en mi mente: que no se me aparezca, que no se me aparezca, y cuando llegaba adonde estaban los vending machines y metía las monedas yo

clavaba los ojos en el hoyo esperando que la lata de Coca-Cola cayera y sin mirar a ninguna otra parte, segura de que si miraba para atrás iba a ver un muerto.

Cuando regresaba a la habitación de mami, ella me preguntaba si me estaba yendo bien en la escuela y yo le decía que sí. Luego yo me quedaba con ella muchos días y le preguntaba si necesitaba algo y yo iba corriendo a la cafetería del frente a comprarle un sandwich de pierna que me metía bajo la camiseta para poder burlar el puesto de enfermeras y entrar en su habitación con el sandwich, porque la comida de clínica es muy mala. Sopas casi siempre. Yo iba al colegio y volvía a su habitación. Mis amigos eran casi todos hijos de otras enfermas y casi todos se iban muy pronto, aunque algunos volvían a visitarme y nos reuníamos en los pasillos de la clínica a fumar y a intercambiar paquitos de Condorito y juegos de Gameboy sin alejarnos mucho de las habitaciones por si nuestras madres nos necesitaban.

A mami la bola le creció en silencio. Ella ni se dio cuenta. Por mucho tiempo creía que era una ciática, porque la pierna se le dormía y le dolía, cosas así. Pero todo era culpa de la pelota que le presionaba un nervio, adherida como estaba al útero y a los ovarios y antes de sacársela el doctor ya le había dicho que era del tamaño de una bola de softball.

Y yo me imaginaba la pelota cosida, la pelota blanca sucia como estaba en el interior de mi madre y me imaginaba también cómo al sacársela íbamos a jugar con ella y yo iba a sacarla del estadio con un bate como Sammy Sosa.

Cuando mami estaba lista para salir de la clínica le encontraron otra bola, ésta del tamaño de una pelota de golf, en una teta, un tumor benigno por supuesto. Y me mandó a casa de mi abuela porque el ambiente de la clínica no me hacía bien. Y estuve en casa de mi abuela por varios años y allí me llegaban cartitas de mi mamá con fotos de sus pelotas (de tennis, de badmington) que yo ponía en el espejo del baño insertadas entre el espejo y el marco. Yo me preguntaba por qué los quistes salían redondos y no triangulares o en forma de cubo y cuando volvimos a las clases y la profe nos puso una composición sobre lo que habíamos hecho durante las vacaciones yo escribí una que se titulaba «Las bolas de mi mamá» y me pusieron una A-.

Una tarde fui a visitarla y la encontré llorando y yo no sabía qué hacer y ella me dijo que habían estado dos socios de papi allí y que le habían dicho que papi les debía mucho dinero y que ellos sabían que él me había dejado un seguro de vida y que ellos pensaban que era natural que nos hiciésemos responsables de la deuda de papi y que había muchas formas de pagar esa deuda y que la mejor forma era que les pagáramos con el seguro. Y todo el tiempo le enseñaban a mami

fotos de carnet de sus hiji- tos que tenían en la cartera.

Esos socios yo los conocía, cuando papi estaba vivo y yo iba a visitarlo a su Dealer se la pasaban hablando de darle golpes a alguien en los granos con una manopla. Yo volví a mudarme para la clínica y ahora, como no podíamos dormir, mami y yo nos entreteníamos jugando juegos de la memoria, por ejemplo si no nos acordábamos del nombre de alguien, mami me lo describía físicamente y yo le decía sí sí ese mismo y entonces decíamos nombres que comenzaran con la letra A (arturo, alejandro, etc.) y así el alfabeto entero hasta que dábamos con el nombre, a veces decíamos apellidos en vez de nombres o nombres de mujer cuando nos queríamos acordar de uno de hombre y era comiquísimo, al final casi siempre ella era la que se acordaba y cuando llegábamos a la H y yo decía Homero, Hans ella decía: Hilda Saldaña, Hilda Saldaña, y yo ni sabía quién era ésa y yo nunca me hubiera acordado.

Y como era navidad mami me dijo que pasara más tiempo en casa de Cilí para que bebiera ponche Crema de Oro y me hiciera lentes de sol con pan de telera y yo iba adonde Cilí y volvía y le traía a mami gomitas revestidas de azúcar y uvas en una servilleta y ella me decía que por ahí venía Santa Claus y que qué quería yo que me trajera, aunque yo hacía tiempo que sabía que Santa Claus no existía y ella también lo sabía. Y en la tele anunciaban la repartición de regalos que hace el presidente y ponían escenas del ano pasado, mujeres y mnos amaneciendo en una fila para que les den una muñeca, una cuica o una bicicleta frente a la casa de Balaguer. Yo creo que dan una bicicleta por cada mil muñecas.

Y un día Cilí me dice que vamos para la catedral y yo le digo que quiero ir a ver a mami y ella me dice que no, que hay un concierto con el coro nacional y entonces cogemos para la catedral y hay un gentío y antes de que comience el concierto se arma un reperpero y luego un silencio y es que llegó Balaguer, el presidente, que está ciego y la gente se queda muy callada mientras él arrastra los pies despacito con una de sus hermanas al lado y se sientan en la primera fila, y por un momento pienso que si pudiera acercarme a Balaguer, y ponerle las manos encima yo lo curaría y él podría ver y yo no sé de dónde me viene este pensamiento y no se lo digo a nadie porque van a pensar que estoy loca.

Cuando regreso a la clínica abro la puerta de la habitación de mami y encuentro la cama vacía y sin una arruguita en las sábanas y me da un dolor de pecho y me quedo allí de pie con la puerta entreabierta sin saber para dónde coger, porque como se sabe una cama de hospital arreglada significa muerto. Pero por ahí viene porque la oigo muy conversadora caminando por el pasillo y una enfermera la está ayudando, con su batola de florecitas moradas y el

pelo aplastado por tanta almohada parecía que una procesión le hubiese pasado por encima. Mami levanta la mano en la que lleva su bolsa de orina y sangre para saludarme y me sonríe y yo le sonrío y entonces me dice: ya puedo ponerme de pie y hasta caminar despacito, pero todavía voy a necesitar tu ayuda para ir al baño.

# Table of Contents

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12